ALFAGUARA

Ana Clavel

Cuerpo náufrago

ALFAGUARA

Ana Clavel

Cuerpo náufrago

ALFAGUARA

Ana Clavel

Cuerpo náufrago

Índice

Portadilla
Índice
Epígrafe
1 Mudar de cuerpo
2 El mingitorio más acá de Duchamp
3 Lecciones de cetrería y arte cisoria
4 Penumbria y la fotografía
5 Algunos laberintos
6 Arte de Ovidio
7 Aguas totales
Notas
Agradecimientos
Créditos de las imágenes
Créditos
Grupo Santillana

La respuesta no tiene memoria,
sólo la pregunta recuerda.
EDMUND JABÉS

¿Cómo figura un cuerpo en su superficie la
invisibilidad misma de su profundidad escondida?
JUDITH BUTLER

Mudar de cuerpo

1

Ella —porque no cabía duda sobre su sexo, aunque las presiones de la época contribuyeran a que asumiera otros roles— estaba dormida en la cama y se resistía a abandonar el último sueño, donde tres niños se alejaban del salón de clases y a una señal desenfundaban sus sexos nacientes para medir su poderío. Ella —a quien conoceremos en breve como Antonia— veía la escena como si fuera cada uno de ellos. Finalmente, se decidía por el chico que aún mantenía oculto su sexo con la mano. Al contemplar el tamaño de los otros se animaba a mostrar su pene larvario sin temor. El sonido de una chicharra escolar, o más bien la alarma de un despertador, apremiaba a los niños a una maniobra desesperada: saltaban a unas cuerdas que pendían del techo y desde ahí se columpiaban en un remolino del que manaba luz. La pequeña Antonia, con el sexo colgante, percibía que una fuerza avasalladora se apoderaba de su cuerda y la hacía temblar. El despertador insistió de nuevo: Antonia adulta intentaba mantenerse en la cuerda pero acomodarse con los otros niños le resultaba ya imposible. Extendió la mano hacia la mesa de noche y por instinto atisbó la pantalla digital: 7:45. Accionó el apagador y volvió a la almohada, pero ya los niños se habían ido. En su lugar, empezaron a ordenarse algunos datos: la junta con el director de relaciones públicas del instituto, el pago vencido del teléfono, la cita con la ginecóloga. Y la ropa que debía ponerse, entre un repertorio de blusas, trajes sastre, medias, zapatillas, comenzó a alternarse en una vertiginosa exhibición con modelos invisibles. Modelos que de pronto colgaban de cuerdas suspendidas del techo y que se anudaban con una fuerza desconocida. Antonia abrió los ojos y recordó a los niños. Frunció el entrecejo y murmuró: “Qué sueño más raro.” Paseó la vista por el techo donde una lámpara translúcida colgaba indiferente, como la cara del director de relaciones públicas cuando escuchara el reporte de la semana. Tendría que darse prisa o llegaría con retraso. Saltó de la cama y corrió en dirección al baño. Antes de salir de la habitación alcanzó a percibir una figura desconcertante en el espejo de cuerpo entero que acababa de pasar. Tuvo que volver sobre sus pasos. Frente al espejo, se frotó una y otra vez los ojos. De seguro había caminado dormida y

seguía soñando. El niño que había sido en el sueño ahora era un hombre. Ella misma, pero indudablemente un hombre: ahí entre sus piernas, plantado como una señal irreductible, su nuevo sexo.

2

Los malentendidos empiezan con la apariencia. ¿Somos lo que parecemos? ¿La identidad empieza por lo que vemos? ¿Y qué fue lo que vio Antonia al salir de la cama y descubrirse en el espejo? El cuerpo de su deseo. Entonces habría que admitir que tal vez nos equivocamos: la identidad empieza por lo que deseamos. Secreta, persistente, irrevocablemente. Lo que en realidad nos desea a nosotros.

Bueno, si aquello que le sucedía no era un sueño, si además del misterio del pene, sus espaldas se habían ensanchado levemente, si el vello en brazos y piernas que siempre había tenido en exceso para ser mujer, ahora se había incrementado, si la mandíbula se le había hecho un poco más cuadrada y una nuez de Adán le colgaba ligera pero indudable de la garganta…

Se mantuvo horas frente al espejo. Primero, en un estado de perplejidad pasmosa ni siquiera se atrevía a constatar con sus manos aquellos cambios. Sólo los ojos recorrían, una y otra vez, su cuerpo transformado. No es que antes Antonia no disfrutara su imagen de mujer de 27 años (en especial, le agradaban sus senos redondos y pequeños y las piernas fuertes pero de líneas suaves), sino que se asombraba de la frágil frontera de las diferencias, de cómo un poco más de tensión, una curva menos acentuada, una turgencia resuelta en plomada, podían inclinar el límite de la balanza.

Y tras el asombro inicial, vinieron las preguntas. Cierto que desde pequeña había deseado ser hombre. No porque se creyera un varón atrapado en el cuerpo de una mujer, sino porque la intrigaba la naturaleza de esos seres que, suponía, eran más completos y más libres que ella. Sí, se recordaba perfectamente de niña envidiando a sus hermanos y a los amigos de sus hermanos, esa manera de apoderarse de una calle para jugar futbol, para salir solos por la ciudad sin correr tanto peligro, para engrasarse las manos y los pantalones al enderezar la cadena de una bicicleta o para ponerse un traje y sentirse importantes. En más de una ocasión, ya adolescente, se había disfrazado en su recámara, jugando a relamerse el cabello y probarse la ropa de sus hermanos. En esos momentos se sentía descender al fondo de sí misma: una zona oscura y cálida como una

cueva en la que nada estaba definido. Tan sólo era clara la fuerza de su deseo. Un poder bullente que la hacía sentirse viva y vibrante. Emergía con una sonrisa en los labios y se asomaba al espejo. Fingía entonces poses varoniles y descubría con qué facilidad podría hacerse pasar por un muchacho. Pero ahora, no cesaba de preguntarse por qué se había operado en ella una transformación tan completa.

Se miró a los ojos en busca de algún rastro que aún le permitiera reconocerse, saber quién era, ¿o es que había dejado de ser Antonia por el hecho de haber cambiado de sexo de la noche a la mañana? ¿Y cómo enfrentaría esta nueva vida?, ¿cómo salir a las calles de la ciudad de México, tratar a los amigos, a los jefes, a sus ex parejas, a su casera, al mendigo de la esquina? Qué suerte que sus dos hermanos vivieran en el extranjero, que casi no tuviera familia. Pero a los demás, ¿acaso explicarles lo único que se le ocurría, que alguna vez había deseado convertirse en hombre —pero bueno, también astronauta, bacterióloga, estrella de cine, objetaba ella misma— y que de una manera insólita ese deseo había resultado tan poderoso para realizarse y a la vez tan secreto para que no se diera cuenta que crecía con ella?

Aún mantenía la atención en sus propios ojos, en el oscuro túnel de sus pupilas como el único pasaje que podía transportarla a otros tiempos de certidumbre inconsciente y arrolladora. Pero no duró mucho tiempo: el túnel ahora se ensanchaba y sus pupilas parecían abrirse a nuevas zonas de penumbra indeterminada. No supo por qué, pero la posibilidad de lo desconocido la excitó al punto de sentirse que se preparaba para un gran salto. Abrirse de brazos para abarcar el horizonte y hacerlo suyo. Un relámpago se erizó entre sus piernas. Casi perdió el aliento ante la urgencia nueva de su sexo enhiesto, esa voluntad avasalladora por colmar una sed hasta entonces desconocida.

3

Buscó en su guardarropa las prendas más impersonales que tenía. Unos pantalones de mezclilla, una blusa blanca sin adornos, un saco recto y oscuro de botones discretos, unos mocasines que sólo usaba cuando no iba al trabajo la sacaron de apuros. Escogió las pantaletas menos ajustadas pero aun así el bulto de la entrepierna, por más que hubiera regresado a un estado de reposo, le estorbaba. Optó por usar los pantalones sin nada deabajo. Ya compraría trusas en el supermercado. El cabello, que le llegaba a los hombros, se lo recogió en una coleta como las que la moda y los tiempos se lo permitían a los hombres que se animaban a dejárselo crecer. Revisó su bolso y extrajo

las llaves del auto y la cartera. Las llaves las regresó a su lugar pues deseaba enfrentar la ciudad y la gente con sus propios pasos. ¿Le servirían las tarjetas de crédito y las credenciales? Como nunca había usado demasiado maquillaje las fotografías de los plásticos revelaban un rostro más infantil que el suyo, como si sólo la huella del tiempo marcara una diferencia entre el momento en que la foto había sido tomada y el presente actual. Pero también estaba el nombre, ese "Antonia Velarde Rojas" junto a la inicial que señalaba su presunto sexo: "M". ¿"M" de "mujer" o de "masculino"? Barajó los plásticos entre los dedos. Si la vida podía complicarse tanto por una onza de carne, tal vez valiera la pena mantenerse en la ambigüedad. ¿Quién se atrevería a tocarle la entrepierna para constatar su condición actual? "Nadie —se dijo Antonia—, claro, a menos que yo lo quisiera."

Por lo pronto, la calle y el mundo la esperaban. A punto de salir se detuvo: mientras decidía qué rumbo tomaría su vida, tal vez convendría reportarse enferma en el trabajo. Dudó un instante: tenía los ahorros de un viaje que proyectaba hacer al extranjero, también podría vender su automóvil, pero finalmente pesó en ella una de esas preocupaciones del pasado que siempre la llevaban a ponderar todas las posibilidades. Su voz era más oscura y grave, así que la secretaria se tragó el cuento de que tenía una faringitis fulminante. El hecho innegable de este nuevo cambio la hizo recular. Finalmente también estaba la opción de comportarse como un hombre. Pero eso ¿cómo se aprendía cuando una no había nacido así? Antonia se sintió perdida en la sala de su departamento. ¿A quién acudir? Sus padres habían muerto en un accidente automovilístico un par de años antes, sus dos hermanos —con los que prácticamente no llevaba relación alguna después del duelo— vivían uno en Londres y el otro en Oregon y no se le ocurría ningún conocido a quien confiar un asunto tan delicado… Recordó que alguna vez en la universidad había leído novelas de caballería, de seguro aún conservaba un ejemplar del *Amadís de Gaula.* Tal vez ahí podría encontrar un modelo a seguir (claro que sin espada ni armadura… por lo menos evidentes). Buscó en el librero hasta dar con el libro en cuestión. Luego de hojearlo, volvió a colocarlo en su sitio mientras pensaba: "Vaya, de modo que en vez de ser rescatada he de ser yo la que rescate. ¿Será posible que los hombres crean que tienen el deber de salvar a alguien?" Se mordió el pensamiento —por no decir la lengua— pues pronto reconoció que, aunque ella misma gozaba de cierta autonomía, todas sus relaciones amorosas habían fracasado porque, de alguna forma, siempre había esperado ser salvada, elegida, rescatada, vista, apreciada, descubierta, en un uso irracional y desmesurado de la voz pasiva. ¿Y qué, ahora le correspondería ser el sujeto activo, el núcleo dominante de la oración amorosa, el potente caballero que embiste y sigue adelante? Se rio

sólo de recordar a Mario, un compañero del trabajo que, sin ser homosexual, era una flor delicada y temblorosa ante el viento. Miró el lomo del libro con suspicacia. ¿Entonces? Por algún lado había que empezar. Atisbó por la ventana un cielo luminoso y descolgó el paraguas del perchero. Y sin preocuparle que pudieran tomarlo por un loco (¿"loco" y no "loca"?, pensó Antonia, ¿era así de sencillo como operaba el cambio?), probó a colocárselo como una lanza en ristre. No estaba en el *Amadís*, pero ella recordaba haber escuchado o leído de un caballero singular, de armadura reluciente y penacho blanco, capaz de superar a todos los rivales. No se acordaba de su nombre pero sí que al despojarse de la armadura, el caballero resultaba ser una amazona[*]… "Bueno, igual pudo llamarse Antonia", se dijo mientras reía juguetona escaleras abajo.

4

¿De dónde le venía ese desparpajo, esa ligereza para no tomarse las cosas a lo trágico, esa seguridad envalentonada que la hacía sentirse con derecho a estar en el mundo? (Acababa de cruzarse con uno de sus vecinos, del pastor alemán, ante el cual, tras un breve saludo, había seguido de largo sin preocuparse de su mirada cargada de extrañeza.) ¿Era por el hecho de habitar ahora el cuerpo de un hombre o por la posibilidad del cambio, de una metamorfosis que le permitía renacer y darse permiso para ser otra? (Ahora se detenía frente al puesto de periódicos de la esquina y la hija de la propietaria le sonreía con una mezcla de curiosidad y sorpresa.) ¿O era tal vez el delirio de percibir que la lógica había modificado sus coordenadas y que en ese terreno jabonoso de lo posible patinar era mejor que poner resistencia? Y literalmente patinó: caminaba frente a un restaurante cuando una mujer que había estado lavando la acera, arrojó sin contemplaciones un cubetazo de agua. Antonia dio un salto, pero al caer sus pies resbalaron debido a la espuma que corría hacia la coladera. El paraguas voló por el aire mientras ella daba con su cuerpo recién estrenado en el suelo.

—Ay, joven, disculpe. ¿Se lastimó? —la mujer había corrido a su lado y ahora la ayudaba a incorporarse. En el breve trayecto pegó sus pechos al costado de Antonia—. Pero cómo se le ocurre atravesarse, ¿qué no vio que estaba yo lavando?

Antonia la miró sacudirle los restos de agua del saco y también inclinarse para hacer lo mismo con sus pantalones.

—¿Dónde le duele? ¿Aquí? —dijo la mujer mientras le sobaba el flanco de la pierna más humedecida para luego pasar al borde de la

nalga. Una anciana que caminaba con su bolsa de mercado se les quedó mirando con severidad. Antonia le detuvo las manos a la otra y le dio las gracias. La mujer sonrió condescendiente y se aprestó a recoger el paraguas que había quedado a unos pasos.

—Me da mucha pena lo que le hice. Si quiere, puedo ofrecerle un refresco antes de que llegue la encargada…

Antonia tomó el paraguas y le devolvió la sonrisa.

—No ha sido nada. Tal vez otro día.

—Que conste: otro día…

Retomó su camino. A punto de dejar atrás el restaurante, escuchó otro cubetazo a sus espaldas, pero en esta ocasión el agua corría a sus pies en una marejada tan suave como un suspiro. Intrigada, volvió el rostro hacia la mujer. "Me llamo Enedina…", alcanzó a escuchar. Aunque turbada, Antonia no pudo evitar una sonrisa. ¿De modo que así de fáciles resultaban las cosas para los hombres?

5

Escarceo, asedio, cortejo, galanteo… Por supuesto los había vivido cuando era mujer, pero siempre como un estado de sitio, una conquista donde la resistencia, un estirar-aflojar-tensar-destensar, establecían la dinámica de un baile velado. Pensó en el tango, esa danza singularmente alusiva al acoplamiento, donde la mujer sólo puede dejarse llevar, seguir el mando, las órdenes enmascaradas en una suave presión en la cintura o en la espalda para girar o dar un paso. Nada que ver con el episodio que acababa de vivir con la mujer del restaurante, en el que la invitación provocativa, el ofrecimiento beligerante, añadían una nota inusitada.

Además, por si alguna duda le quedaba, había sido reconocido como hombre. Un acto tan simple y certero como si le hubieran dado el espaldarazo para armarlo caballero. Se detuvo frente al aparador de una farmacia. Antes, cuando era mujer, le costaba trabajo manejar su sensualidad y el deseo que despertaba en los hombres. Ahora contempló con curiosidad la silueta alargada que le devolvía el escaparate entre frascos de medicinas y perfumes. Se descubrió atractivo —por lo menos a ella como mujer le habría agradado la imagen de sí mismo— y, casi de manera instintiva, probó a endurecer el ceño y acomodarse el cuello de la blusa. Se sentía a sus anchas y sólo cuando se llevó la mano para mesarse los cabellos percibió con el rabillo del ojo que otro hombre lo imitaba. Adelantó el pecho en un gesto de ataque instantáneo pero cuando miró con atención se topó con su propia imagen proyectada en un espejo lateral. Le sonrió a su

reflejo y se dijo: “Vaya, así que también tendré que cuidarme de mis propias bravuconadas.”

Tras caminar unas cuadras dio con la entrada del metro. Decidió bajar. En el piso del corredor se extendían puestos con mercancías diversas como en muchos de los accesos a la red de transporte subterráneo de la ciudad de México: plumas, golosinas, anteojos, ventiladores manuales, camisetas decoradas, cassettes y compactos de música de todo tipo. También un puesto de libros usados al que se acercó a fisgonear. Cuando intentó tomar uno, el hombre que atendía el puesto se lo alcanzó solícitamente. Sus miradas se cruzaron. El hombre, un tipo moreno de cabellos lacios, murmuró:

—Antonia… ¿eres tú?

Ella echó el cuerpo hacia atrás de manera instintiva. Arqueó las cejas mientras intentaba reconocer al hombre.

—¿Francisco…? —inquirió ella con una sombra de duda. Años de no verse desde los tiempos felices de la universidad y venírselo a encontrar precisamente el primer día de su transformación: era para no creérselo. No, además este hombre había encanecido y engrosado de más. ¿No sería más bien uno de sus hermanos mayores?

El hombre asintió y permaneció expectante. Antonia recordó lo bien que siempre se habían llevado, al grado de que, sobre todo los dos primeros años de la carrera, todo el tiempo andaban juntos, despertando los celos de sus respectivas parejas y las sospechas del resto de los amigos que veían, incrédulos, tanta confianza y familiaridad. Antonia sintió que aquello, más que un golpe de suerte, era una señal.

—¿Cómo me reconociste? —se atrevió a preguntar ella.

—Bueno, estás un poco cambiada…

—No es lo que tú crees…

—Pues no sé lo que creo… pero este reencuentro amerita que nos tomemos unas cervezas y platiquemos, ¿te parece?

—¿Tienes tiempo ahora? —preguntó Antonia reanimada.

En lugar de responder, Francisco se acercó al puesto de plumas y tras cruzar unas palabras con el muchacho que lo atendía, regresó con ella.

—Todo listo. Vámonos, pero antes, dime una cosa.

Antonia frunció el ceño de manera defensiva: ¿qué tanto habían cambiado ambos como para impedirles restablecer el antiguo contacto sin necesidad de demasiadas explicaciones, sin las corazas a que obligan la cautela y la desconfianza? Francisco la miró de pies a cabeza y, en un gesto de complicidad que Antonia le conocía muy bien, le espetó:

—¿Para qué diablos traes un paraguas en un día tan soleado? ¿O es

una lanza para arremeter dragones ahora que te has armado… caballero?

Entraron a una cantina. Apenas pasaba del mediodía, pero ya había varios parroquianos instalados en las mesas, bebiendo y jugando dominó. A su modo, el lugar era acogedor: un remanso de luz sosegada en el que cada objeto y persona ocupaban su sitio. Escogieron una mesa apartada y ordenaron un par de cervezas.

—¿Hace cuánto tiempo que no nos vemos? —preguntó Francisco para abrir la conversación.

—No sé… ¿Desde la facultad?

—No… nos vimos después. Un par de veces en casa de Marcela, antes de que se casara con Juan Medrano y desapareciera del mapa… Bueno, es que todos desaparecimos del mapa. Y luego nos encontramos en la galería esa donde expuso tu novio. ¿Cómo se llamaba? ¿Eduardo?

Antonia asintió. El mesero sirvió las cervezas y les dejó un platito con cacahuates. Ella observó que traía un bigote limpiamente recortado y pensó en el tiempo que aquel hombre debía de gastar todos los días frente al espejo, con la rasuradora y las tijeras en mano. No pudo evitar pasarse el índice por encima de los labios. En efecto, la huella de un bigote incipiente crecía bajo sus propias narices. Miró a Francisco: no, él era es más bien del tipo lampiño.

—¿Has seguido viendo a Ricardo Luna? Tú y él eran muy amigos, ¿no? —preguntó ella antes de tomar un puñado de cacahuates y llevárselo a la boca.

—¿Ricardo? Esa es una historia larga de contar. O bueno, más bien corta. Decidió romper con todos desde que se animó a salir del clóset y… —Francisco hizo una pausa abrupta—. Perdón, no quise decir… Mejor brindemos por este encuentro. Salud…

Chocaron las botellas. Tras el primer trago, Francisco se animó a observar a Antonia con detenimiento. Ella se dio cuenta y apuró un segundo trago.

Beber de la boca de la botella. Lo había hecho a escondidas cuando era niña, pero ya de adulta acostumbraba dejar a un lado los vasos que le ofrecían de manera automática los meseros. Sintió los labios frescos de la botella en los suyos y le pareció que aquello era un contacto más agradable que el beso airado y distante de los vasos.

—¿Y bien? —preguntó ella tras depositar la cerveza en su sitio—. ¿Cuál es el veredicto?

—Antonia, pero si no hay acusación. ¿Acaso no éramos amigos? ¿Qué no me conoces?

—Bueno, sí… pero de todos modos, suéltalo.

Francisco aspiró profundamente antes de añadir:

—Está bien. ¿Qué te pasó? ¿Tomaste hormonas?

Antonia soltó una carcajada gozosa.

—¿Hormonas? No… Y tampoco me operé ni nada por el estilo. De hecho, es increíble…

6

Dice Sändor Marai que entre un hombre y una mujer todo tiene condiciones como el regateo en el mercado, mientras que el sentido profundo de la amistad entre los hombres es justamente el altruismo: una alianza sin palabras. Tal vez porque la caracterización de los sexos parte de generalidades tan amplias que todo puede ajustarse a sus mangas kimonescas, o porque la naturaleza de los sentimientos que Francisco había profesado hacia Antonia en el pasado tenían que ver con la amistad auténtica, el caso es que optó por la suspensión de todo juicio y sólo le inquietaba el destino que le esperaba a su antigua amiga.

Tras tomarse otro par de cervezas, Antonia se levantó de la mesa en dirección al baño. Por inercia se aproximó al de mujeres pero antes de empujar la puerta se detuvo. Ahí estaban los símbolos *damas / caballeros,* como puertas ineludibles del destino, pero en la situación actual, ¿por cuál decidirse? Francisco, que la había visto dudar, se apresuró a darle alcance. Le tocó el hombro para que lo siguiera. Una hilera de mingitorios enfrentó a Antonia con sus rostros de enigma.

¿De modo que ahora tendría que orinar en aquellos objetos de identidad desconcertante? Porque si bien Antonia en su calidad de mujer había tenido pocos encuentros con los urinarios, lo cierto es que siempre le habían provocado reacciones encontradas: una atracción ineludible aparejada con una violenta repulsión: el mundo secreto de los hombres desde la perspectiva de los desechos y lo prohibido. También, la innegable voluptuosidad de las formas del urinario: ¿reparaban los hombres en ellas y se dejaban seducir por sus líneas insinuantes o sólo se vertían en un acto mecánico que negaba su erotismo inherente? Francisco aprovechó la ocasión para orinar, pero se bajó el cierre de la bragueta con discreción. Antonia se dispuso a imitarlo un par de mingitorios más allá pero, ya fuera porque nunca había orinado en uno de ellos o porque no se sentía con la confianza suficiente para hacerlo frente a Francisco, el hecho es que su pene se negó a descargar el contenido.

—No te preocupes, nos pasa a todos cuando tenemos alguien cerca y suponemos que nos mira —le dijo Francisco mientras se sacudía el miembro para luego acomodarlo y cerrarse la bragueta con habilidad

de mago.

Antonia tuvo que concentrarse. Orinar frente a un otro casi siempre es una tarea ardua, pero cuando se ha mudado de cuerpo no queda más que probar, seguir arriesgando los pies de plomo de la lógica y calzarlos con la piel volátil del azar. Cerró los ojos y respiró tan profundamente que sintió que el aire le llegaba al bajo vientre y con él una sensación expansiva de bienestar. Entonces orinó. Abrió los ojos para constatar el milagro: el chorro salía con fuerza y se estampaba en las paredes de aquella concha porcelanizada especialmente dispuesta para recibirlo. Con la mano, dirigió el chorro como si estuviera pintando el mingitorio capa por capa. Exhaló de placer ante este nuevo hallazgo: además de satisfacer una necesidad, el acto la había confirmado en una voluntad capaz de incidir y trastocar, de adueñarse de ese nuevo territorio curvilíneo y majestuoso que tanto le evocaba —admitió perplejo— las caderas de una mujer. Sintió que transgredía un límite desconocido. Se miró el miembro con fascinación: ¿qué otras sorpresas le tenía reservadas?

—Así que ya vas aprendiendo… Es un gran amigo, pero no siempre es fiel… —murmuró Francisco a sus espaldas.

7

¿Cómo se construye un disfraz de hombre? Antonia deseó tener un manual que le diera instrucciones. Facilitarle la vida, como suponía pasaba con los rituales de la tauromaquia o la caballería. Los toros nunca le habían atraído; en cambio, los caballeros, ah esa vocación deseante de ser salvada por uno, la hizo imaginar el proceso de invertir los papeles y, por principio de cuentas, vestirse como tal. Repasó mentalmente los términos “arte cisoria”, “arte de cetrería”, “arte poética” que le sonaban muy medievales y antiguos, y a falta de un “arte de caballería”, o más propiamente de un “arte para vestir y calzar caballeros”, se le ocurrió visitar un museo.

Frente a los escaparates y vitrinas descubrió armaduras de varios tipos, desde sencillos camisones a la rodilla hasta arneses completos que incluían guanteletes y zapatones metálicos. En muchos casos, según explicaban las fichas informativas, la armadura atendía dos aspectos: la protección de quien la portaba y la exhibición de su riqueza. La depuración de un yelmo, la maestría de una espada, completaban esa imagen todopoderosa e invulnerable. Pero si un caballero con armadura de placas se caía al suelo era imposible que se levantara por sí solo. Antonia escogió entonces una armadura gótica más ligera y se colocó a cierta distancia del escaparate de tal forma

que su reflejo coincidiera con la pieza en exhibición. Era un día entre semana, así que la escasez de público le permitió hacer varios intentos. Cuando estuvo a la distancia más conveniente y ya el arnés le sentaba a la perfección, se le ocurrió hacer un movimiento para desenvainar su espada. Ah… qué acto más soberbio y hermoso descubrir, mostrar la espada de uno en todo su esplendor. Permaneció unos minutos embelesada. Luego procedió a caminar con su armadura imaginaria, portándola al principio con dignidad y esmero y poco a poco, mientras el peso y la rigidez la agobiaban al límite de descuadrarle la cadera, terminando por abandonarla con fastidio y rencor. Cuando se quitó el fardo de encima, o más bien, cuando intentó despojarse de la coraza, el yelmo que aún traía en la cabeza rodó al suelo estrepitosamente como una carcajada metálica. Al menos eso le pareció a Antonia quien, desconcertada, siguió con la vista el movimiento del casco hasta que paró a los pies de una mujer. Se trataba de una vigilante del museo que se hallaba agazapada muy cerca del acceso a la sala de armaduras. De modo que lo había visto durante todo el tiempo que había ensayado su imaginario ritual de caballero. Hizo acopio de valor abandonando la sala frente a la mirada risueña de la mujer.

—Joven… se le olvida su espada —dijo la vigilante súbitamente seria mientras apuntaba con el dedo un objeto que Antonia había llevado consigo y que descansaba recargado en una vitrina.

Antonia recordó entonces su paraguas y regresó por él. Musitó un tímido “gracias” y abandonó a toda prisa el museo.

En el trayecto hacia su casa, desconcertada por esa fascinación repentina por las armaduras, se preguntó si de verdad eso era lo que quería, ¿ponerse tan sólo un disfraz de hombre? Las armaduras eran hermosas: uno podía portarlas, al menos imaginariamente, en ciertos momentos de embate del exterior, pero, por lo demás, ¿no eran acaso una forma estereotipada de la masculinidad? ¿Y eso era lo que realmente le interesaba: recubrirse, aparentar? ¿Aprender de qué lado los hombres se abotonan las camisas, con qué pie se levantan de la cama, cuántos borregos cuentan antes de quedarse dormidos? Por otra parte, si bien ahora habitaba el cuerpo de un hombre, ¿con la metamorfosis había entrado en una fase aguda de amnesia olvidando todo su pasado y dejando de ser quien era? Antonia reconoció de pronto que no hay cambio sin memoria. De acuerdo, la vida la había puesto ante la alternativa de la locura y podía creerse tan irreal como el personaje de una novela fantástica o aceptar que las reglas del juego sencillamente habían cambiado y afrontar las consecuencias. Ya no menstruaría, sin duda tenía pene, pero también reconocía dentro de sí unas ganas irreprimibles por aventurarse y probar (¿era esto una compensación del espíritu de la caballería andante?). Podía imaginar

que el deseo desaforado por conocer el deseo del otro había urdido los hilos que sostenían esta nueva apariencia, o que las minas que la envidia había cavado tan profundamente daban por fin con una riqueza alquímica… Pero lo cierto, o más bien, lo incierto era lo que la atraía, el fragor sordo que antecede a la ola que ha crecido a nuestras espaldas… ¿Y luego? Ver hasta dónde la arrastraría, saber de qué sería capaz y entonces —tal vez— descubrir en la turbulencia de las aguas de cuál materia estaban hechos sus deseos más profundos.

El mingitorio más acá de Duchamp

1

El primer mingitorio que Antonia recordaba haber visto no fue el objeto real, sino una fotografía del de Marcel Duchamp en una proyección de su clase de Corrientes Estéticas. Claro, siendo mujer no era fácil topárselos en los baños públicos. Entre el carrusel de imágenes que se sucedieron en la pantalla iluminada aquella mañana de clases, Antonia se sintió tocada por la mirada ciega y deslumbrante de ese rostro de porcelana que no reconocía:

¿Una máscara ritual?, ¿la escultura estilizada de una cabeza animal o de un fruto?, se preguntó cuando pudo salir un poco del asombro. Pero entonces el carrusel continuó su marcha y las palabras de su profesor poco le dijeron sobre el misterio atisbado, más allá de la innovación de un artista francés de vanguardia que retomaba objetos

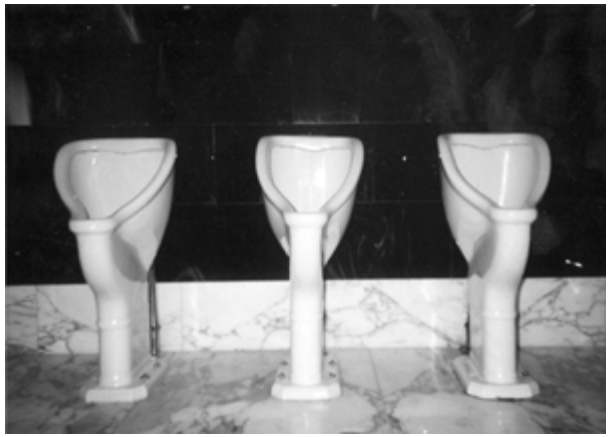
de la realidad cotidiana para develar su belleza hasta entonces agazapada y poner en entredicho la noción convencional de lo artístico.

Su siguiente encuentro sucedió a los pocos días en un café de la Plaza Washington. Ahí, en medio del barullo de los amigos de la universidad con los que se había dado cita para redactar un reporte de lectura, vislumbró a través de una puerta mal cerrada por el último usuario un espacio singular: un baño de azulejos blancos de los que emergía un receptáculo semejante a la obra de Duchamp, pero invertido. Se levantó hipnotizada y se dirigió hacia él. Sin entender por qué, cerró la puerta con seguro y permaneció desarmada frente a aquel objeto que bostezaba ensimismado en su propia vanidad.

Descubrió un grifo y probó a hacerlo funcionar. El agua corrió sosegada por los recovecos según un mecanismo de gravitación y fluidez que Antonia percibió como erótico: un abandonarse a la fuerza de una voluntad que no es la nuestra y perderse en el agujero oscuro de la más absoluta disolución. Fue entonces, cuando hurgaba en el orificio de desagüe, que se percató del intenso olor que emanaba de las paredes interiores. Una marejada acre y corrosiva, pero también dulzona, que le hizo perder el aliento. Entonces, ante la imanencia fulgurante y la repulsión provocadas, Antonia recordó varios nombres: urinario, mingitorio, fuente… Supo de pronto que aquellas realidades verbales correspondían a este rostro cóncavo, profundo y agazapado que por fin la miraba también a ella.

2

Cuántos reconocimientos y diálogos la esperaban con los mingitorios ahora que podía usar el baño de señores. Y en cada uno de ellos, la sensación de poderío al verterse, una descarga que la hacía creer que el mundo estaba dispuesto y acondicionado para sus necesidades.



Encontró mingitorios de muchos tipos y formas, desde inoxidables tarjas comunitarias hasta fuentes individuales que no estaban adosadas a la pared sino que emergían como capullos de magnolias, taciturnos y aislados, y cuyas formas sensuales le provocaban a uno la tentación de cometer un deleitable ilícito.

También los había que se extendían hasta el piso en caída vertical y otros modernísimos que se accionaban con sólo pararse a miccionar en ellos. Pero aunque hubiera variación en las formas, Antonia advertía la depuración de las líneas, su continuidad voluptuosa y reconcentrada para recibir con docilidad, siempre su naturaleza de estar dispuestos.

A pesar del aseo en algunos baños, la persistencia del olor de la orina reconcentrada emanaba como un recordatorio de que la belleza siempre tiene un lado mórbido. (Y al revés, que todo aquello que revulsivamente nos golpea, transpira su propia belleza.)

En las cantinas se topó a menudo con una variante divertida: cubos de hielo amontonados en el interior que, presumiblemente, ahorraban el uso del agua, y a los que se podía apuntar con el chisguete de orina como si se tratara de un tiro al blanco; o, cuando le tocaban trozos

enteros, hacer hoyos penetrando el bloque translúcido por el simple goce de horadar, o jugar a ser escultor y fundir aristas y modelar formas según el calor y la duración del chorro. Por Carlos Díaz, piloto de aviones que conocería gracias a Francisco, se enteró de que en Holanda los había con el grabado de una mosca para atinarle al interior. También le contó de los urinarios del último piso de la Seattle Tower, rodeados de cristales, de modo que uno podía orinar con la sensación de estarse vertiendo traviesamente sobre la ciudad tendida hasta el horizonte. En contraste con tales excentricidades, se enteró de una práctica cantina en Guanajuato, El Incendio, cuyo mingitorio era una canaleta de agua al pie de la barra, de modo que después de un par de cervezas los parroquianos sólo decían "con permiso" y se bajaban el cierre de la bragueta sin preocuparse de salpicar.

Sea cual fuere la modalidad, Antonia no podía enfrentarse a un mingitorio sin que el encuentro le resultara inquietante, pues su condición de objeto para uso exclusivamente masculino le recordaba ese espacio liminal, ese borde adonde sus nuevos deseos y apetitos la hacían chapotear antes de decidir precipitarse o detenerse. Sin una conciencia clara de adónde podía llevarla su interés por los urinarios, aprovechaba cualquier ocasión para indagar y conocerlos. Como la vez que Francisco la presentó con Carlos Díaz y con Raimundo Ventura, dos amigos que el vendedor de libros juzgó necesarios para el aprendizaje de Antonia en esta nueva etapa de vida.

—Carlos es un piloto de aviones, conoce mucho mundo y es un gran tipo. Lo mismo que Raimundo: un fotógrafo bastante loco pero también un artista genial… —le dijo Francisco antes de empujar la puerta giratoria de la cantina donde quedaron de encontrarse—. Lo he pensado bien y ellos podrían ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Saben mucho de mingitorios? Qué raro, por lo que he visto, a los hombres no les despierta demasiado interés.

—Dime qué prefieres, les decimos que antes eras mujer y ahora…

—No… Mejor veamos qué pasa.

3

—¿Urinarios? ¿Pero qué quieres saber? Los mingitorios son como las mujeres, los usas y ya —respondió Carlos antes de soltar una carcajada pero, entonces, agregó—. Ojo: eso no lo dije yo. Lo dijo Matatías, ese macho que me sale a veces y que todo hombre que se precie lleva dentro.

Antonia lo observó con fascinación. Tenía la virtud de decir cualquier sarta de atrocidades y resultar encantador.

—¿Y qué otros personajes llevas dentro? —se animó a preguntar Antonia mientras les servían la primera ronda de tragos.

—Ajá, muchacho listo, ¿cómo dijiste que te llamabas? —contratacó Carlos en un lance natural.

Antonia volvió a ponerse nerviosa como cuando Francisco la presentó y ella, que aún no había meditado sobre el asunto, soltó de manera inconsciente su nombre habitual pero entonces, a media palabra, se detuvo antes de completarlo: "Anton…", había comenzado a decir dudosa, pero ahora terminó de enfatizar:

—Antón…

—¿Antón? ¿Eres de familia rusa? —preguntó Raimundo que hasta entonces se había limitado a observar a Antonia con interés.

—No… Digamos que fue un antojo de mi madre —respondió ella mientras cruzaba una mirada cómplice con Francisco—. En esa época leía novelas de Dostoievski y cuentecillos de Chejov.

—Vaya, vaya… Así que te amamantaron con literatura eslava… No es un mal comienzo.

—Pues brindemos por el encuentro —Carlos alzó su botella y la chocó con las de los otros.

Tan pronto Antonia bebió de su cerveza, volvió a la carga:

—Pero, Carlos, aún no has respondido a mi pregunta: ¿en qué otros personajes te desdoblas?

Carlos esbozó una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes regulares y blanquísimos. Antonia llegó a creer que le brillaban.

—Hay muchos… —dijo él e hizo una pausa en un inusitado despliegue de pudor—. Ya los irás conociendo. Por lo pronto, bástete saber de Carlos el batallador pues hasta donde sé por Francisco, tus artes de caballería requieren un instructor. Y a todo esto, ¿por qué te interesan tanto los urinarios? Recuerda a Matatías, eso no es de hombres bien portados…

Antonia lanzó una exhalación sonora.

—Es una historia larga de contar, pero resumiendo: antes de cumplir los doce, era un perfecto enano… Así que tuve mucho tiempo para observarlos y aquerenciarme con ellos desde la imposibilidad de una relación tan desigual… —luego recapacitó—. No, la verdad es que me resultan peculiares…

Raimundo no pudo evitar una carcajada.

—Con que ésas tenemos —dijo mientras dirigía a Antonia una mirada cálida de reconocimiento—. No lo había pensado. Sería interesante una serie fotográfica sobre urinarios. Un homenaje a Duchamp y a Stieglitz, pero también algo más. A fin de cuentas transpiran una sensualidad propia.

Antonia se volvió hacia él con asombro. Raimundo tenía labios carnosos y una mirada que hurgaba más allá de la piel de las cosas.

Francisco sonrió complacido como si ya hubiera imaginado antes la escena: no se había equivocado al pensar que aquellos dos hombres se entenderían bien con Antonia.

—Tú, Carlos, como piloto que ha andado por tantos lugares debes de conocer muchos mingitorios. ¿Son iguales en otras partes del mundo? —preguntó Francisco.

—Claro que recuerdo urinarios de los lugares adonde he volado —los ojos de Carlos saltaron de uno a otro de los ahí reunidos y una felicidad exultante lo hizo prometer en una exhalación un tesoro de historias y aventuras acumuladas—. En restaurantes, bares, hoteles, paradas de camioneros, en billares, en canchas de bowling, en estaciones de servicio, en terminales de tren… Recuerdo, en especial, dos de Madrid: en el Bar del Diego, donde se toman unos cocteles espléndidos (y que queda detrás del Chicote), hay unos mingitorios ultramodernos, tan inodoros y límpidos que puedes beber agua fresca de ellos. Estas máquinas maravillosas están hechas de acero inoxidable y se activan automáticamente al pararte a miccionar en ellos. Con más respeto que cariño, también recuerdo los baños del parque del Retiro: una casa bonita como una flor en medio de los jardines. Allí encontré los olores más transpirados y acres que le he olido a la orina. Un pedo de puercoespín, un olor a cerveza vieja y a muerte destilan las ventanas tapiadas. Y si te animas a entrar, Antón, verás que hay un humo de hielo seco, algún *junkie* fumando *crack* o masturbándose, y unos mingitorios clásicos mal envejecidos que parecen pequeñas guillotinas. A veces da miedo hacer pipí.

Antonia lo miró embelesada. De seguir siendo mujer, se habría enamorado de este hombre que así podía suscitar tal encuentro con la memoria. Además era hermoso. A pesar de sus cuarenta y tantos, tenía un cuerpo alerta y una sonrisa hospitalaria que invitaba a la cercanía. Tras unos segundos, dirigió su atención hacia Raimundo que cruzó con ella un guiño de admiración compartida.

—¿Qué tal? —dijo Raimundo mientras desenfundaba una cámara que Antonia no había visto—. Pero ahora confiésale a Antón quién ha dicho esas palabras porque ¿verdad, Francisco, que no ha sido Carlos el que acaba de impresionarnos con ese alarde verbal?

—No… tal vez, Julio o ¿qué escritor frecuentas ahora? —repuso Francisco haciéndose cómplice de Raimundo.

—Pues no, cabrones, creen conocerme pero no… ni Julio ni Septiembre. Hoy he sido yo, el mismísimo —y dudó un instante—, ¿cómo les dije ayer que me llamaba? Ah sí… don Carlos Díaz de Vivar. Salud… —y levantó su botella ante las carcajadas de los otros que también se animaron a brindar.

Apenas terminaron las cervezas, Raimundo hizo una señal al mesero para que les repitiera otra ronda.

—Oye, Antón, si te interesan tanto los mingitorios tal vez deberías tomarles fotos tú mismo. Para conocer las cosas no hay nada mejor que la fotografía. Tú crees tomar las fotos, pero es el ojo de la cámara el que en verdad percibe y capta. En las buenas fotografías, se descubren cosas inquietantes… como en los sueños.

—¿Por ejemplo, tomar fotos de los mingitorios de aquí? —preguntó Antonia entusiasmada.

—Si quieres te presto mi cámara —dijo él tendiéndole el artefacto —. Y tal vez podríamos organizar algunos recorridos. ¿Qué dicen, ustedes dos, nos acompañan?

Francisco arguyó que no podía descuidar demasiado su negocio. Y cuando las miradas recayeron en Carlos, el piloto exclamó casi reactivamente.

—¿Ir a fotografiar mingitorios? ¿Están locos, son maricas o están pervertidos? De interesarme, me despiertan más curiosidad los bidets, esos extraños objetos de porcelana donde las mujeres se lavan sus intimidades antes o después de hacer el amor. Pensar en una mujer montada en un bidet… eso sí que puede resultarme tremendamente erótico.

—Bueno —intervino condescendiente Raimundo—, tampoco hay muchos bidets en México. Y por supuesto, salvo Brassäi,[*] muy pocos han prestado atención a ese peculiar montículo de carga erótica tan evidente. Y, sí, también valdría la pena armar una serie fotográfica al respecto, pero mucho me temo que tendríamos que rastrearlos en las pocas casas porfirianas que conservan baños de la época. O de plano, viajar a París, a Roma… Ahí sí que sigue en boga el uso de bidets. En cambio, mingitorios, los encuentras por todas partes. Tú mismo acabas de decirlo antes.

Antonia guardaba silencio. Tenía el ceño fruncido y con la cámara fotográfica en las manos, parecía más bien un muchacho con pelota al que de pronto le dicen que no puede salir a jugar con sus amigos. Carlos la observó unos instantes y entonces cedió un poco.

—Bueno, bueno… Hay unos urinarios de verdad muy especiales en el Palacio de Bellas Artes. Si buscan algo sugestivo, deberían empezar por ahí…

4

Recostada en su cama, Antonia reflexionó que aquello era como mudarse de casa. Hallar un nuevo sitio para los objetos personales, acostumbrar los pasos a la textura del pasillo, descubrir en qué rincón de la estancia descansamos mejor. Y en una noche como aquélla, tras

el trajín del acomodo, mirar el cielo raso a oscuras cual bóveda distante adonde aún no hemos encontrado nuestro lugar. ¿Pero es que alguna vez lo tuvo? Tal vez no, pero las certezas que antes poseía le permitían ahorrarse los cuestionamientos y conducirse en esa dimensión animal de la no-duda: un gato tendiéndose al rayo del sol sin preocuparse de amenaza de lluvia.

En cambio ahora su existencia se le antojaba una suerte de laberinto, un adentrarse en un territorio desconocido, sin posibilidad de vislumbrar una meta o una salida. Recordó el mito de Teseo que había entrado al laberinto de Creta para matar al Minotauro. Además de la espada refulgente, Teseo llevaba el hilo de Ariadna, la princesa que lo había amado más por cuanto lo imaginaba cerca de la muerte. Teseo se armó de valor, caminó entre los pasadizos, encontró al Minotauro, le dio muerte y luego recogió el hilo para desandar el trayecto. Pero cuando retornó, Teseo era alguien distinto. ¿Qué fue lo que descubrió en ese recorrido? ¿Pudo no sentir piedad al degollar a la bestia de mirada humana? ¿Reconoció en ese rostro su propia animalidad embozada? Antonia hizo un gesto de impaciencia: se llevó la mano a los testículos y comenzó a rascárselos. Era una delicia hacerlo, aunque no sintiera comezón. Puesta a la entrada del laberinto, no podía sino introducirse y arriesgarse. Exponerse a que el Minotauro fuera ella misma en esas partes desconocidas y que su oscuridad, en vez de sepultarla entre tinieblas, la iluminara.

5

Para darse valor, resolvió llevar el paraguas a la oficina. Adujo motivos de salud ante su jefe, quien al contemplarla tan cambiada, aceptó la renuncia como un suceso vergonzoso del que más valía la pena no hablar. Le permitieron recoger sus objetos personales y, ya se dirigía rumbo al elevador, cuando la abordó una de las secretarias del piso.

—No sé qué te hiciste, pero te ves mejor —le coqueteó ella una vez que se cerraron las puertas automáticas.

Antonia venía ensimismada pero aun así su mirada se sintió atraída por el escote de la mujer donde se apretaban unos senos generosos. Era como si esos senos le hablaran en un murmullo tumultuoso, como si despertaran sus sentidos adormeciéndolos con una promesa avasalladora.

Fue a ellos, no a la mujer, a quienes respondió con un “gracias” y una erección involuntaria que ocultó con la caja donde llevaba sus pertenencias. La mujer se despidió dos pisos más abajo y Antonia

pudo entonces recuperar el aliento.

Terminó de salir del edificio. El paraguas colgaba de su brazo y seguía ocultando con la caja su sexo entumecido, cuando Francisco se acercó en el automóvil para recogerla.

—¿Estás segura de lo que haces? —le preguntó mientras la ayudaba a acomodar las cosas en el asiento trasero.

—No lo *sé*… No sé si alguna vez estaré segura de algo de nuevo —la voz de Antonia sonaba más grave que de costumbre. Sentía deseos de llorar pero no se imaginaba desarmándose frente a su amigo. Antes, cuando era mujer, tampoco le resultaba fácil pedir ayuda, reconocer que necesitaba afecto o compañía. Francisco se adelantó a sus pensamientos.

—Un favor, Antón —era la primera vez que la llamaba con ese nombre—. No vayas a llorar. Se supone que el mundo ha cambiado y que nos permitimos algunas emociones. Pero llorar… eso es de maricas.

Antonia sintió que sus músculos se endurecían, que una armadura la inmovilizaba al punto de sólo permitirle respirar lo necesario para no asfixiarse. Francisco manejó en silencio hasta que se aproximaron a una estación del metro. Ahí se apeó y le dejó el auto.

—Aquí está apuntada la dirección de la bodega de libros en La Lagunilla —Francisco le tendió un papel doblado—. Me da gusto que me ayudes con esta parte del negocio. Parece que no da para mucho pero a mí me ha permitido vivir bien y hasta ahorrar. Les avisé que pasarías al filo de las doce, así que te da tiempo para recoger a Raimundo en su estudio. Me dijo que quiere acompañarte para hacer un recorrido por el centro.

Antonia tomó el papel y se puso al volante. Esperó a que Francisco se perdiera escaleras abajo para echar un vistazo al asiento trasero. De la caja sobresalían fotos, libros y papeles. Se hallaban en desorden porque así los había arrojado tan pronto los desmanteló de la oficina. Se le antojó tirarlos en el primer bote de basura que se topara en el camino. Tal vez debería hacer lo mismo con el paraguas. Después de todo, no le había servido de mucho. Entonces intentó tomarlo, pero el brazo metálico de la armadura le impidió moverse con agilidad. Se sentía rígida e incómoda, pero al menos estaba protegido.

6

Merodearon por el mercado de antigüedades de La Lagunilla antes de visitar la bodega de libros usados. Una magia tímida, disfrazada de polvo y desgaste, esa vida exultante y silenciosa de los objetos usados,

se desparramó frente a ellos en forma de muebles, cristalería, cámaras fotográficas, cuadros, herraduras, percheros, joyas, exvotos, títulos de propiedad de la época de Porfirio Díaz… Más allá de los puestos, Antonia reparó en una bodega de máscaras y le sugirió al fotógrafo que la visitaran. Apenas habían dado unos pasos en el interior, se toparon con un muro repleto de rostros de madera que dormían indolentes al tráfago de la vida. Muchos de ellos representaban cruzas humanizadas de animales y de astros que permitían vislumbrar la metamorfosis como un ansia de fusión y de poderío. Notoriamente embelesado, Raimundo le señaló a Antonia una máscara oscura que emulaba el vientre grávido de una mujer embarazada. Las aberturas para los ojos estaban situadas en el área de los senos. Conforme se aproximaba a ella, Raimundo fue mostrándose más y más intrigado al punto de pedirle al dependiente que se la descolgara.

—Es de África —le indicó el hombre con una expresión condescendiente y luego, dirigiéndose a una muchacha que sacudía con un plumero multicolor unas mascaritas de porcelana de un mostrador lateral, ordenó tajante—. Deja eso y bájala.

Vista de espaldas era una adolescente de complexión tan delgada que su estructura ósea se insinuaba a través de la piel flexible y radiante. A pesar de la ausencia de curvas, o tal vez disimuladas por el overol que llevaba puesto, la chica poseía una feminidad resuelta que obligó a Raimundo y a Antonia a cederle el paso cuando se volvió y los enfrentó con su cuerpo sonriente. Llevaba el cabello corto pero crecido en un fleco que ladeaba en un gesto de sutil coquetería. Apenas intentó cargar una escalera plegable que se hallaba a la entrada de la accesoria, cuando Raimundo se ofreció a hacerlo él mismo. La muchacha asintió y lo dejó que la colocara al pie de las máscaras, luego se trepó con una suavidad juguetona y desde lo alto les preguntó por la máscara que debía bajar. Raimundo se apresuró a señalársela sin quitarle la vista de encima. Ella obedeció, pero cuando la tuvo entre las manos, hizo algo inesperado. Se acercó la máscara al rostro y la mantuvo ahí durante unos segundos.

—Se siente bien estar embarazada —dijo detrás del vientre grávido y oscuro.

—Te sienta bien —respondió Raimundo con una sonrisa e intentó echar mano de la cámara mientras preguntaba—. ¿Puedo?

Desde el interior de la accesoria, se escuchó la voz del dependiente.

—Cornelio, ven acá…

La máscara giró hacia el hombre su preñez inusitada e inquietante. Antonia, que había contemplado la escena fascinada, se apresuró a tenderle una mano.

—¿Te ayudo a bajar? —preguntó mientras Raimundo se colgaba de nuevo la cámara al hombro.

—Claro que desde el principio me di cuenta que se trataba de un muchacho, ¿tú no? —murmuró Raimundo mientras tomaba en sus manos un grueso volumen de pastas de piel. Se habían detenido en un puesto de libros antiguos y el volumen que examinaba era un tratado de anatomía impreso en Madrid a fines del XIX.

Antonia estuvo a punto de reconocer su engaño, pero entonces la armadura le acicateó los ijares.

—Bueno, dudaba un poco, pero después… fue evidente.

—Ajá… cuando escuchaste que el tipo aquel lo llamaba por su nombre, ¿no? —contestó él sin prestar demasiada atención a sus palabras. En cambio, hizo un gesto de concentración al descubrir que el libro reproducía grabados de un anatomista del Renacimiento: Andrea Vesalio.

Antonia no reparó en que el fotógrafo estaba absorto y esbozó una media sonrisa: antes, cuando era mujer, se preciaba de reconocer a vuelo de pájaro cualquier trasvesti o gay recatado que se cruzara en su camino. Recordó que traía consigo una bolsa de plástico con la máscara comprada por Raimundo y atisbó entre los pliegues del envoltorio la turgencia de aquel vientre de madera que ahora palpitaba oscuramente entre sus manos.

—Si sabías que no era mujer —replicó sin quitarle la vista a la máscara—, entonces ¿por qué le cargaste la escalera y lo mirabas tanto?

—Me gusta jugar, ¿a ti no? —los dedos de Raimundo hurgaban el volumen y pasaban las hojas al azar; de pronto se detuvieron en un grabado—. Además… ¿me vas a negar que Cornelio era encantadora?

Raimundo se volvió hacia Antonia y repitió la palabra mirándolo a los ojos.

—Sí, encantadora… Y ya déjame en paz, que ni mis ex mujeres me han reclamado como tú.

Antonia se sintió expuesta y de manera instintiva probó a reforzar la armadura: echó el cuerpo para adelante y los puños se le crisparon a punto del ataque pero, entonces, Raimundo le dio la espalda para sumirse en el libro que había estado revisando.

—No vas a creerlo, Antón —dijo él con una voz risueña, mientras señalaba algo en el tratado de anatomía—. ¿Qué te recuerda este grabado?

Antonia se le acercó todavía rígida. Ahí en el papel apareció la imagen de un receptáculo demasiado parecido a un mingitorio. No pudo evitar un gesto de asombro al reconocer que el dibujo aquel formaba parte de un miembro oblongo de clara apariencia fálica. Pero lo que leyó al pie de la figura la sorprendió aún más, pues se trataba no de un pene, como había creído en un principio, sino de un útero seccionado. “Corte transversal de matriz”, rezaba sacramentalmente

en la parte inferior del grabado.[*] Todavía incrédulo, se volvió hacia Raimundo e insistió:

—¿Una matriz? ¿No habrán traspapelado las imágenes?

7

No obstante explorar y fotografiar una gama considerable de mingitorios, Antonia prefería aquellos que preservaban su forma original de matriz, rotundas caderas de firmeza acariciante, inquietantes por la porcelana lúbrica que les confería una humedad

orgánica, hipnóticas en su sensualidad de bestezuelas bostezantes.

A pesar de que los más modernos ejercían una seducción escalofriante (algunos con vertederos de agua que recordaban la cascada del clítoris, vigilantes lectores ópticos, escalones mecánicos que se accionaban con el peso del usuario), decididamente le apasionaban aquellos con clara apariencia femenina, en donde los hombres vertían su lluvia dorada en un ritual inconsciente de descarga que emulaba una cópula en el sentido más inmediato y animal: la consumación de una necesidad ciega y vehemente, la satisfacción de un deseo urgente y puro. No era extraño que los hombres no repararan en la belleza de estos objetos y que pasaran demasiado aprisa frente a la magia inherente a su ritual. Ay de ellos si cada vez que acudían a uno descubrían esa mirada de un solo ojo, de una sola garganta, que los aguardaba, siempre dispuesta a recibirlos, porque entonces comprenderían que su

animalidad, esa naturaleza que quisieran dominar y tener en un puño, estaba no sólo en la cama o en los genitales… Pero pensar así, con esa carga erótica latente evidenciada y asomando por todas partes, vivir así, qué susto, qué delirio.

Asomada sobre las fotografías que había tomado en la última semana, Antonia se situaba en el borde de sí misma. Qué razón tenía Raimundo al decirle que gracias a la cámara descubriría una dimensión inusitada de los mingitorios. Como si el diafragma fuera una cavidad hambrienta que evidenciara la esencia misma del deseo. Y Antonia se descubrió sedienta, deseante. Pensó que alguna vez tendría que hacer el amor como hombre, usar su miembro e introducirse en una mujer como hasta el momento se había vertido en los urinarios. Por fin sentiría lo que sienten los hombres cuando hacen el amor… Un deleitable vértigo se apoderó de ella y sus manos urgieron el único mástil del que podía asirse mientras imaginaba que metía a una mujer en el baño de hombres y que allí, después de sentarla en uno de los mingitorios, le abría las piernas para hacerla suya.

1

Sabemos mucho más de lo que creemos saber, pero a menudo, desde pequeños, olvidamos y se nos enseña a olvidar todo aquello que en verdad nos perturba. Al menos eso pasa con la genitalidad y con el deseo. ¿Cuándo fue la primera vez que Antonia vio un pene? La pregunta surgía ahora que se paseaba desnuda por el baño, aprestándose a disponer los utensilios en el pequeño lavamanos para rasurarse a la vieja usanza, según instrucciones de Francisco, después de haberse compadecido de su rostro plagado de pequeñas cortaduras: vasija con agua caliente para remojar una toalla, rastrillo, brocha, tijeras, lociones… Antonia echó la cabeza hacia atrás y se colocó la toalla caliente en la quijada. Mientras esperaba reconoció que no recordaba un encuentro cara a cara con el miembro masculino durante su niñez o adolescencia, pero sí que durante su primera relación íntima como mujer se había comportado ante él de manera natural, como si estuviera acostumbrada a su inminencia por haberlo frecuentado otras veces. Pero verlo o sentirlo dentro era diferente a poseer uno, esa extensión punzante, autónoma, sorpresiva, voluntariosa. ¿Cómo no admirarse de sus veleidades, que podían llevarla a la urgencia de un placer en el que ella —Antonia— y él —su falo— se fundían en un mismo relámpago? Sólo entonces eran verdaderamente uno. (En cambio, siendo mujer, el placer —provocado por ella misma o por sus amantes— se precipitaba como un abismo hacia dentro, un mar de oleajes concéntricos que la llevaban hacia la disolución de esa que siempre había sido ella misma, una con su cuerpo y su sexo.)

Ahora, de ordinario, percibía su miembro como un ser aparte y cada mañana lo contemplaba en el espejo, abriendo un poco las piernas y apretando las nalgas, para cerciorarse de su presencia y poder. Que fuera exterior, le permitía lucirlo y envanecerse, pero también la hacía sentirse vulnerable (como en este momento en que se había quitado la toalla con un movimiento demasiado brusco y las tijeras se precipitaron en un vuelo siniestro cercano a su vientre que lo obligó a saltar de manera instintiva). “El sexo en las mujeres —pensó mientras tragaba saliva sin decidirse a recoger las tijeras— está oculto y por

ello mismo guarecido. En cambio en los hombres —y no pudo evitar una mirada amorosa a sus genitales— está tan peligrosamente expuesto…"

Cercenar, cortar, castrar… se habían transformado en palabras feroces e insoportablemente amenazantes. A una mujer, el estupro —por más brutal— no podía violentarla más allá de su propia naturaleza. En cambio si a un hombre le quitaban su virilidad lo anulaban por completo —y si lo violaban, lo volvían hembra—. Doble desventaja: tanto en la emasculación como en la violación el hombre dejaba de ser tal. Antonia se inclinó sobre las tijeras pero no se atrevió a tocarlas. Observó que su filo era hipnótico, que la paralizaba y le cortaba el aliento. Tras unos instantes, cuando pudo reponerse, se preguntó cómo era posible que los hombres pudieran vivir con semejante riesgo. Sabemos mucho más de lo que creemos saber, pero olvidamos. Recordó los alardes de sus hermanos, ese despliegue pavorrealesco cuando se referían a su sexo. Ahora comprendía qué estaba detrás. Inconscientemente, se había llevado las manos a su miembro y lo protegía como en un nido. El teléfono sonó varias veces antes de que se decidiera a soltar al polluelo. Del otro lado de la línea escuchó una voz familiar.

—¿Qué hay, muchacho? Soy Carlos… ¿No te parece que ya has fotografiado muchos mingitorios? Va siendo hora de emprender la cacería…

2

Quedaron de verse en la inauguración de un escultor, amigo de Raimundo. Antonia, que no frecuentaba el ambiente de las galerías desde su rompimiento con Eduardo, llegó puntual sólo para recordar que salvo los organizadores y meseros casi nadie acostumbraba estar a la hora prevista. Se encogió de hombros y aprovechó que sólo un grupo de muchachos recorría la sala para pasearse entre las obras. Las esculturas de madera eran sobrecogedoras: cuerpos fragmentados a los que alambres de púas sometían a tensiones imposibles. El grupo de jóvenes bromeaba, tal vez para aligerar el escozor que provocaban esos torsos y caderas atormentados, pero una de las dos chicas que los acompañaban se mantenía, a pesar de la sonrisa, con los brazos cruzados bajo un mantón blanco que hacía las veces de una capa que la guareciera. Antonia no supo si era por el gesto de los brazos o porque formaba parte de su naturaleza, pero le pareció que la muchacha irradiaba una fragilidad genuina que debía ser resguardada. No pudo evitar pensar en el capullo intocado de una magnolia.

Comenzó a llegar más gente, algunos vestidos con elegancia, otros con desaliño y otros más con resuelta extravagancia. Entre ellos, un par de hombres con figura de bailarines de danza contemporánea que se paseaban con el torso desnudo, embadurnados de brea y coronados de un aro de púas. Antonia pensó que seguramente eran los actores del *performance* que anunciaban las invitaciones y se hizo a un lado cuando uno de ellos le pidió permiso para pasar. Con el movimiento quedó atrás de una escultura y de frente a la muchacha del mantón blanco, que se había apartado de sus amigos. Observó que llevaba un flequillo sobre la frente que le daba un aire infantil y que sus ojos, inmensos, examinaban la escultura con angustia irrenunciable. Mantenía aún los brazos sobre el pecho y, más que una mujer joven, parecía una niña a la que hubieran llevado a perder a un bosque. De seguro tiritaba ante las tinieblas de deseo que esos cuerpos —árboles petrificados— despertaban. ¿Dónde dormiría segura después de reconocer semejante extravío? —se preguntó en un rumor de pensamiento Antonia que ya imaginaba la ciudad acechante, el bosque ululante, ansiosos por desgarrarle la piel blanquísima y apetecible (¿pero acaso la muchacha misma no se dejaba estar al borde de su propio deseo, bullente de un fragor por el que su sangre golpeaba un mensaje de instintos encontrados?)—. A Antonia se le cruzaron dos pensamientos: primero, desenvainar su espada para protegerla (si tenía una armadura para usarla cuando era necesario, ¿por qué no iba a llevar también una espada?) y segundo, imaginarla desnuda bajo el mantón blanco, con los senos despuntando y el pubis sonriente y albo de una niña.

Antonia sintió un cosquilleo en la entrepierna. “Al ataque…”, escuchó decir a su pene como si ahí estuviera la verdadera espada. “Pero si yo antes era una mujer”, se oyó replicar a sí misma. Su miembro siguió inflándose y, orgulloso de su poderío, ni siquiera se dignó contestarle. De todos modos, Antonia creyó que pensaba: “Sí, antes eras mujer, pero eso ¿de veras crees que importa?” Mientras Antonia dudaba, su sexo continuó abultándose hasta lastimarla con un borde del calzoncillo. Aún así insistía: “Mírala temblar, es tan pequeña y está tan sola, ¿acaso no necesita que alguien la proteja?”

En efecto, la chica temblaba ligera pero perceptiblemente. Entre el bullicio que los rodeaba —el lugar se llenaba cada vez de más gente —, ella estaba desnuda bajo el mantón y su mirada era un estanque revuelto. Antonia no pudo evitar mirarse en él cuando de pronto la joven reparó más allá de la escultura. En un segundo, el desamparo escampó y caperucita blanca mostró sus fauces.

—¿Y tú qué tanto miras? —le espetó la muchacha con fiereza.

Como Antonia tardara en dar una respuesta —la rigidez defensiva de la armadura le impedía pensar—, la muchacha se dio la media

vuelta y se alejó no sin antes aceptar la copa de vino que le ofrecía un mesero. También a Antonia le ofreció una. Ella la tomó y apuró el trago para recuperarse de la estocada. Tenía una espada, pero a final de cuentas no había sabido cómo usarla. Arrastraba las polainas para encaminarse a otro sitio cuando Carlos le palmeó un hombro.

—Vaya, vaya… Así que por aquí andabas. ¿Viste algo que te llamara la atención? —le preguntó.

—Demasiado inquietantes, digo, las esculturas. Me pregunto si alguien será capaz de comprarlas.

—No lo sé, a mí personalmente no me gustaría levantarme y encontrarme con una en mi casa, pero yo te preguntaba por las mujeres, si habías iniciado la cacería.

Antonia se limitó a negar con la cabeza. Carlos le buscó los ojos por las rendijas de la celada pero Antonia sólo dejó traslucir una media sonrisa.

—Anda, ven, que Raimundo está en la entrada. Quiero que conozcas a una de sus alumnas. Estoy seguro que te va a encantar.

Antonia se dejó guiar entre la gente. No hacía falta que Carlos añadiera que se trataba de una niña embozada en un mantón de adulta. Estaba seguro que le presentaría a la misma chica que minutos antes lo dejara inerme sin haber iniciado siquiera la batalla.

Pero se equivocaba, o casi. Carlos no le presentó a la muchacha del mantón blanco, sino a su amiga, la otra joven que acompañaba al grupo que había visto al llegar a la galería. Eran todos alumnos de la escuela de artes plásticas donde Raimundo daba clases. Éste, al ver a Antonia, le hizo lugar a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—Maese, Antón, qué gusto —dijo el fotógrafo antes de proceder a las presentaciones: Julián, Moisés, Bernardo. Pero cuando llegó por fin el turno de la muchacha, Carlos se le adelantó.

—Y ella es Claudia.

Antonia, que buscaba más allá de los presentes por ver si ubicaba a la otra joven, miró por fin a Claudia. Se sorprendió de no haber reparado en ella antes: espléndidamente formada, llevaba un vestido de color rojo, sencillo y elegante por el frente, cuyo único adorno sólo podía apreciarse por detrás: una abertura que se extendía desde la nuca hasta la base de la espalda. Antonia no lo descubrió al principio (aunque pudo apreciar las rotundas formas de la mujer mientras estuvieron frente a frente), pero al poco tiempo ella se las arregló para cruzar el pequeño círculo de amigos y, con el pretexto de quitarle una huella de bilé que le había dejado a Carlos, puso al descubierto su espalda magnífica. Antonia sintió que su mirada se perdía en esa pendiente suave pero de una firmeza que resplandecía y cegaba toda voluntad. Extendió la mano y tocó la espalda. Claudia se volvió

pantera y le atrapó la mano. Todos guardaron silencio. Dueña de sí, con una sonrisa que relajó a los otros, le dijo: "¿Dónde te habían tenido encerrado? Sólo porque me gustas no te rompo la cara."

3

—No, Antón, el arte de Casanova no es la cacería sangrienta —dijo Carlos mientras desayunaban en su departamento, donde Antonia se había quedado a dormir luego de la fiesta que siguió a la inauguración —. Giacomo observa, mide posibilidades, prepara cepos, pero en realidad es él quien se deja cazar. Dos máximas he aprendido de sus memorias: aprovechar la oportunidad y llevar a la presa sólo hasta donde desea ser forzada. Ahora que, como en todo, hay un factor de azar, un elemento de sorpresa que lo hace más apasionante. Es como cuando piloteas un avión comercial. La ruta está trazada. Recibes instrucciones del controlador de vuelos pero finalmente el despegue, el vuelo y el aterrizaje se vuelven un asunto personal…

—Pero, Carlos —Antonia lo interrumpió—, cómo me dices eso… ¿Qué no viste que mi "cacería sangrienta", como la llamas, le encantó a Claudia? De hecho, no me la pude quitar de encima toda la noche y, en cambio, me habría gustado acercarme a la otra, a Malva.

—Bueno, es que las mujeres son impredecibles. De haber sabido que tocarle la espalda por ese escote maravilloso que le llegaba casi a las nalgas iba a gustarle, tal vez yo también lo habría intentado. No porque me interese particularmente, sólo por probar. ¿Cómo se te ocurrió, cómo te atreviste?

—No fui yo… —más que a Carlos, Antonia trataba de explicárselo a sí misma. Acercó su taza para que él le sirviera más café—. Últimamente me pasan cosas muy extrañas. Es como si el deseo mandara en mí. Y creo que eso fue lo que le agradó a ella. Descubrir que su cuerpo despertaba una… ¿cómo decirlo?, una obediencia de imán.

—Tal vez… me ha tocado verlo en otras mujeres: más que el deseo propio, las hipnotiza descubrir el deseo que provocan en los otros.

—Pero eso también les pasa a los hombres —Antonia hizo una pausa pues le pareció que el comentario la excluía y se aprestó a corregirse—, bueno, a mí acaba de pasarme con la misma Claudia. Fue un juego de espejos: mi deseo incontrolado despertó su curiosidad, su vanidad y luego su propio deseo. Entonces me sentí observado — Antonia reparó en la naturalidad con que se atribuía su nuevo género y sonrió contenta de poder jugar consigo misma—, observado y… deseado. Como si sus ojos fueran un espejo que me devolvía una

imagen agradable de mí. Nunca antes me había sucedido, sentirlo y tener conciencia a la vez.

Antonia guardó silencio. Se preguntaba si el haber cambiado de sexo sin perder su experiencia previa le permitía ahora una conciencia más abierta para ser actor y a la vez testigo. Carlos se levantó del desayunador y puso más panecillos en una cesta de mimbre que había colocado al centro de la mesa. Antonia reparó entonces en el orden y la limpieza del espacio donde se encontraban. Pensó que para vivir solo —qué diferencia con el departamento de Raimundo que también vivía sin compañía— era una excelente ama de casa.

—Siempre lo he dicho: el amor es un narcisismo de dos —dijo por fin Carlos mientras rellenaba las tazas de ambos.

—¿Amor? ¿Por qué hablas de amor? Aquí sólo hubo deseo, atracción.

—Bueno, no me refería a lo que pasó entre tú y Claudia, sino a lo que pudo haber pasado…

—De no haber aparecido Malva… Pero tal vez por eso fue que Claudia no quitó el dedo del renglón. Debió de darse cuenta que Malva me atraía más.

—Sí, la competencia entre mujeres. Ellas son amigas, ¿sabes? Ahora que… tal vez vuelvan a alejarse.

Antonia miró a Carlos, interrogante.

—Ajá, les pasó antes cuando Raimundo prefirió a Malva para una serie de fotos. Pero si te interesa más Malva, has hecho bien en provocarla con la otra. Claro, todo depende de qué quieras.

Carlos bebió el resto del café y esbozó una sonrisa traviesa.

—¿De qué te ríes ahora? —preguntó Antonia intrigada.

Carlos lanzó un suspiro antes de agregar:

—Me río de Francisco que estaba tan preocupado por ti, porque para no saber seducir, sabes demasiado darte a desear.

4

Era sábado por la mañana, así que Carlos sugirió que fueran al vapor: uno de los rituales de purificación que acostumbran muchos hombres luego de trasnocharse. Antonia dudó en aceptar pues, aparte de los mingitorios, era la primera vez que se enfrentaba a la situación de encontrarse en un ámbito de intimidad exclusivamente masculina. Además, estaba la cuestión de los cuerpos desnudos: el suyo y el de los otros que se encontraría en el lugar, aunque la verdad es que sentía curiosidad: aún le atraían los hombres. Como Carlos no aceptaba negativas, terminaron yendo a uno cercano a su departamento.

Entraron a la sala general, cada uno con una toalla anudada a la cintura. Entre la bruma, Antonia distinguió varios hombres sentados en las bancas de mosaicos. Algunos de ellos conversaban entre sí, pero apenas los vieron llegar guardaron silencio. Carlos saludó con un gesto a un par y se acomodó en un lugar cercano. Antonia lo siguió y se sentó a su lado, con las piernas abiertas, tal y como lo hacía el resto. No podía evitar sentirse incómoda. ¿Qué pensarían aquellos tipos si supieran que antes había sido una mujer? ¿La golpearían, la insultarían, gritarían indignados o simplemente abandonarían el lugar consternados? Comenzaba a arrepentirse pues nunca como ahora había experimentado la sensación opresiva de ser tránsfuga sobre todo por el temor a que una mirada suya, un gesto inapropiado, la hicieran parecer sospechosa a los ojos de los otros. Había sido una locura acudir a un sitio tan público, donde la condición de desnudez la volvía particularmente vulnerable. Empezó a sudar y prefirió cerrar los ojos.

Unas voces más allá de Carlos reanudaron una plática, al parecer interrumpida.

—Bueno, ya, cuenta otro…

—¿Te sabes ése de la chava que le pide permiso al papá para que la deje ir a una fiesta con el novio?

—No…

Antonia escuchó que Carlos sofocaba una risilla. Abrió los ojos sólo para constatar que el resto, incluido un hombre que se rasuraba frente a un espejo empañado, también prestaba oídos a la conversación.

—Bueno, pues como el papá era un cabrón hecho y derecho, le dice que sí pero que antes tiene que chupársela —el que contaba, un tipo grueso al que se le hacían hoyuelos en las mejillas, hizo una pausa para asegurarse de que los demás esperaban que continuara.

—¿Y…?

—La chava no quería pero, como se le hacía tarde para irse con el novio, pues que acepta.

—¿Entonces?

—El papá se baja los pantalones y se saca la verga. Ya te imaginarás la cara de felicidad del tipo. Pero cuando la chava está punto de metérsela a la boca, se levanta y le dice: “Oye, papá, esta verga huele a mierda.”

Un anciano que estaba frente a Antonia se rascó el sexo por encima de la toalla en un gesto de impaciencia. Ella observó que también los otros esperaban con interés la culminación de la historia. El hombre que contaba sonrió y los hoyuelos de su rostro se hicieron más marcados.

—Entonces —prosiguió por fin— el papá que le dice: “¿Pues qué querías? Tu hermano acaba de pedirme que le preste el coche…”

Todos, en mayor o menor medida, festejaron el chiste. Antonia se

descubrió gesticulando una carcajada tan pronto como se percató de que incluso Carlos reía. Entre las brumas del asombro, atisbó en la procacidad un acto de desnudez violenta que compensaba los tapujos del lenguaje y las convenciones, incluidos los trabajos, las corbatas, las fiestas familiares. De modo que no era un rumor: el mundo soez de los hombres podía ser tan ilimitado según se encontraran en los límites de la confianza suficiente, es decir, entre ellos solos.

5

Pero estar sólo entre hombres también resultaba amenazante. Desnudos los cuerpos en el área de regaderas, unos y otros fingían una indiferencia que nada tenía que ver con sus impulsos. Antonia observó que inclusive Carlos deslizaba miradas oblicuas al sexo de otros hombres. Eran todos penes en reposo, pero las dimensiones variaban: ¿permitirían esas diferencias presagiar la excelsitud o la indigencia de una erección? Unos y otros se sabían observados por más que las miradas no apuntaran directamente en el blanco. La respuesta variaba: los había que se intimidaban y encogían el cuerpo bajo el peso de una concha, o los que se abrían de piernas y sacaban sus cuernos al sol. Antonia recordó una situación semejante en los urinarios, donde, por más que lo disimularan, los hombres siempre estaban viéndose el sexo propio y el de los otros en una perpetua comparación y competencia. Como le diría más tarde Carlos en su disfraz de Alexis: "Quien te diga lo contrario miente o se engaña: siempre se trata de ver quién la tiene más grande…"

Por lo que se alcanzaba a ver, Carlos mismo estaba bien dotado. A pesar de los años su cuerpo continuaba sonriendo con una jovialidad que despertaba admiración y hasta envidia, según pudo constatar Antonia en la actitud de respeto o distancia que despertaba en los otros. Como si ahí, en esa piel que resguardaba músculos, vísceras y órganos, estuviera grabada, sin conflictos, la huella de una vida que se percibía plena y a gusto consigo misma. Antonia comenzó a sentirse nerviosa. ¿Por qué siempre la desnudez o su insinuación resultaba un asunto tan inquietante? Somos cuerpos encarcelados por nuestras mentes. Sólo cuando el deseo se abre paso —Antonia miró con deleite la espalda y las nalgas de Carlos cubiertas por una capa de espuma—, florecemos. Estuvo a punto de acercarse pero entonces lo asaltó el miedo. ¿Y si él la rechazaba? ¿Eran correctos sus deseos? ¿El cambio exterior modificaba sus sentidos? Estaba desnudo pero sintió el peso de la armadura que más que protegerlo la aprisionaba. Tan ensimismada estaba que no reparó en un hombre joven que la miraba

desde hacía rato. No supo cómo ni por qué, fue una mirada larga y tal vez eterna, pero el muchacho la había reconocido y ahora le sonreía. Antonia respondió turbado y luego le dio la espalda.

6

Persistir pero a la vez resistirse en términos equívocos… Antonia reconoció que más que en una cacería se enfrentaba a las mujeres como a contrincantes de un torneo. Ellas, lejos de permanecer entre los espectadores, también se montaban una armadura y embestían contra el oponente. Antonia había sido mujer y cualquiera creería que los secretos y misterios le habían sido ya revelados pero los papeles del cortejo no se repartían de manera tan clara. Más que las señoras reglas establecidas con sus corsés y sus enaguas de almidón, el azar-bufón cascabeleaba y hacía un corte o un sesgo donde parecía no haber pliegues: siempre había algo de particular fascinante e irrepetible, como si la alegría (Malva le había sonreído al sentarse junto a ella en el cine) o la ternura (Claudia parecía no entender e insistía en acercarse como una pantera iracunda unas veces y otras domada) fueran sucesos que siempre se experimentaran por vez primera.

Y aunque los códigos no fueran claros, contradicciones en la práctica entre Casanova, don Juan y Ovidio en boca de Carlos que los había tenido por instructores desde la adolescencia, lo cierto es que a Antonia le atraía lidiar, exponerse, porque un deseo más fuerte que ella la impulsaba a llenar ese traje de hombre que ahora llevaba puesto. No quería caer en el juego fácil de adjudicarle a su actual condición este nuevo deleite por la aventura pero reconocía que su capacidad de arriesgarse sin pensar tanto en las consecuencias se había incrementado. Tal vez se debiera a la sensación permisiva de los sueños (¿qué otra explicación darle a los bordes y desfiladeros por donde la conducía ahora su vida?), pero una especie de arrojo galopante la envalentonaba y la animaba a seguir probando.

No fue otra la razón que la llevó a aceptar la invitación de Claudia para acompañarla a su departamento. Malva había decidido acompañar a Raimundo luego de verse los cuatro para ir al cine y cenar. Antonia y Claudia juguetearon en el trayecto: habían tomado unas copas durante la cena y Antonia se atrevió a tocarle los senos y Claudia deslizó la mano por su entrepierna mientras escuchaban a Leonard Cohen. Así pues, las cartas estaban echadas —besos interminables en el elevador— cuando arribaron al lugar de Claudia.

Pero entonces —estaban tumbados en el sofá de la sala— Claudia hizo a un lado su pose de pantera y, sorprendentemente, le dejó el peso de la acción a Antonia. Quieta, a la espera, Claudia se convirtió repentinamente en la imagen misma del Deseo que ha de ser colmado. Antonia la imaginó como una enorme boca abierta, una gruta insondable, que jamás —así de absolutas percibimos las pasiones en el instante—, jamás podría saciar… Y se sintió aterrorizado. El miedo se reflejó en el abatimiento de su miembro, segundos antes gloriosamente enhiesto como un estandarte. Mientras más decaía, Antonia comenzó a percibir que la armadura de otras ocasiones se reforzaba en torno a su cuerpo semidesnudo. Volvió a vestirse ante la mirada atónita de Claudia.

—Pero, ¿qué pasa contigo? —preguntó ella sin entender todavía.

Antonia guardó silencio. Un remolino de ira *y* vergüenza le perforaba el pecho. No supo ni cómo se le ocurrió atacar:

—Es que tú no me excitas lo suficiente.

Claudia no podía dar crédito a lo que oía.

—Espera… —dijo ella comenzando también a vestirse—. ¿De modo que a ti no se te para y yo soy la culpable?

Antonia no pudo escuchar más. Salió del departamento dando un portazo pero muy en su interior sabía que ese alarde desproporcionado —con la ropa se había puesto también el arnés y las calzas de malla tan precipitadamente que estuvo a punto de dar con su osamenta en el suelo—, intentaba acallar una vocecita chillona que le machacaba: “Es que tú no puedes, no puedes…”

7

Se construye una *arma-dura* para guarecer una *arma-blanda.* Un apéndice poderoso en vigor y vulnerable en reposo que no obedece a tu voluntad. No depende de ti. Al contrario, tú eres su siervo y su fuerza es tal que te pone a gravitar según el objeto de su deseo. Algo que Carlos definía como la “gravitación de la mirada”: esa inercia de imán que te lleva los ojos tras unas piernas, un trasero, un caminar, sin que medie tu voluntad o conciencia.

—Lo curioso es que hay hombres que se avergüenzan de no poder controlarlo. A mí me encanta, aunque por respeto a la persona con la que salgo, busco no hacerlo tan evidente, pero me gusta porque me hace evidente mi animal, ese que responde al estímulo de un cuerpo hermoso, o alguna de sus maravillosas partes.

Estaban en la plaza Garibaldi, era de madrugada y acababan de salir de un bar, adonde habían llegado después de visitar otro par de

cantinas. Antonia estaba apesadumbrada después del episodio con Claudia y el alcohol, lejos de ponerla alegre, lo predisponía a una vena melancólica. Aunque no se había confiado a Carlos, éste adivinó en su gesto apagado que las cosas no le habían resultado satisfactorias. Solidario, había insistido en que salieran aquella noche, aprovechando que no tendría que volar sino hasta el fin de semana. Cerca, grupos dispersos de mariachis intentaban abordar a los pocos automovilistas que circulaban por la avenida con el ofrecimiento de llevar una serenata. De pronto, de uno de los automóviles descendió una pareja de recién casados. Él con el esmoquin, ella con el vestido blanco de cola, caminaron por la plaza rumbo a uno de los centros nocturnos. Un grupo de mariachis los siguió entonando un repertorio de fragmentos de melodías. Antonia reconoció varias de ellas pero al final, cuando los recién casados terminaron por entrar a uno de los cabarets, los mariachis, lejos de callarse, continuaron con los compases de "El Rey". La estrofa final, "no tengo trono ni reina, ni nadie que me comprenda, pero sigo siendo el rey", le arrancó una sonrisa irónica. Sí, también ella se sentía como un rey vencido, por más que hubiera hecho alardes de aparentar lo contrario. Se llamaba orgullo, vanidad herida. Pero era doble pues Antonia sabía que su comportamiento con Claudia se había originado por su propia inseguridad. Y no había podido reconocerlo frente a ella: era pues, doblemente, menos hombre.

Miró a Carlos mirarla y se preguntó si él había pasado por una situación semejante; si alguna vez había tenido que ocultar su propio miedo atacando y responsabilizando al adversario; si, en una palabra, había sido tan cobarde como ella. Le habría gustado pregúntarselo pero en vez de hacerlo (no hay que olvidar que habían tomado bastante alcohol y que en semejante estado se le ocurren a uno disparates), comenzó a reír estrepitosamente.

Carlos la acompañó unos segundos en un dúo de risas sin sentido, pero a la postre le preguntó el motivo. Antonia tuvo que respirar profundamente pero luego volvió a doblarse de la risa e hizo varias veces el intento de contenerse antes de poder explicarle.

—Es que se me ocurrió preguntarme qué sería de mí si no tuviera pene. Si en vez de lo que soy ahora, fuera una mujer y, digamos, me llamara Antonia.

—Si te llamaras Antonia, no estaríamos aquí. Tal vez ya nos hubiéramos encamado, pero esta complicidad, esta compañía sin amenaza de por medio, muy pocas veces la he tenido con mujeres.

Ambos callaron por unos instantes. Más allá de los edificios que los rodeaban comenzó a filtrarse una penumbra luminosa. Amanecía.

—… Por otra parte, yo no podría concebirme sin pene. Tal vez tenga que ver el sobado complejo de castración, que sea tan

contundente que ni siquiera puedo concebirlo, si no es en sus formas simbólicas y abstractas: conozco hombres y mujeres que se limitan y se prohíben cosas no porque no puedan hacer o deshacer, sino porque negándose, "castrándose", creen evitar un castigo mayor. Pero lo otro, yo mismo, Carlos, sin pene, es un atentado metafísico… la irracionalidad absoluta. Que le pregunten al hombre elefante cómo se sentía de que lo consideraran humano más allá de su apariencia… Yo sencillamente dejaría de ser.

—Pero, bueno… —continuó por fin Carlos en un tono bajo, como si temiera despertar a alguien—. Ahora que Matatías duerme, te contaré de Alexis, otro de mis personajes. Es hermano trillizo de Alex y de Alexina, a quienes tal vez te presentaré algún día. Según Alexis, para nosotros los hombres, y tú debes saberlo, Antón, el que nuestro sexo sea exterior, es una confirmación fundamental, por eso verlo, tocarlo, mostrarlo son actos necesarios y hasta inconscientes. Y eso también nos hace tremendamente vulnerables: ahí, en una libra de carne, está cifrada buena parte de nuestra humanidad; en resumidas cuentas, quien te diga lo contrario miente o se engaña: siempre se trata de ver quién lo tiene más grande… Por eso, cuando te falla en un lance amoroso es tan difícil aceptar una derrota. Y a ti, ¿alguna vez te ha fallado?

La armadura no era invulnerable. Antonia sintió la estocada entre dos placas y se apresuró a contestar.

—Nunca… —se escuchó negar a sí misma con rencor.

8

¿Qué la impulsaba a mentir de esa manera? ¿Seguir reforzando la armadura para ocultar su orgullo empequeñecido? Lo cierto es que también se sentía culpable. Al día siguiente, rondó el departamento de Claudia y esperó a que estuviera vacío. Iba a deslizar una nota por debajo de la puerta ("Lamento haber actuado como lo hice. Perdóname, todo fue producto de mi propia inseguridad…") cuando escuchó pasos en las escaleras. Era Malva. Traía una gabardina y el aire de desprotección que ya Antonia le conocía. La mirada, sin embargo, refulgía más luminosa que de costumbre. Se guardó la nota en el bolsillo.

—¿Viniste a ver a Claudia? —le preguntó ella.

—Pero no está…

—Yo traigo llaves. Si quieres, podemos esperarla.

Entraron. Malva se quitó la gabardina. Era delgada y el vestido suelto que llevaba la hacía parecer aún más. Con una manga se frotó

la punta de la nariz en un gesto de ternura que a Antonia se le antojó irresistible. Entonces reparó en sus ojos llorosos.

—¿Te pasa algo? —se animó a preguntar.

Malva hizo esfuerzos por controlarse pero a la postre se refugió en Antonia.

—Acabo de terminar con Raimundo… —dijo entre sollozos.

Antonia no pudo evitar pensar en Casanova y en Carlos. Aprovechar la oportunidad, llevar a la presa sólo hasta donde desea ser forzada. Malva temblaba entre sus brazos. Antonia, toda él, sintió que se inflamaba de deseo: el guerrero despertaba con una fuerza imbatible. Ya no supo —y tampoco le importó al sentir que la chica lo dejaba ir tomando plazas— si era un deseo provocado por Malva, o por su propia virilidad recuperada.

Penumbria y la fotografía

1

"El hombre es el sueño de una sombra", solía decir Raimundo para explicar situaciones desconcertantes provocadas por el comportamiento humano. La frase la había tomado de un poema de Píndaro, un poeta griego de la época clásica a quien descubrió siendo muy joven. Al principio le había llamado la atención porque le recordaba algunas de las visiones delirantes que tuvo cuando, adolescente, cayó inesperadamente enfermo de sarampión. Entonces la fiebre lo abatió durante días y lo mantuvo en un estado límite entre la vigilia y el sueño:

"Una zona de penumbra donde la realidad se desenfocaba de sus coordenadas habituales para dar cabida a un mundo susurrante, poblado por sombras que se movían entre contornos y perfiles difusos. En semejante trance, mi madre que me llevaba una charola con alimentos, o el doctor que me visitaba, no eran sino el reflejo de otros seres que se movían con más libertad: mientras mi madre y el doctor actuaban con mesura y contención, sus sombras tenían un altercado que rayaba en lo cómico: en un momento determinado la sombra-madre había intentado ahorcar a la sombra-doctor y ésta, a su vez, apenas pudo liberarse, se ponía a golpear a la otra con el estetoscopio. Lo curioso es que yo me veía a mí mismo como una sombra yaciente en la que sólo mis manos conservaban la corporeidad y el colorido habituales. Sabía, con esa certeza inexplicable de los sueños, que cuando mis manos terminaran por ensombrecerse estaría muerto, pero por extraño que parezca eso no me entristecía. En otras visiones, las sombras habían invadido mi cuarto. Me levantaba con una levedad inusual y cruzaba la habitación en pos de una fuente luminosa, semejante a un arco iris que se hallaba al fondo. La fuente ocupaba el lugar donde antes se hallaba un espejo. Y entonces, al asomarme en ella, me descubría a mí mismo y al cuarto reflejados como los conocía diariamente. Probaba a acercar mis dedos de contornos grises y ahí, duplicados, aparecían otros dedos en una escala cromática amplísima pero tan pronto alejaba la mano y la acercaba a otros objetos, descubría una sensación inusitada de poderío: yo era yo y a la vez todos los otros contornos que mi sombra abarcaba. Y, al fundirse,

percibía un murmullo, una vibración tenue que cada objeto parecía exhalar.

"Nunca supe después si lo había soñado o si en verdad había sucedido. Una tarde recibí la visita de una amiga de la secundaria. Su uniforme azul era una isla de luz entre las sombras y cuando tendí mi brazo hacia ella sentí una completa conmoción pues al tocarla pude percibir que me apoderaba de sus sonidos corporales, del chasquido de su lengua —ella mascaba un chicle—, de la fruición de la entrepierna. Pero además descubrí que Leylha, así se llamaba mi amiga, exhalaba en aquel momento una tonadilla de carrusel.

"Creo que le pregunté algo al respecto en medio del sopor que todavía me tenía rendido. Y Leylha, azorada, me contestó en un susurro:

"—Será porque hoy me fui de pinta. Nos subimos a los caballitos —me confió y luego agregó con una sonrisa tímida—. Me gustan mucho los carruseles. Ya sé que son para bebés pero no se lo digas a nadie.

"Cuando me recuperé por fin, vi otras veces a Leylha pero no le mencioné el asunto. Me costó trabajo reasumir los límites habituales sobre todo en el periodo de convalecencia. A veces el filo de una sombra, una silueta que se perfilaba en movimiento por la luz de un faro de automóvil, me devolvían jirones de aquella zona indeterminada. No hablé del tema con nadie en aquella época pero siempre guardé el recuerdo de ese primer tránsito y la invasión de Penumbria, como años después llamé al reino indefinido y poderoso de las sombras.

"A lo largo de mi vida tuve oportunidad de otros encuentros. Libros, fotografías, películas, cuadros, calles, habitaciones se obstinaban en leer para mí mensajes velados. Eran momentos de revelación en los que descubría encuadres sorprendentes, de una belleza extraña y palpitante, como un corazón secreto. No resultó extraño que a los pocos años del sarampión me decidiera por la fotografía. Recuerdo el día con nitidez: mi padre había decidido abandonarnos a mi madre, a mis dos hermanos y a mí sin ninguna explicación. Tenía entonces dieciséis años y entré al despacho de mi padre para constatar sus vestigios: una pipa, sus expedientes de contador, una cámara fotográfica que rara vez usaba.

"Con la cámara al hombro me hundí en el centro de la ciudad. Tomé fotos al azar, sin poner demasiada atención en los objetos que captaba. Me topé con una librería de viejo y caminé por el laberinto de libros sin buscar nada en especial. Cansado, regresaba sobre mis pasos cuando descubrí uno peculiar. En la portada, una sombra de mujer delineaba con la punta de su dedo índice el cuerpo naciente, todavía inconcluso, de un hombre. Abrí el libro y encontré la frase de Píndaro. Entonces supe lo que de alguna forma ya sabía sobre mi

padre: que ahora sus sombras lo guiaban por nuevos caminos. Compré el libro. Por supuesto, se trataba de un libro sobre el arte de la fotografía.”

2

—Entonces, ¿no te molesta que salga con Malva? —preguntó Antonia tras unos minutos de silencio, luego de haber escuchado el episodio de las fiebres de Raimundo, el abandono del padre, la historia de Penumbria y la frase de Píndaro que, por contradictorio que parezca, entendía sin terminar de entender.

—No… De hecho, me quitas un problema de encima. Malva, como la mayoría de las mujeres, es muy demandante. Y para demandas y peticiones, ya tengo con mis sombras y la fotografía. Además, aún no nace la mujer que me haga apartarme de un amigo.

Habían estado revelando negativos toda la mañana en el cuarto oscuro y, en una pausa, mientras esperaban que secaran las últimas impresiones, salieron al balcón del departamento de Raimundo a fumar y refrescarse. Antonia aún traía en los ojos la imagen emergente de un urinario que había tomado en el Palacio de Bellas Artes. Lubricado en el borde inferior por efecto del flash, el mingitorio insinuaba los labios de un pubis, ávidos por ser poseídos.

No había podido reprimir un temblor en todo el cuerpo cuando la imagen comenzó a desflorarse entre el fluido de los químicos. Raimundo también se mostró perturbado con esa fotografía.

—Es maravillosa… Pero no debes olvidarlo, Antón: es un regalo del reino de las sombras. La fotografía es el encuentro de una sombra con una posibilidad de ser, el momento en que deja atrás lo indeterminado e informe para iluminarse y adquirir cuerpo y definición. Por eso las sombras son siempre entidades deseantes. Nosotros, cuando deseamos, nos convertimos en sombras. Sombras del deseo. ¿Desde cuándo empezaste a desear a Malva?

—Desde la primera vez que la vi —confesó Antonia en un susurro —. Parecía tan frágil y desamparada, que sentí ganas de poseerla en el acto. Poseerla para abrigarla y guarecerla. No sé por qué pero pensé en su pubis como el de una niña… Bueno, de hecho, así lo tiene, claro, porque se rasura.

Antonia miró la calle arbolada que se extendía a sus pies. Era un mediodía de otoño fresco y claro. Entre los árboles, creyó distinguir uno con grandes flores blancas. Sí, se trataba de un árbol de magnolias. No entendía por qué pero los urinarios y Malva le recordaban la forma de esas flores blancas, inmensas como el deseo que le despertaban. Iba a comentárselo a Raimundo, cuando de reojo atisbó un movimiento súbito en dirección a su cara. Lo desvió por instinto y el brazo de Raimundo se quedó suspendido en el aire con un

puño que muy pronto se abrió en el gesto suave de un mago después de soltar una paloma.

—¿Qué quieres? —dijo por fin el fotógrafo reacomodándose el cuello de la camisa—. No he sido yo el celoso. Fue mi sombra… —y rompió a reír en una carcajada que a Antonia le pareció genuina y traviesa, más genuina por cuanto apelaba a su complicidad, más traviesa por cuanto percibió que era la mentira necesaria —cómo podía ahora entender y compartir los motivos— de un caballero para salvar su orgullo herido.

3

¿Cómo había sido perderse en su deseo? En un *naufragio* la embarcación se hunde o se destruye por la violencia de los elementos y, sin embargo, a los sobrevivientes, a los que no perecen en él, se les llama *náufragos*. Ahora era náufrago de una mujer. Náufrago de Malva. Y es que cuando tuvo a Malva entre sus brazos, temblorosa como un capullo recién cortado, sintió que, más que dueño y señor, se perdía y se abandonaba, que todo él se fundía en una fuerza de arrastre que lo impulsaba a seguir adelante, arrojarse al mar, despojarse de ser quien era y quien no era, de todas las dudas, de todas las certezas, y abrirse paso, a brazo enhiesto, a corazón partido, a sexo cantante.

4

Pero el asunto de Penumbria resultó ser mucho más importante en la vida de Raimundo de lo que a primera vista llegó a creer Antonia. De pronto las piezas empezaron a encajar: las marionetas del teatro de sombras javanés que presidían la decoración de la estancia de su departamento, las reproducciones de fotografías famosas que enfilaban el corredor por donde se llegaba al cuarto oscuro y en las que un artista como Claude Monet había captado su propia sombra reflejada en un estanque de nenúfares, o el insólito autorretrato de André Kertész donde puede apreciarse el perfil de su sombra en el acto de fotografiarse a sí misma y a la sombra del trípode y la cámara empleados… Eran imágenes donde sólo las sombras aparecían como protagonistas y los cuerpos, fuera de cuadro, quedaban en la sombra… A ello había que agregar los propios trabajos de Raimundo Ventura, algunos de los cuales forman parte de acervos como los del Centro de

la Imagen de la ciudad de México y el International Center of Photography de Nueva York. Antonia sólo pudo conocer las series más recientes: fotografías de una belleza singular donde los rostros y los cuerpos se muestran en el tránsito de convertirse en sombras no sólo por la penumbra invasiva de los espacios sino, más bien, porque transpiran pasiones puras y sedientas: la inocencia de ser puestos a la luz reveladora de un ojo implacable. Translúcidos, con un halo luminoso y refulgente, irradiando una fuerza concentrada y cristalina, los personajes y objetos fotografiados por Raimundo Ventura parecían rasgar un velo oculto y asomarse a veces con timidez incitante, otras sin piedad.

En el altar que Raimundo tenía montado en una de las habitaciones, una imagen de las Ánimas del Purgatorio se destacaba por encima de varias fotografías y retratos. Al centro llameaba una vasija con aceite y pabilo que el fotógrafo siempre tenía cuidado de alimentar. Ahí acudía Raimundo todas las mañanas para encomendarse a sus sombras y, cuando se proponía algún proyecto en particular, pedirles permiso para trabajar invocando a manera de oración una frase que, escrita en tinta plateada, serpenteaba en una tira de papel al pie de la imagen de las Ánimas: "Déjame ser una sombra entre tus manos."

La primera vez que Antonia vio el altar se sintió tocada por aquella frase cuyo significado no entendía del todo. Raimundo, a unos pasos de ella, percibió su atracción y se animó a revelarle su origen:

—Es la plegaria que invocan los penitentes de Java cuando, cansados de que la vida no cumpla sus deseos, descubren en el sometimiento la verdadera felicidad. ¿No te parece maravilloso, Antón? Cuando comienzo un proyecto diferente, cuando salgo con la cámara al mundo, cuando inicio una nueva relación, no es otra la frase que repito.

—¿Dejar los deseos a un lado? —preguntó Antonia.

—Por el contrario, dejar que los deseos de tus sombras te invadan. Por otra parte, no hay más posibilidad. Tú crees llevar las riendas de tu vida, pero ¿acaso no has sentido alguna vez que deseos desconocidos se te imponen?

Antonia no pudo dejar de considerar las palabras de Raimundo. ¿Era posible que la metamorfosis que la tenía viviendo en el cuerpo de un hombre se debiera al poder de las sombras?

—Penumbria está en todas partes, Antón, y sólo basta un murmullo para que las veladuras se abran y por ahí se cuele un rayo de… oscuridad…

Salieron del cuarto del altar y se dirigieron al estudio. Raimundo desplegó una carpeta de trabajos y le mostró la serigrafía de un póster donde un Santo Niño de Atocha emergía victorioso entre la tinta plateada del fondo.

—Hace unos años expuse en Madrid una colección titulada *Licencia para trabajar*. Entonces no conocía la plegaria javanesa, pero lee lo que puse debajo.

Antonia se acercó a la mesa de trabajo y leyó en la parte inferior del cartel.

Ojitos de Plata[*]
(Madrid/Velázquez 1995)

Este pedimento me trajo: que mis sombras me concedan
licencia para trabajar, pues que el mundo no la otorga.
Por ellas trabajo; y a ellas pido que me validen.

Si les parece contemplar el triunfo de la Sombra Sola,
que sabe ser cruel o piadosa, acompáñenme —sombras
entre sombras— en mis jornadas de esta exposición.

Antonia guardó silencio durante varios segundos. Luego, se volvió hacia el fotógrafo con una sonrisa y le dijo:

—Penumbria no te abandona, ¿verdad?

—No, es mi luz —contestó él, convencido, con otra sonrisa.

5

Antonia y Malva acababan de quedarse dormidos cuando sonó el teléfono. Del otro lado de la línea, la voz de Raimundo se escuchaba excitada.

—Antón, no te imaginas lo que acabo de encontrar. Se trata de la sombra que da origen a tus urinarios. Tienes que verla por ti mismo.

Antonia se desperezó en el acto pero el cuerpo desnudo de Malva sobre las sábanas la hizo reconsiderar la opción de salir al departamento del fotógrafo.

—¿Qué horas son?

—No tengo idea. Espera… apenas debe de pasar de la una de la mañana. Puedes dejarlo para después pero estoy seguro que no te arrepentirás si vienes ahora. Anda, vente de una vez. Yo todavía tengo que imprimir dos rollos y puedo esperarte.

Antonia vaciló un momento. No quería dejar a Malva sola pero en verdad le intrigaban las palabras de Raimundo.

—Está bien. Me visto y voy para allá.

Apenas colgó el auricular, volvió a tenderse al lado de la chica. Ella por instinto lo abrazó y le besó un hombro.

—Malva… —le dijo suavemente— tengo que salir pero no me tardo.

—Mientras no te vayas para encamarte con otra mujer —musitó ella con una voz sonámbula y se arrebujó entre las sábanas.

Dormía tan placenteramente que su rostro infantil se dulcificaba por ese aire de indefensión de los cuerpos que nadan a la deriva del sueño. Antonia no pudo evitar besarle la punta de la nariz antes de correr a vestirse.

Tan pronto cruzó la estancia, Raimundo le ofreció un trago que Antonia rehusó de inmediato.

—¿Estabas con Malva, verdad? —le preguntó mientras se llenaba para sí un caballito de tequila.

Antonia frunció el ceño.

—Creí que querías verme para otra cosa…

—Sí, sí, la sombra del urinario. Tenías razón, Antón, es un hallazgo haber pensado en el mingitorio como las suaves caderas de una mujer. Pocos hombres se atreverían a señalar su semejanza y muchos menos reconocerían un placer parecido al del encuentro amoroso cuando se paran frente a uno de ellos. Pues bien, voy a mostrarte su constatación y quedarás en deuda conmigo.

Raimundo dio un largo trago a su tequila y le indicó a Antonia que lo siguiera. Entraron al estudio, únicamente iluminado por la lámpara del restirador. El cono de luz incidía sobre un grueso libro de fotografías abierto de par en par. Raimundo hizo un gesto para que Antonia se adelantara.

Sobre el papel, el cuerpo desnudo de una mujer con los brazos en alto dejaba en penumbra su rostro mientras que, en el área de la cadera y el pubis, ponía al descubierto la suave línea de un urinario viviente. Antonia sintió que la imagen lo cegaba.

—Así que el mingitorio es la sombra de una mujer… —dijo en un haz de voz.

—Como tú… —señaló Raimundo a sus espaldas.

Antonia se creyó descubierta. Sin tiempo para ponerse la armadura, o al menos tomar la espada, alcanzó a levantar el escudo y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Como tú, como todos… ¿Es que acaso no sabes, Antón, que los hombres no existimos? Somos la fantasía del deseo de las mujeres…

6

¿Qué fuerzas más allá de sí misma lo movían?, estuvo a punto de preguntarse Antonia cuando se paró súbitamente frente al Palacio de Bellas Artes, en la diestra la mano de Malva después de un recorrido por el centro y en el pecho un deseo abriéndola a galope.

—¿Vamos a entrar a Bellas Artes? —preguntó a su lado ella, la nariz y el ceño fruncidos, como una niña a la que obligan a ir a un museo.

Antonia sujetó la mano de la chica y se ajustó la cámara que colgaba del hombro disponible.

—No es lo que tú crees —agregó con una sonrisa traviesa.

Malva lo miró intrigada y se dejó guiar. En vez de entrar al área de espectáculos, rodearon el edificio y se dirigieron a la oficina de Luis Camacho, el jefe de diseño del Palacio, un amigo de Raimundo que antes le había permitido a Antonia introducirse en los baños de la sala de conciertos y tomar las primeras fotos de esos urinarios de Bellas Artes de sensualidad tan evidente, recomendados por Carlos Díaz.

La suerte estaba de su lado: Luis acababa de despachar los programas de mano y los carteles del mes así que los recibió de inmediato y, ante la petición de Antonia de repetir una sesión de fotos ahora con modelo, el diseñador, un tipo formal pero juguetón al que desde la primera vez le había caído en gracia la idea de fotografiar mingitorios, cruzó con ellos los pisos interiores y los llevó al área de aseos. “Eso sí, bromeó con Antonia, con ésta me debes dos invitaciones al bar. A ver si nos vemos el fin de semana con Raimundo y nos vamos de cantinas…” Antes de cerrar la puerta tras de sí, les pidió que no fueran a demorarse más allá de las cinco de la tarde pues a esa hora comenzaban los preparativos para las funciones de la noche.

Apenas estuvieron solos en aquel lujoso espacio de mármoles veteados en blanco y negro, Malva atisbó la fila de urinarios pero no se decidía a acercarse.

—Son tan extraños… —dijo sin atreverse a mirarlos del todo.

Antonia desenfundó la cámara y probó la luminosidad del ambiente. Con la lente enfocó a Malva todavía replegada en una de las paredes laterales como una chiquilla a la que se ha forzado a hacer algo en contra de su voluntad.

—¿Por qué se te hacen tan extraños? —preguntó Antonia y comenzó a disparar la cámara.

—No lo sé… tal vez porque me resultan desconocidos, tan desconocidos como los bidetes de los franceses, pero al menos esos están hechos para que también la mujer los use, para sentarse ahí y lavarse sin necesidad de un baño completo. En cambio los mingitorios son objetos del mundo íntimo de los hombres —caminaba ya en dirección de ellos y se situó en frente de uno—. Diseñados para su uso exclusivo. No me imagino orinando aquí: me mojaría toda. En cambio ustedes, con su juguetito movible… —de pronto, Malva guardó silencio mientras un gesto de sorpresa le invadía el rostro—. Pero qué especiales son éstos… Parecen…

Antonia no perdía oportunidad para fotografiar a Malva y a los urinarios desde distintos ángulos como ahora que, inclinado el perfil del rostro sobre la concha de porcelana, la chica parecía más una niña azorada hurgando el interior de una fuente de los deseos.

—¿Qué parecen, Malva? —preguntó Antonia sin quitar el ojo de la lente.

Malva se mantuvo callada unos instantes y de súbito confesó a la cámara:

—… Parecen mujeres —susurró como si de pronto hubiera descubierto algo prohibido—. Ahora entiendo por qué me resultan tan inquietantes.

Y, mordiéndose el labio inferior, probó a colocarse al lado de uno de ellos. Se miró sus propias caderas y de súbito alzó los brazos de tal manera que su rostro quedó oculto tras el tamiz de una sombra.

Antonia no pudo evitar un estremecimiento: ¿conocía Malva la fotografía que Raimundo le había mostrado apenas unos días antes con la imagen de la mujer desnuda, el rostro oculto por la penumbra de sus brazos y las caderas de urinario?, ¿acaso se la había mostrado él?, entonces ¿se encontraban ellos a sus espaldas? ¿O tal vez era la propia Malva dejándose llevar por sus propias sombras, dejándose decir palabras, hacer gestos, tomar actitudes, bordear perfiles, seguir rutas trazadas por un azar subterráneo y vehemente?

—¿Qué te parece, Antón? —dijo y sus ojos brillaron en la zona de penumbra donde se escondía su rostro—. O tal vez sea mejor desnudarse.

—Sí… —murmuró Antonia mientras, alboreando de excitación, se hacía una con la voracidad hambrienta de la cámara.

—De acuerdo, me desnudaré aunque no me gusta que me fotografíen en cueros. A cambio, tendrás que cumplirme un deseo.

—Lo que quieras.

—Nunca he visto orinar a un hombre frente a un mingitorio…

Antonia se descolgó la cámara y se dirigió a un urinario. No sabía si por la excitación o porque Malva lo miraba, cuán difícil es orinar con un pene erecto, no podía verterse en aquella vulva de porcelana. Le

costaba trabajo pero entonces Malva, fija la mirada en su miembro, comenzó a desvestirse. De pronto, como si no le bastara el aire que respiraba por la nariz, abrió los labios en un gesto de docilidad absoluta. Entonces Antonia pudo reconocer que el mingitorio era también una boca sedienta. Y ya no supo si se venía o simplemente se derramaba. La descarga fue tan intensa y placentera que tuvo que apoyarse en la pared de mármol.

Había cerrado los ojos y desde aquella penumbra escuchó a Malva hablar como una sombra atrás de otra sombra:

—Quiero que me hagas el amor aquí —susurró.

¿En qué momento había escuchado Malva el rumor del deseo de Antonia que lo había llevado a urgir esa escena en los baños de Bellas Artes? El corazón de Antonia latía una sola respuesta: el deseo, un hambre y una sed delirantes que se desbordaban por saciarse. Abrió los ojos y contempló el cuerpo desnudo de Malva recargada en un urinario, como un capullo dentro de otro capullo. Se sintió gravitar en dirección de ese doble gineceo que también temblaba de deseo. Apartó los pétalos y se perdió en él.

7

Salieron a la calle. Dos cuerpos sonrientes, amorosos. Sin preguntas. Sólo certezas. El cielo era singularmente más azul y brillante. El mundo se deslizaba con una fluidez inusual. Los automóviles y la gente que cruzaba la avenida ensayaban una suerte de baile: cada quien en su sitio, cada cual en su momento. Antonia contemplaba esa belleza que irradiaba el instante, inadvertidas fotografías donde la muerte y la vida se acoplaban amorosamente, y se sorprendía: era la ciudad de siempre, con su mismo caos desquiciante, y sin embargo, bastaba retirarse un poco, esa mirada distante y próxima de quien está saciado, para descubrir en el vértigo el susurro, el secreto, el corazón de las cosas en el propio pecho.

Reparó en Malva. La euforia de una niña que acaba de bajar de la rueda de la fortuna: sus ojos, más inmensos, desbocados, gargantas voraces, sed y hambre incurables. La sintió desasirse de sus dedos y huir como agua viva.

—Acabo de solicitar una beca para irme a estudiar la maestría a Barcelona —silbó su voz afiebrada.

Antonia se miró la punta de los dedos donde había estado guarecida por breves instantes la felicidad. Echó de menos la armadura, desde un guantelete que la recubriera como una acerada piel hasta la punta de los zapatones, pero sobre todo que se reforzara en la coraza, ahí

donde el pecho —más allá de los géneros y los sexos— podía resultar un vulnerable campo de batalla.

8

"Abriré los ojos y el sueño habrá terminado. Las cosas regresarán a su sitio. Volverán a gustarme sólo los hombres y quizá ahora pueda relacionarme mejor con ellos. Respecto a las mujeres…" Antonia hizo una pausa. No podía engañarse: siempre le habían atraído los cuerpos de otras mujeres. Entonces, ¿había sido lesbiana sin saberlo? Pero los hombres también le gustaban. Carlos, Raimundo, cada uno de manera especial, lo mismo que Malva y también Claudia. El mundo era un vasto repertorio de posibilidades. Cierto que desde que tenía pene —tal vez fuera la alquimia de las hormonas resuelta en desaforadas pasiones— las mujeres le atraían más. ¿Entonces? Más que náufraga se sintió perdida en un laberinto de sentimientos contradictorios y reconoció que los naufragios también podían darse en tierra firme. Había pasado varios días encerrado con Malva en su departamento, agostando los cuerpos al sol nocturno del deseo, cuando Malva se volvió en medio de su entrega y le dijo: "Esto no resulta. ¿Para qué engañarse? Amo a Raimundo…"

Se vistió dejando a Antonia abatida y salió del departamento sin mirar atrás. Antonia tardó mucho tiempo en decidirse a abrir los ojos. Al hacerlo constató que seguía siendo quien era, no por la presencia del pene sino por la ausencia de Malva, punzante, dolorosa… Y a diferencia de Adán reconoció que le hacía falta algo más que una costilla. Como otras veces en el pasado, se había expuesto y la habían herido. El mundo se detenía ahora en un fragor sordo que la obligaba a sitiarse cuerpo adentro, desnudo minotauro perdido en el laberinto de su propio corazón.

(¿Pero de verdad era su propio corazón el que así la desorientaba? Vencida, sin fuerzas para continuar, hundió el rostro en la almohada. La penumbra que se abría ante sus ojos la obligó a reparar en sí misma como una oscuridad un poco más densa que las tinieblas que la circundaban. Se sabía viva pero se descubrió vaciada de todo deseo. No supo ni cómo se le vinieron las palabras a la boca, tal vez se tratara de un rumor ininteligible que se repetía como un eco en su interior desde tiempo atrás y que sólo ahora asomaba a sus labios para hacerla murmurar: "Déjame ser una sombra entre tus manos", rogó porque de pronto supo —por esa luz oscura de los abismos que llevamos dentro— que el sometimiento era su verdadera fuerza.)

1

No tenía propiamente cuernos pero Antonia lo llamó el Mingitauro. Fue el regalo de despedida de Malva antes de marchar a Barcelona. No le habían otorgado la beca así que convenció a su padre y a su abuela para que le pagaran el boleto de avión y le mandaran una mensualidad, contactó a los amigos de unos amigos para que le dieran albergue mientras se las arreglaba para ingresar en la universidad, o tomaba cursos, o veía qué hacía con tal de no continuar con su vida de siempre. Prefería probar.

Antonia, que no había tenido otro remedio que probar, tantear, arriesgarse, entendía pero su corazón no. Después de que se la negaron en el teléfono —Malva vivía con su abuela—, decidió montar guardia hasta que apareciera. Creía que con verla se apaciguaría. La descubrió caminando en el parque que estaba frente a su edificio y no pudo contenerse. Corrió hacia ella sin importarle que viniera acompañada de un par de amigas. Apenas Malva lo tuvo a unos metros, bromeaba con sus amigas y no se dio cuenta antes, aminoró el paso. Dudó y estuvo a punto de seguirse de frente cuando percibió el rostro de Antonia ansioso y afiebrado. Optó por despedirse de las chicas y esperó a que Antonia se aproximara.

—Te necesito… —dijo Antonia en un hilo de voz.

—Lo sé —contestó Malva mirándose la punta de los zapatos—. Pero ¿qué puedo hacer? Yo no te necesito.

Antonia sintió una lanzada en el pecho.

—Por favor… ¿podemos ir a mi departamento y… desnudarnos?

Malva se negó rotunda con la cabeza.

—No es para hacer el amor… Sólo quiero tocarte, abrazarte. Sentir que no hay amenaza de por medio. Que tu cercanía puede curarme del dolor.

—Me voy a Barcelona la semana próxima. La verdad es que ando muy ocupada con todos los preparativos…

—Lo sé… me lo contó Raimundo… —Antonia creyó que no podría contener el llanto. Se sentía tan vulnerable que poco le importaba que aquello no se viera adecuado en un hombre.

Malva lo miró con rabia y con pena trabadas.

—Ay… No puedo con el llanto de los hombres. Me vence. Me desarma. ¿Por qué de todos los hombres del mundo siempre me tienen que tocar los más llorones? —exclamó Malva mientras lo atraía hacia su hombro.

Antonia aspiró una bocanada de aire como si lo hubieran rescatado en el último momento. Sintió un espasmo tan intenso que sólo por eso no se soltó a llorar. Malva le acarició el cabello y le dijo condescendiente:

—¿Sabes? A veces una desearía que ustedes fueran… diferentes. Un poco de violencia, celos, vehemencia, no vendrían nada mal.

Antonia se apartó de la chica. Perpleja, ni siquiera se le ocurría pensar si alguna vez le había pasado antes cuando era mujer: desear ser sometida por el dominio y poderío de otro.

—¿De verdad funcionaría? —preguntó levemente emocionada—. Quiero decir… si yo te probara que puedo dominarte, ¿regresarías conmigo?, ¿cancelarías tu viaje a Barcelona?

—Claro que no, tonto… —repuso Malva juguetona—. Pero hubiera sido lindo verte pelear con Raimundo por mí.

Antonia terminó de apartarse del abrazo de la muchacha. La había buscado, se exponía sin armaduras y Malva se divertía lastimándolo. Por un momento, la odió, detestó sentirla poderosa, fuerte y victoriosa, a horcajadas sobre su voluntad y sus deseos. Hubo un silencio tenso hasta que Malva se animó a decir algo.

—La verdad es que yo iba a buscarte antes de irme. Verás, te tengo una sorpresa, es una especie de regalo de despedida. ¿Todavía te interesan los mingitorios?

A una señal de Malva, Antonia cruzó el estrecho corredor que separaba el baño de hombres del de mujeres. Habían acudido a unas oficinas del Registro Civil donde Malva solicitara en días pasados una copia de su extraviada acta de nacimiento, requisito para gestionar un pasaporte. Apenas Antonia traspuso el umbral, Malva cerró la puerta y activó el seguro para evitar que alguna otra mujer intentara entrar y se escandalizara con la presencia de un intruso.

Antonia miró a su alrededor extrañada; no se imaginó que volvería a entrar en los baños de mujeres y, aunque la idea de estar ahí no le resultaba tan inaceptable puesto que antes de su metamorfosis eran los únicos que conocía, no dejaba de reparar en la extraña situación a la que un par de puertas —en esta ocasión, una con el dibujo de una pipa, la otra con un abanico— podían someterla. Recordó que no hacía mucho, apenas unos meses antes en compañía de Francisco, se había infiltrado por primera vez en el baño de hombres de una cantina y se había topado, cara a cara, con una hilera de mingitorios que vociferaban en silencio preguntas de Esfinge que ella misma no se

cansaba de formularse: “¿tú quién eres y qué haces aquí?”

Ahora en cambio era introducido a escondidas en el baño de mujeres y le parecía que era doblemente tránsfuga, que patinaba en el terreno incierto de los tránsitos, deslizándose en los bordes, sin un lugar definido. Eso lo atemorizaba pero también la excitaba. Miró de reojo a Malva para saber si lo había descubierto. La joven tenía la mirada brillante —vértigo y desafío— de quien se ha hecho voluntariamente cómplice de algo prohibido. Con el dedo índice le señaló a Antonia un objeto peculiar, empotrado en la pared de mosaicos, cubierto con una bolsa negra para basura y sellado con cinta plástica.

—Este es mi regalo, Antón: un mingitorio cubierto en lo que debió de ser un baño de hombres y ahora es un baño de mujeres…

Antonia reparó entonces en la máscara sin ojos que cubría el urinario y le pareció mucho más inquietante que si lo hubieran dejado descubierto. El plástico oscuro embozaba sus rasgos, ocultaba su identidad hiriente, su mirada delatora que revelaba un mundo al que sólo los hombres tenían acceso y que al parecer deseaban mantener a resguardo. ¿Pero resultaba tan peligroso para las propias mujeres que ahora visitaban ese baño o era el resultado de un pudor masculino que veía en riesgo una intimidad que no debía exponerse y exponerlos? La cinta plástica parecía amordazar ese objeto de suyo vociferante. A Antonia le hubiera gustado romper sus ataduras y preguntarle por sus secretos agazapados. Pero no se atrevió a tocarlo. En cambio, se alejó un par de pasos y entonces descubrió que una hilera de mosaicos de diferente color al resto de la pared simulaba una especie de cornamenta sobre aquel rostro velado.

—Hasta parece que lo hicieron a propósito: taparon un mingitorio y crearon la cabeza de un minotauro —dijo a media voz, sin poder apartar la mirada enfebrecida del objeto—. ¿Quién iba a decirlo? Un mingitorio-minotauro en el baño de mujeres. Un Mingitauro…

—¿Un qué? —preguntó Malva.

Antonia lanzó un suspiro. Era más que un juego de palabras, pero ¿cómo explicarle a Malva los vericuetos de algo que ella misma estaba descubriendo?

Tocaron a la puerta. Antonia y Malva cruzaron miradas de espanto. Tras unos instantes de duda, Antonia terminó por refugiarse en uno de los cuartos individuales a los que antes estaba acostumbrada mientras Malva se dirigía a la puerta de acceso y la abría. Sin reparar en la señora que había tocado y que ahora la observaba con el gesto ceñudo, Malva se alejó por el pasillo sin esperar a que saliera Antonia: a final de cuentas ya había cumplido con su regalo.

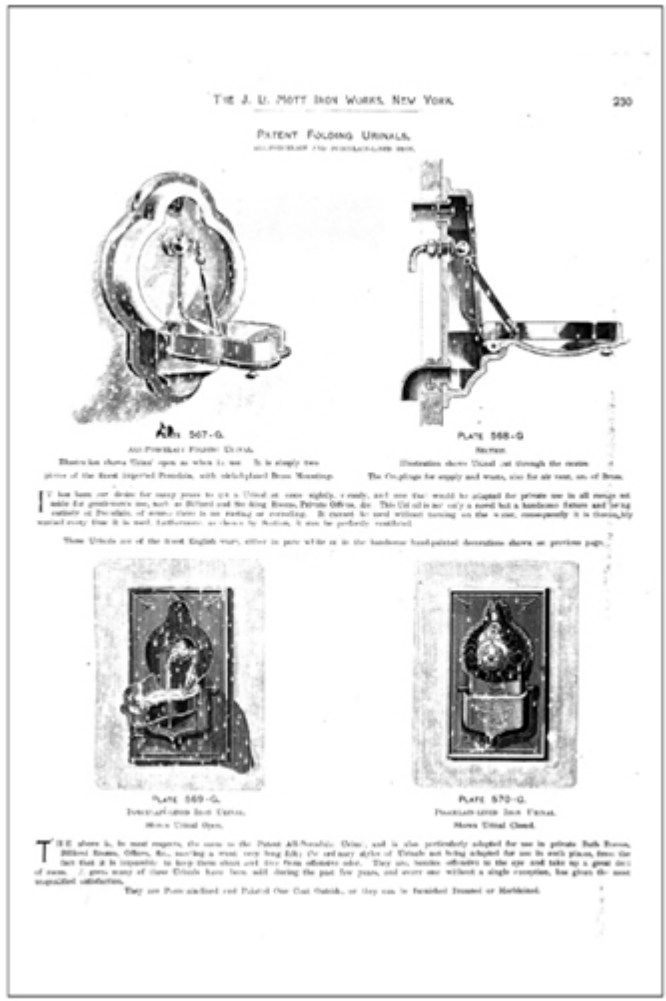
2

“Todos somos chingones”, gritaba un *graffiti* en la pared de mosaicos donde estaba adosado un mingitorio en el baño de hombres del Museo del Chopo. Francisco le había hablado de él y allá había ido Antonia a tomarle fotos.

Después de la despedida de Malva se ocultó en el laberinto durante días sin contestar llamadas ni asomarse siquiera a la ventana. El cuerpo y el alma tan agobiados que la armadura descansaba herrumbrosa en un rincón de la sala. Permaneció bajo las sábanas hasta que se cansó de su propia lástima. Debía entretenerse, salir al mundo, ver a sus amigos.

Se le ocurrió avocarse al asunto de los mingitorios pues nada como estos objetos le permitía vislumbrar esa dimensión limítrofe donde sus sombras y sus deseos más secretos la habían colocado. Quiso saber qué se había estudiado sobre el tema y acudió a la Biblioteca Nacional. Encontró libros sobre baños y la estética de los desperdicios pero ninguno de ellos particularizaba sobre el asunto de los urinarios. Le parecía increíble que en los comienzos de un nuevo siglo y un nuevo milenio, cuando tantos objetos del mundo cotidiano habían sido sometidos a la mirada morbosa de los investigadores, los urinarios se mantuvieran escondidos en esa penumbra protectora de lo intencionalmente no visible, de lo que no ha sido hurgado con los instrumentos forenses de la razón.

Tras días de búsqueda se topó por fin con un catálogo de 1888 de la firma de fontanería Mott que dormía en los anaqueles de un acervo histórico, y que dedicaba una docena de páginas a la exhibición de mingitorios. Ante sus ojos aparecieron formas estilizadas e innovadoras para la época, sistemas de desagüe que garantizaban la eliminación de impurezas y mal olor, diseños múltiples que aprovechaban el espacio a la par que brindaban una cierta privacía. Pero los que más llamaron su atención fueron unos mingitorios plegables, “inofensivos a la vista”, según rezaba la frase explicativa que se hallaba al pie de esa sección de grabados.


THE J. L. MOTT IRON WORKS, NEW YORK. 230

PATENT FOLDING URINALS.

PLATE 567-G.

PLATE 568-G

PLATE 569-G.

PLATE 570-G.

Antonia no pudo dejar de preguntarse el porqué de ese repentino pudor cuando el acto de orinar de pie le parecía más un despliegue de soberbia y poderío, capaz de reafirmar la virilidad en sus formas más primarias, tal y como vociferaba el *graffiti* del museo en aquella especie de silencioso grito de victoria. “Todos somos chingones”, repitió mientras a su mente acudía una conversación de sus hermanos que había escuchado a escondidas desde un clóset cuando eran niñas, sobre lo sucedido en el baño de hombres de su escuela: una suerte de competencia para ver quién lanzaba el chisguete desde más lejos y aun así podía atinarle al centro del mingitorio —en aquel momento Antonia no podía entender hasta qué punto era motivo de orgullo orinar de pie pero, a través de las palabras de sus hermanos que se preciaban de haberse salvado del oprobio, intuyó la carga de infamia y vergüenza que debió de resistir el perdedor cuando, para remarcarle

su derrota, terminaron por sentarlo a orinar “como vieja” en una taza de baño.[*]

Pero, por otra parte, era innegable que ese pudor existía pues de qué otra manera explicar la máscara del Mingitauro del Registro Civil que había visitado en compañía de Malva. ¿Sería por ese pudor, se preguntó Antonia, que sólo hay urinarios en los baños públicos? Porque si bien siempre era posible una queja femenina respecto al descuido varonil de derramar orines en los bordes de los inodoros (según la inapelable quinta ley de Newton, conocida en el ámbito de una burlona física masculina y referida por un Carlos sorprendido de que Antonia aún no la conociera: “por más que te esfuerces, siempre caerá una gota fuera de lugar”), lo cierto es que los mingitorios nunca aparecen en las casas ni en el dominio de la vida privada. Como si hubiera que sustraer a esa mirada otra, siempre vigilante, de las mujeres, un universo de intimidad instintiva, territorialmente masculino.

“Todos somos chingones”, recordó Antonia con una sonrisa traviesa, rayana en la complicidad, ahora que se hallaba en el baño de su departamento con la bragueta abierta y disponiéndose a orinar de pie frente al W.C. Contempló el chisguete de orina que hacía bullir el fondo de agua mientras sopesaba la carga de su miembro en la mano. Reconoció que, aun en reposo, su pene tenía dimensiones más que aceptables y se congratuló de que la naturaleza de su metamorfosis lo hubiera favorecido de esa manera. “Podrán alegar que el tamaño no importa, pero qué tranquilidad ir por la vida sabiendo que se está tan bien armado, que al menos por ahí uno no es tan vulnerable”, pensó Antonia para darse ánimos y luego, burlona, añadió: “Bueno, siempre es un consuelo saber que, llegado el caso, podría alquilarme para trabajar en películas porno…” Al terminar, por más que intentó ser cuidadoso, un par de gotas se estamparon en el borde de la taza y no pudo menos que considerar con un dejo de humor la inexorabilidad de la quinta ley de Newton. Mientras limpiaba con un pedazo de papel las huellas de líquido pensó que, decididamente, debería haber mingitorios en las casas. Jaló la palanca y el remolino se llevó los restos en un acto mecánico de desalojo. No había transcurrido ni un mes desde la partida de Malva, pero algo como una vitalidad regeneradora —una suerte de descarga impetuosa que lo erizaba desde la punta de los cabellos hasta las uñas de los pies— lo hizo pensar que ya era tiempo de dejar atrás el pasado.

3

Dejar atrás el pasado. Le parecía tan increíble hacerlo sin rencores ni culpas, sin largos procesos de duelo. No embrollarse innecesariamente, borrón y cuenta nueva, *tournéz la page*. Siempre había envidiado esa capacidad no exclusiva pero sí notable en los hombres para saldar lo vivido. Recordó a sus parejas anteriores, en particular a Eduardo, que unos meses después de su separación le había escrito desde Brasil para decirle que vivía allá y se había casado literalmente con una chica de Ipanema, y concluyó que, al menos en su caso, Freud se equivocaba: no la envidia del pene sino el anhelo de su aptitud para el olvido, ese instinto nómada para orinar, subirse la bragueta, abandonar y seguir su camino mientras una se queda ahí, reconcentrada, atada a la memoria, incubando resentimientos, hijos, esperas…

En cambio ahora sentía la fuerza que lo impelía al cambio y no quiso detenerse a averiguar si aquello le venía por su condición actual o por la fantasía de que ahora, siendo hombre, eso le correspondía por naturaleza. En todo caso decidió disfrutar ese impulso de liberalidad como una gracia que le permitía vivir la inmediatez del presente, sentirse ligero para saltar de rama en rama o quedarse quieto según le viniera en gana. Le resultaba tan claro que nada era para siempre, que pudo sentir cómo sus espaldas se libraban de todo ese peso trágico que antaño cargara y se decidió a buscar a Carlos. El piloto lo recibió con un abrazo y le confió que había llegado en un momento oportuno: esa noche, con Raimundo y Francisco, habían quedado de irse de juerga y terminarían en un *table dance*. Antonia aceptó sin chistar: nunca había visitado uno. Pues sí, la vida continuaba su curso.

4

(La vida que continúa su curso o los pasos que van trazando un camino. Pero antes, el azar y la incertidumbre, por más que a la postre concluyamos haber recorrido pasadizos invisibles, diseño de una voluntad caprichosa y oculta que trama los hilos y urde los encuentros. No porque no podamos escapar, sino para que creamos que no deseamos hacerlo: camino al departamento de Carlos, Antonia descubrió en una acera un árbol de magnolia apenas un poco más alto que él. Le sonrió porque podía saludarlo de tú a tú y contemplar sus flores de grandes pétalos sin recordar dolorosamente a Malva. No era una calle transitada así que pudo detenerse sin preocuparse de la invasión de miradas extrañas. Se acercó a aspirar una flor —pubescencia penetrante—, y de pronto supo que su amor por Malva había sido floración de un día mientras que la magnolia del deseo seguía imantando el aire, renovándose en cascada, incesante, perenne.

Por supuesto, quiso creer que ese encuentro era una señal favorable en su laberinto.)

5

Recordaba todo entre brumas y bien podía creer que se trataba sólo de un sueño. Jirones voluptuosos le rasgaban la conciencia en medio del malestar de la cruda. Había bebido demasiado. También los otros. La mente de Antonia era un oleaje revuelto pero de movimiento manso y continuo. Se solazaba en ciertas escenas que repetía en el foco de la memoria pero sólo hasta cierto punto, deteniéndose justo donde una incomodidad escocía zonas de la piel interior acalambrada ante súbitos letreros de alerta y peligro. Entonces se embotaba y retrocedía. El mar reculaba para formar otra suave ola: los cuerpos ondulantes de mujeres que se despojaban de sus atuendos al ritmo de la música, el griterío y los silbidos de un público frenético por lograr una cópula visual, como si la mirada consumase en la desnudez progresiva de los cuerpos exhibidos la fantasía de una violación multitudinaria. Antonia podía recordar los rostros de satisfacción de varias de aquellas mujeres al saberse amas y señoras de ese mundo masculino, pendiente del más mínimo de sus movimientos para responder con una animalidad colectiva que subvertía la entrega: ellas, inaccesibles desde la pasarela, vulnerables en su desnudez, ejercían el poder absoluto, tiránico, del deseo.

Todo esto lo pensaba Antonia a medias porque una parte de sí, la que de pronto se identificó con Carlos, Francisco y hasta Raimundo que se sumía ensimismado en el fondo de su asiento, con toda la manada de hombres que gesticulaban excitados desde las otras mesas del lugar, esa parte de sí misma hasta entonces desconocida no podía vislumbrar de otra forma las cosas sino a partir del hueco de un túnel donde sólo brillaba la voluntad del instinto. Y ahora, al evocarlo entre las brumas de la trasnochada, en el oleaje que aumentaba conforme las imágenes se intensificaban, también afluía esa otra mirada suya, tangencial, que descubría el deseo de los otros, que le permitía tomar distancia y contemplar el tren, brillante y veloz, que se movía en carrera desaforada e irreversible por más que en cierto momento se detuviera expectante, cuando las luces se entornaban y un cambio en la música anunciaba una nueva actuación para la noche.

Entonces la duermevela de Antonia tomaba una desviación: se entretenía, por ejemplo, en los instantes previos a la culminación dilatada pero albeante de un pubis finalmente expuesto y el apuro simultáneo del vaso de vodka en los labios de Carlos; o el amago de

trifulca provocado por Francisco que involuntariamente había derramado su bebida en el pantalón de un cliente cercano.

De cualquier modo dejaba para después, aunque siguiera en franca desviación, instalada en un reflujo de ondas periféricas mientras adentro el mar bullía recóndito su rumor valváceo, pero entonces, emergiendo de las olas y a fuerza de aplausos y coros insistentes, surgía la imagen de la mujer más codiciada de la noche: distinta a las otras —cachondas, elásticas, neumáticas, espectaculares—, sutilmente femenina porque su cuerpo no se prodigaba en tantas exuberancias ni redondeces pero sí, en cambio, de una manera inusual: irradiaba dulzura, la cálida promesa de un contacto y una intimidad sin amenazas: la seducción que no esconde el sable para degollar el san Juan Bautista de cada uno, sino —Antonia tragó de un golpe la saliva que se había acumulado en su garganta— la fulguración de la Entrega sin condiciones, esa tierra prometida, ese paraíso del que casi todos hemos sido expulsados.

Pero el rumor valváceo persistía. Antonia podía nadar en la superficie, dejarse llevar por el oleaje manso y acariciante del recuerdo de Tamara, aquella mujer grácil y dulcísima que arrancaba auténticos alaridos del público conforme se desprendía de su disfraz de secretaria recatada, o arriesgarse a bucear un poco más profundamente, avizorar esa zona donde una penumbra difusa y envolvente ocultaba —Antonia tomó una bocanada de aire antes de zambullirse— el magma informe e incandescente de la excitación. Sí, ahí estaba abajo, bullente, pertinaz como el eco resonante de una ardiente respiración marina. Pero antes de que sus ojos se acostumbraran a la escasez de luz —como le había sucedido al entrar al privado que pagaron por insistencia de Carlos, donde los esperaba una de las *strippers* que había desfilado antes en el escenario—, Antonia decidió bracear otra vez a la superficie iluminada por la claridad de la pasarela para reencontrar a una Tamara que, con la blusa desabotonada, el cabello aún recogido y unos lentes en la punta de la nariz, hacía descender la minifalda cadera abajo y entonces el liguero de encaje, la pantaleta mínima, las medias oscuras asomaron su magia lúbrica e incitante. Antonia podía continuar entreteniéndose con el cuerpo de Tamara que volvía entonces a contonearse en su memoria y surgir radiante con cada prenda desprendida dejando para lo último los lentes y la tanga diminuta —y ahí estaba otra vez el latido afiebrado y la sensación punzante que le erguía el miembro urgente—, pero al mismo tiempo, las aguas profundas la incitaban a sumergirse en el privado en penumbras, a deslizarse hacia otro cuerpo que se dejaba tocar y recorrer, palpar y penetrar —primero la lengua, después los dedos, o al revés, qué más daba el orden preciso— por tres hombres —Antonia

entre ellos porque Raimundo había preferido apartarse un poco y volverse más sombra de lo que el cuarto mismo le imponía.

Afiebrada, llevada por el vértigo de una fuerza que la impelía a continuar, tocaba a la mujer aquella y sus manoseos se encontraban con los de Carlos y Francisco y entonces también los encontraba cuerpo a cuerpo, aunque el objetivo fuera otro: esa otra mujer que sin ser Tamara se prodigaba en una entrega que, a todas luces, disfrutaba. Entre el reflujo de imágenes, Antonia conservaría los reflejos nacarados, suerte de escamas tornasol esparcidas azarosamente por su cuerpo embestible, verdaderos guiños que señalaban innumerables rutas para el goce.

Y todo esto lo observaba Raimundo desde el poder acumulado de sus sombras, alimentando a placer el retardo de ejercitarse en la mirada. Antonia se supo observada y el oleaje la cubrió por completo: perdió el aliento y buscó recostarse unos segundos —no podían ser más que eso, unos instantes profundos como la inconsciencia— mientras Carlos o Francisco, o los dos, terminaban con la mujer de reflejos nacarados. Desde su rincón, Raimundo-sombra se incorporó por fin dispuesto a participar en aquella suerte de teatro de sombras. Antonia cabeceó a pesar de las señales de alerta. Los perfiles se difuminaban, tal vez Penumbria —a través de la mirada de Raimundo — se abría paso entre los cuerpos. ¿Quién era quién más allá de sí mismo? Y se volvió a quedar dormida, como entonces en el privado, hasta que sintió la delicada pulsión de unos labios posándose sobre los suyos. Antonia pensó: “el tren ha entrado en un túnel profundo”. Percibió entonces el deseo como una sombra poderosa que la invitaba a conocerse de otro modo: sí, ahí estaba esa posibilidad ardiente, abierta como el horizonte cóncavo y oscuro de una grieta que no se sabe a dónde puede conducirlo a uno pero que al mismo tiempo nos exige abandonarnos a ella. Prefirió mantener los ojos cerrados y abrirse hacia los rieles, las olas que en esa caricia la conducían por pasadizos inexplorados cuerpo adentro y, por unos instantes, desanudaban el laberinto. Entonces lo supo: los cuerpos se ensombrecían porque más allá de ellos brillaba, a contracorriente, oculta, enceguecedora, la luz espesa del deseo.

6

No supo por qué pero recordó el rostro agazapado del Mingitauro cuando la resaca lo arrojó cerca de los cuerpos de Carlos y Francisco, regados en el estudio de Raimundo, entre maniquíes y dioramas de publicidad —pues sí, le había dicho antes el fotógrafo, a mis sombras

les gusta que las mantenga y tienen gustos bien caros—. Antonia se levantó del sofá donde había pasado el resto de la noche y trastabilló hasta dar con la puerta del baño. Giró la manija y se topó con Raimundo que se rasuraba frente al espejo, el torso desnudo, enfundado en unos pants grises y los pies descalzos. Pidió disculpas por la interrupción pero, a punto de retirarse, Raimundo le hizo señas para que pasara.

—¿Vas a mear? Entra, ya casi termino…

Antonia dudó unos instantes pero acabó por situarse frente a la taza de baño. Después de todo, orinar frente a otros hombres se había vuelto cada vez más usual. Además la tranquilizó percibir a sus espaldas la presencia de Raimundo concentrado en la tarea de afeitarse. Entonces comenzó a orinar. Lo fue inundando la caricia en el bajo vientre que le producía descargarse, soltarse, aflojar. ¿Por qué no relajarse si la noche anterior realmente no había pasado nada? Un beso en la oscuridad no significaba más que un jinete embozado que tal vez valiera la pena dejar pasar. Y sentir en su fuga la absoluta inermidad que nos imponen los misterios. Como ahora que volvía a percibir el tacto suave del jinete esta vez en su nuca, deslizándose luego por su espalda con el sigilo de la luz, ¿o debía decir el peso ingrávido de una sombra? Cerrarse la bragueta y volverse fueron actos instantáneos pero resultaron inútiles pues Raimundo había salido ya del cuarto de baño. Sintió el desencanto de que no fueran sus dedos galopantes los que la hubieran tocado. Tenía que admitirlo: Raimundo la atraía con una sed de sombras: arremolinada, pertinaz, azuzante. Se acercó al lavabo donde Raimundo había dejado el rastrillo y el bote de espuma sin cerrar. Mientras se contemplaba en el espejo volvió a recordar al Mingitauro. Pensó que aquel objeto agazapado bien podía proponerle un enigma en el laberinto de incertidumbres en el que se encontraba. Jugó a darle voz: “¿Cuál es el animal que al amanecer es flor, que al mediodía se hace piedra y al atardecer se funde en su propia sombra?” O algo más sencillo: “¿Sabes tú quién eres o por qué deseas lo que deseas?”, reflexionaba Antonia sobre sí misma, suerte de Teseo, Deseo, te-Deseo sin rumbo claro, oscura anguila creyéndose perdida en el mar de sus sargazos, orientada sin saberlo por la constelación oculta de sus sombras.

7

(Desde el mar de los Sargazos hasta las costas europeas, singladuras de un alfabeto móvil de cinco mil kilómetros, las anguilas jóvenes discurren ciegas según rutas del deseo estelar: gravitación que marca

instinto que sella sumisión /su-misión/: de adultas retornan a desovar a los Sargazos, a desandar los cinco mil siglos de la ecuación frenética de las especies. Así, dóciles, dejándose ser, escurridizos signos de interrogación que no buscan respuesta, obsesionaron al joven Freud: cuatrocientas anguilas disectadas en una estación zoológica experimental de Trieste, una beca y una tesis de medicina para fascinarse con el misterio: "Nadie ha encontrado jamás los testículos de una anguila macho adulta…" —acaso, señalan sus críticos en un comentario no exento de humor, de ese fracaso seminal surgieron las bases del complejo de castración—. Ahora conocemos un poco más las fases del misterio —pero igual el prodigio se mantiene intocado como las largas tramas de una telaraña hormonal que va de los Sargazos a las costas europeas en un recorrido de ida y vuelta demencial—. De niñas las anguilas viven el limbo de una neutralidad sexual, al que sucede un paraíso de hermafroditismo juvenil antes de convertirse en anguilas plateadas y comportarse diferenciadamente como machos y hembras, pero aun esta definición obedece a dictados del medio ambiente: condiciones de salinidad, índices de la tabla periódica de la pasión. En ese discurrir ciego de un punto a otro del océano, en ese acontecer sonámbulo en el que las anguilas son sombras del instinto, ¿hasta dónde no nos señalan un azar que también nos es propio?

Y Antonia, perpleja por su cambiante ondular en corrientes submarinas, sin sospechar la historia de Freud, ni conocer absolutamente nada sobre la vida sexual de las anguilas, acallaba la angustia de no saberse y, sin proponérselo ni impedirlo, terminaba por dejarse llevar, acaso porque intuía que no podía ser de otra manera, pero en realidad, por descorrerse, por desvelarse, tal vez por abrirse al golpe de una voluntad secreta que algunos llaman azar y otros destino.)

8

(Más allá de los límites ficcionalmente convenientes, Antonia visitó otro *table dance*. Esta vez acudió sola y no se arrepintió. Apenas un guiño, una señal tenue y se detuvo tocada frente a las cortinas de terciopelo carmesí que velaban la entrada. Observó entonces que la fachada del local simulaba el arco de un teatro y que en lo alto una marquesina anunciaba un nombre peculiar: "Bambi". No podía tratarse de la película infantil puesto que en la zona —una de las rutas para llegar al departamento de Raimundo— abundaban los antros y centros nocturnos. Un hombre joven que vestía traje pero sin corbata se le acercó y lo conminó a entrar.

—Pásele, caballero. Aquí le esperan las mujeres más hermosas de la noche —dijo el joven apartando las cortinas carmesíes con lo que una bocanada de música disco escapó del interior. Antonia observó los ojos brillantes e insistentes del muchacho —era jueves, cerca de las diez de la noche, la calle parecía más bien una escenografía abandonada— y casi simultáneamente reparó en que uno de sus dedos acariciaba el borde aterciopelado de la cortina que el resto mantenía replegada. Era una caricia repetida y mecánica, hipnótica como la tersura de la tela y la promesa que insinuaban sus pliegues. No pudo resistirse y entró.

De golpe, la música vehemente, la penumbra alrededor de la pista cuadrangular, la mujer casi desnuda girando alrededor de un tubo situado en el centro, la lluvia de luz rojiza que tornasoleaba su cuerpo frontal y abierto. Cercana al borde de la pista, una hilera de sillas vacías posibilitaba una visión fisgona, al ras del horizonte, pero Antonia prefirió uno de los sillones circulares dispuestos en un segundo nivel que permitían una perspectiva más amplia de la plataforma. Rotunda, de senos plenos y nalgas firmes y redondas, la mujer continuaba su danza improvisada para los pocos clientes del lugar —Antonia contó apenas otras dos mesas ocupadas aparte de la suya.

Un mesero se acercó a preguntarle qué quería tomar. A pesar de imaginarse la dudosa calidad de las bebidas que ahí se servían, Antonia le pidió un vodka. Necesitaba el calor violento de una bebida fuerte en su interior. Cuando volvió la mirada al escenario descubrió con asombro que la mujer lo veía de frente y bailaba para él. Autómata, el deseo se disparó como si un resorte comprimido encontrara por fin su liberación. Transpirando excitación, Antonia reparó entonces en el rostro de perfiles afilados de la mujer: pómulos estilizados, nariz espigada, mentón prominente. Había algo artificial en los rasgos, lo mismo que en la turgente perfección de los senos y las nalgas: un deseo exagerado de agradar y provocar que también se reflejaba en la sinuosidad deliberada de los movimientos al bailar. El mesero le traía por fin su vodka. Antonia lo abrevó como agua. Vista desde el fondo del vaso, la imagen de la mujer se desenfocó un poco. Cuando volvió a verla, se percató de que en realidad ella no lo miraba a él sino que bailaba para alguien a espaldas de Antonia. Perplejo, se giró levemente y entonces descubrió su propio rostro sin afeitar reflejado en un espejo que duplicaba irrealmente los espacios. Ahí la observó contonearse otra canción más mientras la mujer jugaba a deslizar los tirantes de la tanga y se provocaba a sí misma pero sin atreverse a mostrar, en un recato inexplicable, la zona del pubis. De una mesa aledaña, en la que se apelotonaban dos hombres flanqueados por mujeres semejantes a la de la plataforma, se escuchó

una rechifla y un grito.

—¡Ya quítatela, maricón!

La mujer les respondió con una señal obscena y, sin darles más importancia, continuó bailando para sí misma y si acaso para el reflejo de Antonia que la miraba sorprendido, reparando por fin en sus hombros cuadrados, la cintura casi inexistente, la pelvis estrecha, que evidenciaban un incierto cruce de fronteras, los vestigios del tránsito de un reino a otro por obra y gracia de la cirugía plástica y las hormonas. Renuente al efecto que causaba en los otros, esta mujer se contoneaba y se exhibía con un disfraz por cuerpo. Y con la mirada brillante en el espejo, al contemplar sus redondeces siliconadas, se movía seduciéndose a sí misma, acariciándose y penetrándose de deseo. Antonia apuró el resto de su bebida mientras la música cesaba y la mujer se aprestaba a descender de la pista. Tras bromear unos momentos con los tipos de la mesa que le habían gritado, se acercó sonriente a Antonia.

—¿Me invitas una copa? —preguntó coqueta.

Antonia se quedó mudo unos instantes.

—Entonces qué, papacito, ¿te comieron la lengua estos ratones? —dijo la mujer sacariciándose los senos y ofreciéndolos a la mirada de Antonia. Eran tersos y remataban en dos botones apretados que apenas podían contenerse: desbordándose en un idioma de rumores apremiaban tacto y urgían hambre. Pero Antonia dudaba. Creyó que por más corpóreos y fehacientes que parecieran esos senos, de tocarlos palparía en realidad una sombra. Y puesto que su propia transformación había sido producto de deseos que habían trabajado en penumbra y secreto, ¿cómo enfrentar de sombra a sombra este otro cuerpo transformado?

—Es que… —musitó Antonia sujetándose con desesperación de uno de los límites—. Verás, yo antes era mujer…

La bailarina pareció no haber escuchado las palabras de Antonia que se fundieron con los primeros acordes de una balada rítmica y dulzona, y dirigió la mirada a la pista, donde otra de sus compañeras iniciaba un nuevo ritual.

—¿Pues sabes qué, manita? —dijo por fin alzando la voz para que Antonia la escuchara—. Yo también *ero* mujer. Antes de todo esto, desde el principio de los tiempos, siempre fui mujer… —y soltó una carcajada juguetona antes de alejarse con su equipaje corpóreo rumbo a los vestidores.

Antonia contempló el vaso vacío pero prefirió pedir la cuenta. La nueva mujer en el escenario, una morena de pelo crespo, espectacular salvo por la nariz respingadísima como si se la hubieran recortado a la mitad, obligó a Antonia a percatarse de la nueva dimensión que el juego de la vida le ponía ante los ojos: no una ficción descabellada,

sino una realidad de apariencias encarnadas. La mujer que antes había estado en la pista, llegada al vestidor, de pie frente a su propia intimidad, ¿se preguntaría alguna vez como le preguntaban los mingitorios a Antonia con la voz del enigma: “tú quién eres y por qué deseas lo que deseas”? No, convertida en el propio objeto de sus deseos tal vez no necesitara explicarse nada. Su cuerpo ya no era indagación, signo aventurante, sino respuesta consumada.

Antes de abandonar el local, Antonia reparó en una imagen de cuerpo entero que se repetía en los espejos laterales que también circundaban la salida. Se trataba de la figura bizarra de una mujer de cuerpo curvilíneo con cabeza de cervatillo. Sus ojos, grandes y melosos a lo bambi, sonrieron para Antonia una complicidad desconcertante e inesperada.)

9

El sexo entre hombres casi siempre es violento. Entonces Antonia no lo sabía. Más que caricias o ternura hay el imperativo de la urgencia. Abrevar en un salto el océano, subirse al tren sin regreso, toda conciencia cifrada en el movimiento y en la fricción, el pistoneo de una máquina aceitada para incrementar su eficiencia hasta fundirse en el concentrado universo expansivo de una nube de vapor.

Después del episodio en el Bambi, Antonia merodeó un rato más por la zona antes de decidirse a tocar en el departamento de Raimundo. Sabía que estaba ahí pues desde la calle se veía luz en el balcón del tercer piso y, por momentos, las persianas transparentaban su sombra de un lado a otro del estudio. Sus pasos la habían llevado finalmente hasta ahí, había subido el escalón que separaba la calle de la entrada del edificio, pero su dedo se mantenía pensativo sobre la superficie curva del timbre y lo acariciaba con el sigiloso recorrido de la duda. Una y otra vez sin decidirse. No fue ella la que hundió el botón para seguir tocando al destino: su dedo emergía una voluntad propia y desconocida. Supo entonces que otra vez estaba en la entrada del laberinto, sin alternativa —debía adentrarse—, sin retorno —quería adentrarse a pesar de todo.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Raimundo por el interfón.

— “Antonia” —se escuchó a sí misma responder Antonia sin entender a ciencia cierta qué había hecho.

Un instante para avizorar de golpe los posibles caminos, tal vez una mirada lateral que abarca la duda también como posibilidad, y Raimundo respondió más allá del muro:

—Pasa, te estaba esperando.

El zumbido eléctrico se extendió como un sedal con carnada. Antonia lo pescó antes de que se extinguiera y empujó la puerta con todo su cuerpo.

Después de salir del elevador giró a la derecha como en otras ocasiones. Esta vez, sin embargo, su mano se deslizó por el muro del pasillo como si quisiera palpar el tránsito mismo, el acto de introducirse, de aventurarse por una vertiente desconocida. La puerta del departamento del fotógrafo se hallaba entornada y no tuvo más que empujarla levemente con el mismo dedo que antes había tocado el timbre para que cediera. Continuó caminando por el hall con la mano pegada a una de las paredes pero, antes de llegar a la pequeña encrucijada donde debía decidir si enfilaba rumbo a la sala o doblaba hacia el pasillo que conducía a las otras habitaciones, la voz de Raimundo le indicó: "Por acá." Entonces Antonia se soltó de la pared y se dejó guiar por el resplandor tenue que provenía de la estancia. Apenas cruzó el arco que separaba un espacio de otro y su mirada fue atraída por un objeto peculiar, dispuesto en una especie de pedestal, listo para ser fotografiado entre telas carmesíes y mamparas translúcidas que resguardaban su florescencia indiferente. Tuvo que apoyarse nuevamente en uno de los muros cercanos antes de entender lo que pasaba. ¿Estaba realmente en el departamento de Raimundo o soñaba que había entrado en el estudio del fotógrafo y que ahí, inesperada, rotunda, la flor de un mingitorio irradiaba su fulgor reconcentrado y secreto? Caminó hipnotizado hacia ella.

—¿Qué te parece la bestezuela? ¿Hermosa, no? La compré para ti, pensaba llevártela a tu casa pero no resistí la tentación de fotografiarla. Por eso te dejé tantos recados en tu contestadora: me urgía que vinieras a verla… —dijo Raimundo a sus espaldas, emocionado, exultante, como si estuviera montando a galope y hubiera hecho apenas una breve pausa para que Antonia se subiera.

Antonia trastabilló otro par de pasos hacia el mingitorio: un capullo acorazonado, de una porcelana usada pero aún vibrátil, le recordó una flor de magnolia vuelta sobre sí misma. Pensó, intuyó, sintió que sólo para quien puede mirarla, esa flor abre sus pétalos y despliega su belleza indiferente. Entonces irradia su deseo. Y Raimundo que la llamaba "bestezuela", como él mismo lo había nombrado en algún momento "Mingitauro", se había dejado tocar por su mirada ciega.

—Lo encontré en una tienda de antigüedades… Estaba seguro que iba a fascinarte —dijo Raimundo en un rumor de voz que Antonia sintió arder en su nuca. Después la mano de Raimundo palpó por encima de la ropa su sexo naciente.

Fue el único gesto de suavidad que tuvo con Antonia porque después todo se precipitó con una urgencia imperiosa y tiránica. Someter, avasallar el cuerpo de otro hombre puede ser cuestión de

estrategia pero sobre todo de fuerza. Antonia pensó en dos carneros machos embistiendo por una sola hembra; imaginó sus cornamentas entrelazadas con furia, el choque de los cuerpos electrizados por un instinto mortal. Sólo que el oponente y la hembra (el rival y el premio) se fundían ahora en un mismo cuerpo al que había que doblegar. Entonces lo supo. Supo que el sexo entre hombres es, sobre todas las cosas, violento.

10

Antes, cuando era mujer, había tenido sexo anal, así que sabía, doble, triplemente si sumamos vagina y boca, lo que era ser penetrada. Pero… ¿perforar a otro hombre? Reposaba junto al cuerpo de Raimundo, a unos pasos de aquella especie de altar desde donde los miraba taciturno el urinario, cuando el fotógrafo le dijo:

—¿Sabes, Antón, que a pesar de todo lo que haya pasado o de lo que todavía pueda suceder, yo no soy a quien andas buscando? ¿Lo sabes, verdad?

Antonia permaneció callada unos instantes. Su cuerpo flotaba aún a la deriva de un oleaje desconocido pero inusitadamente placentero. Tuvo que concentrarse para recordar por qué estaba ahí.

—Pero yo no sé lo que estoy buscando. A veces pienso que no hago sino adentrarme en un laberinto y que tanteo en la sombra pasadizos y no sé adónde habrán de llevarme. Es como el asunto de los mingitorios: antes no me imaginaba que pudieran llegar a serme tan importantes. Que, de hecho, signifiquen para mí una forma de búsqueda personal. ¿Te mencioné que a uno de ellos, cubierto con plástico negro y al que Malva me llevó a ver a un baño de mujeres antes de irse a Barcelona, lo nombré el “Mingitauro”?

—No, no me habías contado… Pero supongo que algo tendrá que ver con el Minotauro de Creta, ¿no? —repuso Raimundo antes de incorporarse de medio cuerpo para alcanzar una cajetilla de cigarros que se hallaba en una mesita lateral. Encendió uno y mientras daba una bocanada, observó el mingitorio en el pedestal—. Ahora que… puedo imaginarlo perfectamente: la cruza de reinos, el mundo de los objetos que de pronto tiene un rostro humano que bien podrían ser las caderas de una mujer. Antes de conocerte no solía reparar en los mingitorios. Ahora hasta tengo una suerte de relación erótica con ellos. Como también parecen bocas…

Antonia buscó el rostro de Raimundo. Recordó la primera vez que lo vio y reparó en sus labios carnosos que entonces no se imaginó besar. Otra vez el deseo volvía a abrirse. Percibió su olor, un aroma intenso

en acidez y dulzura, y sintió que un cosquilleo eléctrico le corría veloz por el miembro, que se levantó con esa voluntad tiránica ante cuyo poderío no había más opción que rendirse.

Raimundo alcanzó a percibir ese despertar en el cuerpo que yacía a su lado y fue como si un fuego expansivo lo avivara también a él.

—Antón, Antonia, o como te llames: hay métodos para cruzar un laberinto. El más sencillo: colocar una mano en la pared izquierda o derecha, pero siempre en la misma pared. De esa forma, tal vez no logres el recorrido más corto, pero tarde o temprano, saldrás del laberinto —dijo y su mano recorrió el perfil de Antonia sin tocarla. Antonia sintió el esbozo de caricia como si el fotógrafo tanteara esa zona indefinida e incierta donde el deseo era tan sólo un despertar innombrado.

—De modo que también sabes de laberintos… —musitó Antonia asiendo súbitamente el brazo de Raimundo. Empezaron a forcejear, Raimundo por zafarse, Antonia por apresarlo. Era un juego pero también y cada vez más una lucha de voluntades. Antonia sintió que se enardecía, que su cuerpo de hombre reaccionaba vigorosamente conforme el otro se le resistía.

—Sólo que hay un detalle, Antón —Raimundo pidió un respiro—: con el método de la mano en la pared es muy probable que nunca llegues al centro del laberinto, que pases junto a su isla interior y no descubras a tu minotauro… Si quieres dar con la bestia soñada, tendrás que soltarte… —dijo y, en vez de seguir luchando, se postró al lado de Antonia.

Tendido bocabajo Raimundo era una balsa en la cual montarse para cruzar nuevos mares. Lejos de soltarlo, Antonia lo sujetó por la espalda con una violencia de la que no se creyó capaz. Conforme avanzaba —el cuerpo de Raimundo doblegado, dispuesto—, Antonia reconoció que nunca antes había sentido poder semejante: una plenitud victoriosa, el resplandor de una espada para someter y degollar al otro. Volverlo una sombra entre las propias manos.

11

(Pero entonces, cuando se había soltado de paredes y asideros y ya se dejaba llevar por una fuerza de arrastre que lo impulsaba a seguir y seguir probando, entreabrió los ojos y percibió la imagen difusa del mingitorio montado en el pedestal como una flor de porcelana que se abriera a su propio esplendor. Una magnolia de alas translúcidas que, tan pronto habían alcanzado su máxima envergadura, se desfloraba apenas lánguida, luego rotunda, desmayada como el deseo, flor de un

día, aunque fuera infinito. Como el pene marchito. Y presintió, como nunca, el rostro informe, voraz, del vacío.)

1

Ella —porque no cabía duda sobre su sexo, aunque mirándola con atención resultara de una belleza desconcertante— estaba hurgando los libros del puesto de Francisco mientras Antonia la observaba más bien de reojo y la dejaba hacer. Francisco se recuperaba de una gripa, así que Antonia había estado toda la mañana al frente del tendido y comenzaba a aburrirse cuando la avistó en lo alto de las escaleras que descendían al metro. Apenas verla con su aire distraído y esa mirada sonámbula que la hacía flotar en un capullo que nada ni nadie podía tocar, hizo pensar a Antonia que el deseo nunca es inocente: tan pronto despierta, trama, urde, acecha.

No hizo gesto alguno ni tampoco volvió a mirar abiertamente a la mujer que ahora terminaba por aproximarse hasta él. Inmóvil, se reconcentró en el asombro que le suscitaba y se mantuvo alerta, todos sus sentidos aguzados para capturar el más leve movimiento de aquella presencia flotante. Hubo un momento cuando la mujer, después de levantar un libro y dejarlo para alzar otro que hojeó y abandonó por otro más en el que comenzó a leer la primera página, permaneció a su vez expectante y entonces Antonia supo que cada uno había percibido al otro y que ambos lo sabían. Tan cierto como si la piel hubiera agigantado sus poros y pudiera percibir la temperatura corporal, la tersura de las mejillas o la elasticidad de la espalda. Tan rotundo como el aroma que despedía su cuerpo recién bañado que no era sólo suyo, sino también la mezcla del olor de Antonia al reaccionar frente a ella. Y bueno, sí, a la vez tan tenue, apenas una fragancia de limas recién cortadas, que nadie excepto ellos dos podía percibirla. Y saborearla — aunque no se dieran clara cuenta de que lo hacían, de que también se habían olido y, sí, también en esa parte se habían gustado. O sea, un saber sin saber que sabían pero sin desconocerlo del todo. Tanteándose en aquella incierta aproximación donde el cuerpo es soberano y emite y recibe mensajes no articulados.

Entonces, de súbito, sin ponerse de acuerdo, ambos se miraron y no pudieron evitar, si es que lo hubieran intentado, sonreírse. Fue una seña tan natural como darle el paso a un niño montado en una bicicleta que pedalea en una suave pero inequívoca pendiente. Tan

cálida como la habitación soleada que en un perfil de luz y penumbras alza la mano y nos dice “adelante, te estaba esperando…”

En medio de la sonrisa que duraba ya una eternidad, ella dijo: “Me llamo Paula y vengo a concederte tres deseos…”

Antonia iba a decir también su nombre pero entonces repasó la situación y se detuvo, perpleja entre formular el primer deseo y desconfiar de esta delirante mujer con quien acababa de toparse.

Paula soltó una risilla y declaró: “Es en serio: estoy bromeando…” Y los dos, puestos nuevamente de acuerdo, se rieron juntos mientras la gente de los otros puestos y la que pasaba rumbo al subterráneo los miraba como si compartieran una fiebre que los volvía cómplices y ajenos, par de locos… Hubo un instante en medio de la risa en que Antonia sintió que algo se desatoraba y fluía, algo como un torrente de anguilas tornasoleando vibrátiles y, *sí*, decididamente felices de descorrerse más allá de los sargazos.

2

Los sargazos o un pasadizo ciego en el laberinto, su relación con Raimundo. No era que hubieran peleado o que ya no se interesaran, pero ciertamente el deseo había menguado. Compartían ahora el interés por los mingitorios, las sombras y la fotografía, pero aquel estado de gracia parecido al amor se desdibujó al cabo de unas pocas semanas. Eran otra vez dos buenos amigos. Por eso, porque habían vuelto a reencontrarse en ese terreno alterno de confianza y afecto, Antonia no dudó en confiarle su encuentro con Paula.

—Conocí una mujer maravillosa —dijo en el teléfono mientras sus dedos impulsaban un dardo dirigido a una diana que pocos días antes había colgado en la puerta del clóset. No obstante su poca práctica, el tiro alcanzó un círculo próximo al centro.

—Vaya… ¿y en dónde la conociste? —preguntó la voz de un Raimundo al parecer tomado por sorpresa.

—En el puesto de libros. Como Francisco amaneció enfermo, me tocó ir hoy y… bueno, ahí llegó Paula, hermosa, delirante. Es bióloga, trabaja para un instituto de arqueozoología que está en el centro, aunque ella se dedica al asunto de la biodiversidad, y todas las mañanas toma el metro y pasa por el puesto de libros. Como vive a un par de cuadras…

—¿Y todo eso te lo dijo apenas se encontraron? ¿Porque dijiste que fue hoy, no es cierto? Ustedes sí que llevan prisa.

Antonia se rio sonoramente. Había intentado un nuevo tiro y acababa de atinarle al círculo central de la diana. Experimentaba una

sensación de bienestar expansivo cuando añadió:

—Bueno, eso no es todo: también escribe cuentos y un diario de sueños. Ah… otra cosa: me pidió que la acompañara a una cena de trabajo esta noche, creo que con unos investigadores de intercambio de unas mentadas islas Eolias, con quienes su instituto tiene un convenio de estudios comparativos entre el Popocatépetl y el Stromboli para ver los efectos de recuperación de un hábitat después de una erupción. De hecho, es muy probable que ella viaje en el verano para allá, así que como verás, tengo que apurarme. Sólo vine a darme un baño y a cambiarme. Pero se me ocurrió hablarte…

—¿Qué? ¿Acaso vas a presentármela?

—Después… después. No vaya a ser que tus sombras se enamoren de ella… Te digo que es fascinante. Apenas me tocó con su mirada y estoy hecho una loca… Sí, una loca, porque aunque fuera mujer ya habría comenzado a enamorarme de ella.

—Exageras.

—Tendrías que conocerla, pero eso será después…

—Pues que te aproveche… Bueno —repuso Raimundo tras pensarlo unos instantes—, también te deseo suerte.

Antonia tocó la punta de un dardo con la yema del índice. Recorrió la piel pulida y acerante del dardo, amoldándose a la diminuta y curva sorpresa de descubrirlo, antes de afirmar con una voz que a ella misma le resultó desconocida:

—Gracias pero siento que no voy a necesitarla.

3

Las fuerzas metamórficas del deseo… para atisbarlas por la cerradura de una mirada irrevocable que contempla afuera lo que por cercano no puede ver en su interior, Antonia tuvo que leer una de las historias que por esos días escribió Paula, poco después de que se conocieran. Entonces todavía no había sucedido la entrega sino poderosos intercambios en los que rampaba una alegría refrescante que los hacía despegar los pies del suelo. Pero cuando días después sucedió, cuando por fin ambos se desnudaron de intenciones y abrieron sus laberintos para encontrarse, Paula no tuvo empacho en mostrarle una de esas historias —mitad invención, mitad otro tanto porque siempre está la fantasía de por medio— y así Antonia comenzó a leer mientras yacían en la cama, todavía los brazos y piernas sin saber de quién:

“Este hombre despierta mi hombre…”, leyó Antonia y no pudo evitar ruborizarse.

4
(Historia sin lobo)

“Este hombre despierta mi hombre. Llega tarde a la cena de investigadores a la que he sido invitada. Inapetente, apenas si he tocado un par de bocadillos. Saluda y, entre el alboroto, queda a mi lado. Es sencillamente un encantador. Toca su flauta y ya me bamboleo y salgo de la cesta. Su olor me abre. Platicamos sin ocuparnos de los otros: le cuento de las anguilas que discurren ciegas por su deseo en un libro de Cortázar, me platica de los mingitorios del bar del Diego ‘tan inodoros y límpidos que se podría beber agua de ellos’. De pronto me pasa la mano por debajo de la mesa. Descubre el bulto que sólo para algunos me crece. ‘No sabía que las mujeres tuvieran pene’, susurra a mi oído. Siento la presión en la entrepierna, casi dolorosa, y le sonrío porque también ha despertado mi hambre. Un camarero coloca un plato de

cerezas y quesos en la mesa. Tomo uno de los frutos entre mis dedos y, golosa, comienzo a devorarlo. Mi hombre se levanta y se dirige al baño. Luego de unos segundos en que contesto una pregunta de otro de los invitados, me excuso para ir al tocador. Abro el que no me corresponde.

Ahí está mi hombre. No se sorprende al verme pero tiembla y se sonroja con una fiebre repentina. Me aproximo a él y le acaricio sus tímidos senos de doncella encantada. Por fin despiertan. Le digo: 'Vaya, vaya… están crecidos' y me inclino a sorberlos. Mi hombre gime rotundamente abierto. Con urgencia, palpa otra vez mi bulto, cada vez más hambriento. Ahora sus ojos son una súplica ardiente. Entonces le ordeno: 'Date la vuelta.' Sus manos se apoyan en el borde del mingitorio mientras le confieso: 'Ahora sí, voy a comerte…'."

5

Al finalizar la lectura del cuentecillo, Antonia rodó en la cama hasta encontrarse con el cuerpo de Paula tendido bocabajo. Comenzó a besarle la espalda y las nalgas con besos saltarines que provocaban la risa de la muchacha y la hacían contorsionarse de placer. Antonia jugaba a provocarla pero también sabía que el juego era algo más: tributo, embeleso, fascinación por ese cuerpo suave y audaz, más bien adolescente fronterizo en el que una sensualidad sutil pero subyugante expiraba bocanadas perentorias de deseo. ¿Femenina? ¿Masculina? "A ver, date la vuelta, enséñame ese bulto que sólo para algunos te crece", jugueteó de nueva cuenta Antonia, forzándola a que se volviera. Paula se resistía: era un cuerpo provocadoramente resuelto en sus ambigüedades. Podía pasar de la risa a la gravedad en un instante. Al final se decidió. Era mujer pero sabía ser hombre: de un golpe derribó a Antonia y la postró en la cama. Le abrió las piernas y sin miramientos hizo sentir a Antonia un goce desconocido. Antonia se incorporó de medio cuerpo para mirar hacer a Paula y por un momento, mientras ella mantenía los ojos cerrados y su rostro se dulcificaba como el de una niña golosa al comer un helado, vislumbró el imperio irrevocable de la sumisión. Fue apenas un instante, el paso de una sombra antes de incorporarse a la luz: Paula abrió los ojos y lo miró mirarla. Antonia se sintió desarmado: nunca antes nadie se había adueñado así de su placer. Postrada ante su miembro, de rodillas pero no por ello menos poderosa, Paula se erguía para hacer dudar a Antonia en ese límite donde el goce se vuelve precipicio: ¿quién subyugaba a quién?

(Era como con los mingitorios y su reconcentrado solipsismo de magnolias displicentes: frecuentemente Antonia no podía verterse en ellos sin reparar en su disposición de bocas ciegas al deseo que provocaban. Nunca nadie le había hecho una *felatio* antes, pero le pareció que en muchos de sus encuentros con los urinarios se perfilaba la sombra de una voluptuosidad semejante: ahí, en el mundo de esos objetos en apariencia inanimados, palpitaba un hálito de entrega casi voluntaria que muy pocos se atreverían a reconocer. Y bastaba descorrerse un poco, descolocarse de la posición habitual para descubrir en el perpetuo narcisismo de esos objetos el reverso de la propia mirada: una transparencia fulminante que borra las fronteras y nos hace sus espejos.

—O sea que el deseo no surge de los objetos sino que está en la mirada de quien mira —sugirió Paula luego de que Antonia le confiara sus últimos atisbos sobre el tema de los urinarios. Habían sentido hambre y comenzaban ya a vestirse para salir a comer a la calle.

—Me parece que te estás poniendo algo fetichista… —continuó diciendo Paula mientras se abotonaba un overol que le daba una apariencia de niña crecida—. Y la verdad no veo por qué si los mingitorios son realmente bonitos en sí mismos. Como lo son en realidad la mayoría de los objetos y los seres cuando los miras con la atención debida, según dirían mis colegas cientificistas. Ahora que, para seguir siendo bonita y linda y todo eso, esta princesa necesita comer. Ya te conté de mi problema de hipoglucemia, ¿no? ¿Adónde vamos? ¿Por qué no me llevas a conocer ese bar del Diego del que me hablaste la otra vez?

—Eso sí que no se va a poder… —contestó Antonia con pena fingida —, a menos, claro, que tomemos un avión para Madrid. No, mujer, lo que te conté de los mingitorios del bar del Diego sólo me lo imagino; yo nunca los he visto. Fue Carlos Díaz, un amigo piloto que ya te presentaré, quien me habló de ellos… Así que ya podrás corregir tu relato con las precisiones necesarias…

—Pues no, mi hombre. La precisión se queda para la biología y ciencias que la acompañan. Cuando uno escribe, y esto me lo aclaró mi anterior marido que era o sigue siendo reconocido escritor, lo que menos importa es que algo sea verdad, basta con que lo parezca.)

6

¿Por qué la obsesionaban así los mingitorios? Si emparentarlos con vaginas podía sonar arriesgado, ¿no resultaba excesivo imaginarlas como bocas transfiguradas?[*] ¿Y qué decir de aquellos de caída vertical hasta el piso que muy poco tenían de concha receptora? Antonia se rascaba la cabeza. Lo cierto es que desde el día en que se levantó habitando el cuerpo de un hombre y tuvo que hacer uso de ellos, la variedad de sus formas la subyugaban. Como si un aura erótica emanara de su vórtice hipnótico, anonadante. Adonde quiera que fuese, los buscaba y fotografiaba. Elegía lugares por el solo hecho de descubrir nuevos. Museos, restaurantes, hoteles, cantinas, terminales de autobuses. En compañía de Carlos Díaz y David Lida, un escritor neoyorquino amigo del piloto que se conocía al derecho y al revés las cantinas y antros del centro de la ciudad, visitaron una pulquería singular: la “60 Colorado”, cuyo mingitorio, una tarja metálica a la vista de todos, se encontraba a sólo un par de pasos de la entrada principal. Apenas traspasaron las puertas abatibles de dos hojas, el urinario corroído por el constante uso los recibió con una sonrisa gastada pero franca.

—¿Qué te parece, Antón? —preguntó David en un español fluido

una vez que se sentaron en una mesa cercana a la entrada—. Lo prometido es deuda: te dije que se trataba de un mingitorio muy especial y ya ves…

Antonia no podía salir del asombro. Miraba la tarja con jirones todavía esplendentes y le parecía imposible que alguno de los parroquianos —al- bañiles, choferes, estibadores que trabajaban en la zona—, se atreviera a orinar frente a los otros en un espacio que no era propiamente un baño.

—Ahora viene lo mejor: cuando alguno de los presentes se levante a mear…

—Cosa que no tardará en suceder —intervino Carlos mirando a su alrededor— pues, por lo que se ve, la clientela ya lleva rato tupiéndole. Y a propósito, ¿qué vamos a ordenar? —luego, en un tono grandilocuente pues al parecer no le interesaba fingir ningún interés antropológico justiciero, preguntó—. ¿Habrá algo más que el desprestigiado pulque, otrora bebida sagrada de Moctezuma y ahora relegada a los bajos fondos del mestizaje más depauperado?

—Bueno, Carlos, si tomas en cuenta que estamos en una pulquería… —dijo David con una sonrisa condescendiente antes de señalarle la lista de precios que se hallaba colgada atrás del mostrador y que también incluía los famosos “curados” que se elaboraban con pulque y frutas de la estación.

—Menos mal… creo que me decidiré por un curado de guayaba… Ahora que he andado en ayunas de guayabo, no me caerá nada mal… —aclaró Carlos con un gesto de solemnidad pícara.

—Perdóname, Carlos… pero no te entiendo —intervino David con una amabilidad extrema.

—¿Puedes creer, Antón, que David no conoce el guayabo?

Antonia no pudo evitar sonreír. Tampoco ella sabía con exactitud la acepción que manejaba Carlos, pero podía imaginarlo: en el reino del albur, todo tuerto tiene al menos dos ojos…

—Claro que conoces el guayabo, David, a menos —Antonia hizo una pausa marcada—, a menos que no te gusten las mujeres.

—En ese caso, como mi mujer está de viaje —concedió David juguetonamente al tiempo que hacía una seña al mesero para que les tomara la orden—, me uniré a la “cura” de guayaba…

Acababan de servirles grandes vasos de vidrio con la bebida de consistencia lechosa cuando un hombre de mediana edad se levantó de una de las mesas del fondo y, en un movimiento que Antonia percibió de cámara lenta, terminó por situarse frente al mingitorio de la entrada. En el trayecto el hombre esquivó mesas con parroquianos que también se movían en un tiempo retardado, una somnolencia que difuminaba los límites precisos de la vida diaria con sus cargas y penalidades, como si el pulque conservara aún ese efecto mágico por

el que los aztecas lo consideraban bebida de dioses. Un par de parroquianos francamente habían cedido a la seducción adormecedora que anulaba la estrechez de sus presentes y yacían dormidos sobre la mesa con la máscara abotagada de la casi muerte. En ese espacio singular donde la vida borraba sus límites, como una mujer impúdica que en una plaza pública levantara sus faldas por encima del ombligo, los hombres brindaban y libaban con una sed del desierto, hablaban y lloraban sus injusticias y desamores, dormían o se consolaban de su suerte sin el menor decoro. Antonia pensó entonces que tal vez sintiéndose tan cercanos, lejos ya la vergüenza de saberse individuos con la obligación de proteger una intimidad desconfiada, se dejaban envolver por aquella blanca marejada de la Diosa del Pulque que los convertía en hermanos de un dolor común. Cercanos, anuladas ya tantas distancias en esa extraña promiscuidad, ninguno de ellos pareció inmutarse cuando el hombre aquel que se había levantado de su mesa y que ahora se hallaba frente a la tarja de la entrada, extrajo su miembro de un pantalón empolvado por el cemento de la construcción donde trabajaba y, sin ningún reparo, se puso a mear enfrente de todos.

Antonia miró brevemente a sus compañeros de mesa, junto con ella los únicos ajenos en ese mundo enrarecido. Entre el azoro y la indiferencia fingida, Carlos y David intentaban sobrenadar por encima de la situación. De pronto, el olor reconcentrado de la orina, de seguro más intenso por la acidez lechosa del pulque, se alzó como una ola gigantesca que les quitó el aliento. La repugnancia, pero sobre todo el vértigo de descubrir en ese promiscuo mundo de olores una sordidez tumultuosa, la multitud de rumores acechantes sitiando la piel para obligarlo a uno a subir al torreón más alto de sí mismo y escapar de aquello que nos es tan cercana, tan cálidamente, ajeno.

Antonia sintió que se ahogaba y tuvo que lanzarse a toda carrera fuera del lugar. A los pocos segundos lo alcanzaron Carlos y David, quien se entretuvo todavía un poco más mientras pagaba la cuenta de unos vasos que apenas habían tocado.

—No aguantas nada… —la reconvino Carlos una vez fuera.

Pero Antonia no le prestó atención, absorta como estaba en desentrañar las confusas sensaciones que acababa de experimentar. Se paseaban todavía por las aceras repletas de puestos y vendedores ambulantes. A pesar del detritus de las construcciones y la basura que se acumulaba en los arroyos, el centro bullía su morbidez en irrefrenable movimiento. Arribaron por fin, sedientos y cansados, a El Gallo de Oro, esta sí una cantina muy propia de la época de don Porfirio, con mingitorios de porcelana hasta el piso, rodeados de azulejos mudéjares que le provocaban a uno la fantasía de orinar en un palacio oriental, según pudo constatar minutos después Antonia.

Ya de regreso a la mesa, mientras esperaban que el camarero les trajera su orden, David se dirigió a Antonia:

—Sólo para tu colección de anécdotas sobre el tema: en una entrevista que le hicieron a Jodorowsky, él menciona a un hombre que entraba en los baños públicos con una rebanada de pan para untarla en…

—No, David, no le des cuerda a Antón con más marranadas.

Antonia se sonrió antes de regresársela a Carlos:

—¿Quién es el que no aguanta nada?

Y cambiaron de tema. Se enfrascaron en una discusión sobre futbol: las posibilidades de los Pumas de coronarse otra vez campeón después de años infructuosos. Antonia, que se sabía en desventaja en conocimientos deportivos, aparentaba entusiasmarse y hasta arriesgaba algún comentario sutil para no sentirse delatada, pero en realidad su mente estaba en otra cosa: el terror —pero también fruición y ansiedad— de caminar por los terrenos pantanosos de nuestras perversiones, sobre todo cuando la mirada de los otros se ha vuelto la propia mirada.

7

Francisco se metía entre los puestos de La Lagunilla, cruzaba saludos con los vendedores que conocía, les señalaba a Paula y Antonia ediciones raras que valía la pena adquirir.

—Miren esta *Danza de la muerte* con grabados de Holbein… es una pequeña preciosidad.

Paula soltó la mano de Antonia y tomó en las suyas el ejemplar que le ofrecía Francisco. Lo abrió con cuidado extremo y deslizó sus dedos por las hojas amarillentas, bordeando los grabados y la tipografía antigua. La caricia del papel y la tinta la hizo sonreír como si se tratara del ala de un ángel.

—En verdad que es hermoso —dijo y su sonrisa brincó en arco iris hacia Francisco que le devolvió la sonrisa sin pensarlo. Antonia, a unos pasos, observó el rostro de su amigo en el que la sorpresa y la fascinación se confundían boquiabiertas, y no pudo evitar recordarse un poco a sí mismo cuando conoció a Paula en la entrada del metro. Reconoció que había algo en ella que provocaba una reacción dulce en quienes la trataban, así fuera alguien tan reticente como Francisco. Le pareció que nunca antes había conocido una persona que atentara tan sutil pero certeramente contra las defensas y todo ese andamiaje protector que la gente suele construir en su relación con los otros. Y más que celos, se sintió maravillada del estado de inerme afirmación

que un gesto suyo podía provocar. De todos modos, no se resistió a propinarle un codazo a Francisco antes de decir.

—¿Ya se te olvidó lo que vinimos a buscar?

Francisco frunció el ceño y, mientras se sobaba el costillar, dirigió una mirada de reproche a Antonia. Paula, que se había percatado de la situación, movió condescendiente la cabeza y se animó a preguntar al vendedor antes de que Francisco lo hiciera.

—Andamos buscando un libro de anatomía… el de Vesalio, ¿tendrás algún ejemplar?

El vendedor, un hombre obeso, con el cabello grasiento amarrado en una larga cola de caballo, que la miró con una mezcla de lascivia y desprecio, en vez de contestar extendió una mano hacia Paula como si le ordenara una limosna. Francisco se apresuró a intervenir a media voz:

—Que dejes la *Danza de la muerte* en su lugar…

—Qué genio… —dijo Paula regresando el libro a su sitio.

Mientras echaban a andar, Antonia sintió una especie de alivio: era bueno saber que de algún modo Paula era tan mortal como los otros, que también podía provocar resistencia, disgusto, incluso, abierta hostilidad.

Terminaron por encargar el libro que buscaban a un conocido de Francisco. De todos modos, siguieron merodeando entre los puestos en esa suerte de mercado de pulgas en cuyo arreglo y disposición unas manos invisibles parecían trabajar en secreto, aproximando los bordes de cosas disímbolas en una incongruencia sólo aparente. En más de una ocasión, los tres se guiñaron cómplices ante esa suerte de instalaciones surrealistas con que el azar los sorprendía a cada paso. Dos de ellas llamaron de manera especial su atención: un wáter convertido en maceta del que brotaba el tallo espigado de una flor púrpura —y al que Antonia se lamentó de no poder fotografiar pues había olvidado llevar la cámara—, y una máquina de coser antigua sobre cuya armazón de madera descansaban dos montones de laminillas oxidadas que atrajeron la atención de Paula.

—¿Ya viste qué son? —le dijo a Antonia casi en un murmullo que no terminaba de salir del asombro.

Antonia dirigió la mirada hacia el lugar que Paula indicaba. Ahí, encima de la máquina de coser,

se amontonaban en dos grupos pequeñas figuras con la imagen de vientres desnudos que portaban su señal distintiva: labrados en la superficie laminada, los trazos inequívocos de un pene o una vagina alternaban en aquellos vientres seccionados.

—¿Puedes creer, Antón? Son exvotos, milagros… —repuso una Paula maravillada por el hallazgo.

Antonia levantó una y otra de las figuras laminadas. Eran ligeras, planas aunque levemente curveadas, de una sencillez en el trazo casi infantil que resolvía en una línea curva o una simple raya la complejidad de los sexos: una moneda lanzada al aire, cara o cruz, y las puertas del destino abriendo o cerrándose según el inevitable esquema de los baños: damas / caballeros.

—Joven… —intervino la mujer del puesto—. Tome los que quiera, nomás no me los vaya a revolver.

—No se preocupe, doña —contestó Antonia—. ¿Sabe de dónde son?

—De una iglesia que se quemó en San Miguel Allende.

—De modo que sí son milagros —exclamó incrédulo Francisco que por fin se había acercado al tendido—. Bueno, después de todo, si hay milagros con forma de corazón, hígados, piernas, brazos para pedir ayuda y sanación, no veo por qué no habría de haber milagros para la impotencia, la esterilidad, la sífilis, vaya… hasta para el sida.

—O para que te ayuden a definir tu sexualidad… —musitó Antonia con mirada pensativa.

—O para que te hagan el milagro de abrirla, de destaparla… —sugirió Paula juguetona—. No sé ustedes, pero yo me llevo uno.

—Sí, es una buena idea —repuso Antonia pero sin decidirse por ninguno.

—No dudes —le señaló Francisco—. Mejor llévate los dos…

—¿Y tú, no quieres ningún milagrito? —le preguntó Antonia.

Francisco respondió categórico:

—No, estoy bien como estoy.

Paula y Antonia lo miraron y se miraron. Era encantador imaginarlo sin dobleces, ambigüedades, indefiniciones. Como un niño que juega al trompo y se olvida del mundo.

(Pero Francisco no se olvidaba del todo. Apenas se entretuvo Paula en un puesto de sombreros, susurró al oído de Antonia:

—¿Vas a decirle tu secreto?

Antonia pareció no escucharlo. Como llevaba los exvotos que habían comprado envueltos en una bolsa de papel, los sopesó en la mano mientras añadía:

—Ojalá fuera tan sencillo.)

8

—¿De modo que las mujeres tienen pene pero no les sale? —preguntó Carlos asombrado mientras echaba un vistazo al grabado que Paula y Antonia le señalaban en un libro.

Por fin habían dado con un ejemplar de *Humani Corporis Fabrica*, el libro de Vesalio que habían andado buscando. Hacía meses ya que Antonia y Raimundo habían encontrado en un libro de anatomía la imagen fascinante de una matriz que en un extremo recordaba la silueta de un mingitorio y que por el otro lado remataba en unos labios parecidos a un glande. Antonia casi la había olvidado cuando conoció a Paula, pero el hecho de que ella fuera bióloga de profesión, y de que en la puerta de su oficina pendiera un cartel con la portada del libro, la hizo pensar de nuevo en aquel grabado. La imagen del cartel mismo —que anunciaba un simposio sobre historia de la medicina— había sido un señuelo irresistible con ese cuerpo de mujer disectado en el centro de una multitud de estudiantes y curiosos congregados para descubrir sus misterios. Revelador que un tratado de anatomía del siglo XVI tuviera como imagen frontal el vientre descubierto de una mujer, como si hurgando entre sus vísceras, apartando músculos y ligamentos, se pudiera descubrir el secreto del mundo… Cortar la piel, perforar, penetrar… la mirada fascinada de los presentes, incluido el propio Vesalio que también estaba representado, en una suerte de espectáculo ingenuo y macabro a la

vez: el teatro del cuerpo inerte. Y en comparsa, las siluetas de todos aquellos hombres convertidos en sombras de un deseo voraz… Antonia podía entenderlos: una pasión semejante la había llevado a hurgar, a su manera, el misterio del pene.

"¿De modo que las mujeres tienen pene pero no les sale?", la pregunta de Carlos llevaba ya unos instantes en el aire. Se encontraban en el departamento del piloto que los había invitado a almorzar aquella mañana de domingo.

—Eso es lo que pensaba Galeno —respondió por fin Paula, no en balde la única con conocimientos específicos sobre el tema—, y al parecer el propio Vesalio por más que intentara fundamentar sus investigaciones en la observación directa de cadáveres: ellos creían que las mujeres eran una especie de calcetín volteado de los hombres… Por eso es que este grabado, por más que represente un útero seccionado en la parte de arriba, termina con esta suerte de glande en la parte inferior.

—Pero visto en conjunto —se atrevió a decir Antonia—, aparte del increíble parecido que ese útero tiene con un mingitorio y con un pene, el grabado también podría leerse como una fantasía de la ambigüedad.

Paula y Carlos se volvieron a mirar a Antonia, quien no tuvo más remedio que explicarse.

—Vaya pues… que es atractivo imaginarse en los límites o que las cosas no tienen que ser tan tajantes: macho/hembra, blanco/negro, bueno/malo…

—Y si estuviera aquí Raimundo —intervino Carlos— de seguro nos diría, ni luz ni oscuridad sino penumbras…

—No te burles…

—Pero las cosas sí son tajantes —terció Paula—, al menos en un principio clasificatorio. ¿Sabían que la palabra latina “sexus” tiene el mismo origen que cortar, separar, seccionar? Por aquí el baño de mujeres, por allá los hombres…

—Pues en Nueva York, en París, en Londres —dijo Carlos devolviéndole el libro a Antonia—, aquí mismo en algunos bares de la

Condesa, hay baños a los que pueden entrar hombres y mujeres al mismo tiempo… Es decir, que ya no puede uno ni orinar a gusto entre sus pares.

—Porque las diferencias no son tan tajantes —Antonia lanzó una mirada cómplice a Paula—, hay quienes pretenden obviarlas. Pero tampoco se trata de decir que no existen: ahí está el mingitorio…

—O los tampones… —reparó Paula jocosa—. A propósito, Antón, no te he dicho que una amiga que acaba de llegar de Inglaterra me platicó que las mujeres ya usan mingitorios allá… Se ponen un aparatejo de plástico y orinan de pie.

—Bueno, las *clochardes* que orinan en el Sena se las arreglan bien paradas… ¿Entonces?

Paula y Carlos dirigieron la mirada hacia Antonia, como si el hecho de rastrear el libro de Vesalio y toda su fascinación por los mingitorios lo obligaran a tener una respuesta. Antonia permaneció en silencio unos instantes: percibía un terreno más vasto e indeterminado, una suerte de nebulosa cambiante cuyo signo tenía que ver más con la pregunta que con la afirmación.

—El deseo… —balbuceó observando la portada del libro de Vesalio con la mujer disectada y la jauría de hombres, ávidos de conocimiento —. ¿No es el deseo lo que nos hace verdaderamente sexuales? ¿Qué o quién te atrae? Dime qué deseas y te diré quién eres…

—O dime a *quién* deseas y te diré *qué* eres… —dijo Paula deslizando las palabras como si tratara de introducir un diminuto mensaje enrollado por la grieta de una tapia—. En los terrenos del deseo no parece existir una relación de iguales. Siempre se trata de un sujeto con su objeto, pero… ¿quién, cuál?

—Parece un trabalenguas, un laberinto de palabras… —musitó Carlos.

—Lo *es*… *y* también un laberinto de sentidos —añadió Antonia pensativa.

9

Desde pequeña Antonia había leído sobre las veleidades de los dioses griegos y sus metamorfosis. Entonces la deslumbraba la inminencia de un misterio, la voluntad absoluta de un Zeus transformado en lluvia dorada, en toro, en cisne, en águila para poseer lo mismo a una princesa aprisionada que a un mancebo esquivo. Eran historias que hablaban de lo humanos que pueden ser los dioses en sus pasiones. En aquella época no lo sabía pero en cada historia —lo pensaba ahora— pulsaban los deseos. Se estremeció al considerarlo: parecían cuentos

de niños, fábulas inventadas y sin embargo, un mismo aliento, una fiebre acerada se perfilaban detrás. Dominios vastos del deseo y de un poder que trabaja en las sombras.

Se avecinaba junio y con él la florescencia mayor de las magnolias y su cumpleaños número 28. Francisco le regaló un ejemplar de las *Metamorfosis* de Ovidio ilustrado con obras de arte. Antonia lo leyó con pasión: de modo que ahí estaba el tesoro de historias que había conocido en forma de cuentecillos y mitologías cuando era niña. Se sorprendió de cuántas historias conocía, incluida la del vástago de Afrodita y Hermes que en un solo cuerpo fundía doncel y doncella, y por quien contra toda suposición, no sentía mayor interés. En cambio, la fábula de Tiresias, que siendo hombre se había transformado súbitamente en mujer, no dejaba de sorprenderlo. Como él, Antonia había conocido el placer en ambos sexos pero estaba lejos de considerar que uno u otro fuera mayor. En todo caso, su goce siempre había surgido en función de quien despertaba su deseo. Observando el águila en remolino febril que raptaba a un Ganímedes temeroso del pintor Peter Paul Rubens, imaginó que una garra invisible y más poderosa remontaba a ambos hacia el abismo de un instante que es toda pasión. Y pensó en Paula, ¿cuánto tiempo más duraría ese instante para ellos?

10

Se había olvidado de recoger el mingitorio del estudio de Raimundo. Porque Antonia sabía que "olvidar" no era la palabra exacta, se dirigió al departamento del fotógrafo sin saber si por fin se llevaría el urinario a su casa. Antes de salir en un viaje de trabajo que duraría dos o tres semanas —fotos para una guía turística del estado de Yucatán—, Raimundo le dejó las llaves del departamento. "No te entiendo —le había reclamado Raimundo antes de partir—. Te enloquecen los mingitorios, te regalo uno y ni siquiera le tomas fotos… Bueno, haz lo que quieras."

Ya no se hallaba montado en el pedestal en la sala. Cubierto por una tela de terciopelo negro, convertido en una sombra de sí mismo, encontró el urinario en el cuarto del altar de Raimundo. Verlo agazapado en un rincón como el Mingitauro del Registro Civil que había visitado con Malva, en aquella habitación en penumbras donde una imagen de las Ánimas del Purgatorio presidía la devoción del fotógrafo, avivó su interés. Lo colocó en el centro de la habitación, encendió las velas del altar, trajó un par de lámparas, desenfundó la cámara y procedió a desflorarlo.

En todos los ángulos posibles, hurgando en su materia luminosa y reflejante, acentuando los perfiles y contrastes, una toma tras otra, con una fiebre que la llevaba a violentar su piel reluciente, Antonia se descubrió practicando una suerte de disección, una anatomía amorosa, un asedio para apresar el quejido silencioso que se perdía en el orificio oscuro de un murmullo sin nombre. De pronto se detuvo. Jamás lo apresaría del todo. Aunque estuviera abierto de piernas, mostrando impúdico sus secretos, se le resistía. Afortunadamente. Respiró con alivio y sólo entonces volvió a disparar la cámara.

Agotó todos los rollos que llevaba. Al final, el urinario bostezó extenuado y contento se quedó dormido. Antonia volvió a cubrirlo con la tela de terciopelo y apagó las luces, sin detenerse a mirar la oración de las sombras que caracoleaba al pie de la imagen de las Ánimas y que se sabía tan de memoria que ya la había olvidado. Y salió de la

habitación sin hacer ruido, sonriente y de puntillas para no despertarse a sí mismo.

11

Si el hombre era el sueño de una sombra, ¿cómo era la sombra que había soñado a Paula que ahora se encontraba dormida después de haber hecho el amor? Su cuerpo desnudo era una sonrisa plena —¿sonreía entonces la sombra y se comunicaban en sueños?—. Antonia las contemplaba sentado en un silloncito a unos pasos de la cama, también desnudo, las piernas cruzadas como si el bulto que tenía entre ellas no le estorbara. No era la primera vez que observaba dormir a Paula: además de la placidez que le provocaba, la maravillaba no cansarse de mirarla. En esta ocasión, sin embargo, sucedió algo diferente. Atardecía y un rayo de luz se descorrió por un ángulo de la ventana en dirección al vientre de la mujer. Ella debió de percibir el calorcillo con agrado porque de inmediato cambió de posición y se abrió de piernas. La luz incidía ahora sobre la cerradura de su sexo: esa luz, sorprendida, atisbando, preguntaba con tenues toquidos: "¿qué hay detrás?"

Antonia, que jamás había contemplado así un sexo femenino ni cuando ella misma fue mujer y que ahora sopesaba a cada instante la materialidad innegable de su miembro, reparó por fin en el horizonte escondido que un simple pliegue, una línea apenas dibujada, insinuaban. Y quedó desarmado, atónito, maravillado: la cerradura detenía la mirada con la promesa de revelar de un momento a otro su misterio —es decir, con la certeza de ocultar siempre su secreto.

(¿Pero acaso no es así con cada ser humano —se preguntó Antonia cuando se recuperó del hechizo y pudo desviar un poco la mirada—, no sucede lo mismo con cada persona más allá de la evidencia palpable de una libra de carne o la insinuación incierta de un corte? ¿Quién que es no tiene secretos? Y sobre todo, ¿quién los conoce todos de sí mismo? Antonia hubiera seguido con otras preguntas, por ejemplo: ¿Quién es libro abierto? ¿Quién no es laberinto, interrogante, penumbra indefinida, deseo, sombra?, pero en ese instante en que seguía evadiendo la mirada reflejante del sexo de Paula descubrió que alguien más lo observaba: en un ángulo de la habitación, un espejo de cuerpo entero, en forma de ojiva vertical, había capturado algunos elementos de la habitación: un plano del cuerpo de la muchacha, su mirada brillante —Paula había despertado y lo miraba mirarla a través del espejo—, y la silueta de la propia Antonia perfilándose contra la luz en retirada. Entonces, en la superficie del espejo, sus

miradas se besaron tenue, amorosamente. Antonia creyó que era como contemplarse en el interior de un cuadro, una fotografía o un sueño cuyos límites se desdibujaban, se fundían en una transparencia reveladora: ambos eran sombras incendiándose ya no sólo por el deseo sino… —Antonia vacilaba— ¿el amor?)

12

¿Así que lo que seguía era el amor?, se preguntaba Antonia mientras Paula se bañaba y ella continuaba frente a la cama vacía y el espejo oval. Antes de salir de la habitación Paula había encendido la luz de una lámpara, así que Antonia podía observarse aunque afuera hubiera caído la noche. La verdad es que se agradaba a sí mismo, no podía dejar de reconocerse una frescura, un aire ligero a pesar de los vendavales. Y eso, más que otra cosa, le gustaba. Más que el que su cuerpo se hubiera mantenido en un límite incierto, una sensualidad bordeante que, tenía que admitirlo, le encantaba. Algo semejante le sucedía con Paula: sentirla flexible, agua viva amoldándose a los continentes, descorriéndose por las fisuras. Antonia advirtió que su miembro, apenas unos segundos antes dormido, se desperezaba con los brazos extendidos. Se trataba de una de las diez o doce erecciones diarias que lo ponían alerta de sí mismo. Lo acarició con ternura: era parte de su cuerpo y él era lo que era ahora por ese cuerpo: lo sentía como un traje propio, a su medida, pero no dejaba de percibirse más atrás. Atrás: una rendija, una cascada, un globo, una pluma, un guijarro. Antonia sacudió la cabeza ante semejante retahíla de asociaciones desbocadas. Estaba contenta y burbujeaba. Por primera vez el futuro dejaba de preocuparle. Alzó la mano en el espejo y saludó a su sombra.

13

—¿Es así el deseo de los hombres? —preguntó Antonia mirando de frente el rostro de Francisco. Acababan de levantar el puesto de libros y las cajas aguardaban en la acera para ser cargadas en la cajuela de su automóvil.

Antonia le había confiado sus últimas experiencias con Paula —lo de Raimundo, por supuesto, se lo había guardado— y ahora lanzaba una pregunta que en realidad era la confirmación de su asombro.

Una vez que depositaron todas las cajas en el auto, Francisco la

invitó a caminar. Una llovizna reciente había pulido la calle y el aire de la noche se respiraba fresco y sosegado. El tráfico de automovilistas y peatones menguaba, así que la ciudad se volvía un espacio transitable y Antonia aceptó de buena gana. Pasaron un par de cuadras antes de que Francisco retomara la conversación que habían tenido minutos antes.

—¿Me preguntabas que si es así el deseo de los hombres, semejante a tu deseo por Paula que te ha llevado a descubrir tantos recovecos, pliegues y no sé cuántas cosas? Mira, Antón, voy a sonar tajante y hasta rudo pero es lo que de verdad pienso. El deseo en los hombres es como el tren de esa película de John Voight, ¿la recuerdas? Me parece que se llamaba en español *El tren del escape*… Quiero decir —y sus manos simularon el espacio de un túnel en movimiento que abarcaba las dimensiones de su cara—, el deseo en los hombres es así, un movimiento unidireccional, hacia el frente, sin retroceso. Y nada más.

Antonia esbozó una sonrisa: sí, ya había percibido esa suerte de tren veloz en fuga declarada.

—Y perdóname lo que ahora voy a decirte, pero lo he pensado desde que te he visto con esa locura extrema por los mingitorios… —Francisco detuvo el paso y extendió una mano hacia el hombro de Antonia—. Todo eso, Antón, esa historia sobre el deseo en los hombres, ese asunto de los mingitorios como otra cosa que mingitorios, todo no son más que fantasías de las mujeres. Los hombres somos mucho más simples… Yo diría que hasta rudimentarios…

Aguas totales

1

Un pubis en flor es una mirada que te desnuda, pensó Antonia ahora que rasuraba a Paula para tomarle unas fotografías en el estudio de Raimundo. Antes de su transformación nunca se le hubiera ocurrido: ni sentirse atraída por el enigma de un pubis, ni pensar en contemplarlo descubierto.

La verdad es que todo había empezado como un juego: Paula jurando que jamás se dejaría tocar y Antonia seduciéndola con una frase que a ella misma le resultó desconocida: “Quiero tu pubis de niña”, murmuró y Paula repitió que no pero ya sin vehemencia, con la imagen de sí misma otra vez adolescente, casi púber, casi luz, risueña porque la ilusión de imaginarse así le caracoleaba por dentro.

Al final, fue Paula la que terminó pidiendo que la depilara cuando ya Antonia se contentaba con tomarle fotos con el capullo de una magnolia que había conseguido gracias a un comerciante de flores exóticas del mercado de Jamaica. Vigilante, el mingitorio que le había

regalado Raimundo observaba la escena. A pesar de su pretendida indiferencia, pareció sonreír cuando Antonia depositó en su interior el capullo de magnolia antes de salir de la habitación. No tardó más de un par de minutos en regresar con tijeras, espuma y rastrillo y se aplicó a la tarea de rasurar a Paula como si podara un jardín de flores: cuidadoso, intransigente. Al poco, el pubis de Paula surgió albeante como si hubiera vuelto a tener diez años. Antonia lo contempló en toda su transparencia: una mirada tierna y luminosa que le desnudaba deseos todavía sin nombre.

Emocionada por el prodigio que un rastrillo podía revelar, Paula pidió contemplarse en un espejo. Antonia trajo uno de la recámara de Raimundo y lo colocó frente a ella. Se sonrieron nuevamente cómplices.

—Verás… nunca he violado a una niña —dijo Antonia antes de comenzar a besarla.

(Pero en el instante en que la sometía, Antonia alcanzó a percibir un movimiento del mingitorio, como si al fin despertara de su sueño de sombras para hacerle una señal: en su interior, el capullo de magnolia había abierto sus pétalos rotundos y comenzaba a exhalar su aroma acidulado y penetrante.

—Antes fui mujer… —exhaló también Antonia rotunda e irrefrenable.)

2

¿Qué se hace ante el misterio? Se acepta… o se rechaza. Claro, se le pueden buscar explicaciones. Recordando una revista especializada que hacía poco había revisado en el instituto, Paula hubiera podido preguntarse: si le pasó a Alexina Barbin en 1860, un caso extraordinario de hermafroditismo como tantos otros que han quedado en la sombra si no hubiera sido porque sus memorias fueron encontradas y publicadas por Michel Foucault en 1978,[*] ¿por qué no podía ser esa la explicación científica para lo que le había sucedido a Antón, que era como le decía Paula a Antonia, incluso cuando lo nombraba en sueños? También hubiera podido asirse al argumento de las intervenciones quirúrgicas, recordar por ejemplo que, aunque más compleja y prolongada que la de los hombres —alrededor de doce horas, según había escuchado en un reportaje televisivo—, una suerte de cirugía constructiva podía añadir a las mujeres que lo necesitaran una anhelada libra de carne faltante —aunque la insensibilidad en la zona creada no hiciera sino reforzar el poder inmenso de la fantasía…

Entonces, cabía preguntarse si Antón se había operado en aras de encarnar su mayor fantasma, aun a riesgo de no sentir nada…

Paula era bióloga y cualquiera de estas preguntas y razonamientos le hubieran sido disculpados. En cambio, a pesar del asombro, de lo incierto, balbuceos de una lógica que se descorría, guardó silencio y abrazó a Antonia.

(Pero siempre hay fisuras. No era cierto que sólo se pudiera aceptar o rechazar el misterio. También, cabía el estado de suspensión: la estela de partículas removidas, en movimiento difuso y perplejo, que tarde o temprano terminarán por asentarse. Paula guardó silencio ese día y los siguientes. Entonces, cuando había pasado más de una semana, le comunicó a Antonia que se avecinaba ya su viaje a Italia. ¿Recordaba Antonia aquel proyecto de investigación comparativa entre el Popo y el Stromboli del que le había hablado Paula cuando apenas se conocieron? Viajaría a las islas Eolias. Estaba decidido. Ante el silencio de Antonia, Paula añadió en el teléfono: "No te pongas triste… Se trata sólo de un verano." Pero cuando finalmente se despidieron en el aeropuerto, ninguno de los dos sabía qué esperar del futuro.)

3

Antonia se encontraba en un café esperando la llegada de Francisco. Por teléfono, su voz había sonado más nerviosa que de costumbre: debían verse con urgencia. Mientras aguardaba de cara a la avenida a través de la vidriera del local, Antonia reparó en una pareja que conducía una carreola de bebé y que, tras dudar en qué sitio acomodarse, terminó por instalarse en una de las mesas exteriores que quedaban enfrente de la suya. Parecían llevarse bien: ella se preocupó de acomodarle el sombrerito al bebé, consultó el menú, sugirió al marido qué pedir; él dudaba pero se dejó convencer y finalmente, ante el mesero que se acercó a preguntarles qué iban a tomar, fue el hombre el que, rigidez en el pecho como quien va a recitar su papel en una obra, ordenó para cada uno. La mujer lo miró agradecida y sonriente le acomodó el cuello de la camisa que al parecer estaba fuera de sitio. El bebé se entretenía con una sonaja atada por un listón al toldo de la carreola azul. El hombre dirigió una mirada a su alrededor y respiró satisfecho como un pequeño Dios padre al contemplar la bondad de su reino. Antonia los miraba con atención no obstante que percibía un aire teatral en el asunto, una armonía tan sutilmente elaborada que no se sorprendió cuando la mujer señaló a

una chica en minifalda que cruzaba por la acera de enfrente. Cómplices, parecieron desaprobar ambos el atuendo, tal vez no tanto por la brevedad de la falda sino porque la chica tenía piernas delgadas. Antonia, ante la vehemencia de los gestos de la mujer, la podía imaginar diciendo: "Qué ridícula, si no tiene qué enseñar para qué enseña vergüenzas…" Y el marido asintiendo, aprobando las palabras de su mujer; también aprovechando, ahora que ella se inclinaba para enderezar al bebé que ya no alcanzaba la sonaja y había empezado a lloriquear, para mirar con detenimiento las largas piernas de la chica de enfrente, para disfrutarlas mientras se detenían en un puesto de dulces y, firmes y elásticas, prometían a su modo un placer dilatado. Vuelta a la mesa, la mujer alcanzó a percibir el deseo de su hombre, esa gravitación de la mirada masculina que la había dejado fuera de su atención. Y en ese momento, mientras el hombre se recomponía y agradecía al mesero llegar con su cargamento de sodas y helados en el momento más oportuno, Antonia pudo ver, en tanto el desencanto brillaba brevemente en los ojos de la mujer, que los reinos perfectos no son de este mundo. Compartieron helados y regresaron a las sonrisas. El pacto, esa voluntad de rellenar fisuras —o grietas, o abismos, a costa de lo que sea—, se había restablecido.

Francisco seguía sin aparecer por ningún lado. De regreso a la pareja que había estado observando, Antonia se aventuró a pensar: "Tal vez el asunto de los sexos no sea más que la impostura de trajes estrechos…" A solas con su café, nadie podía detenerla si le daba por ponerse filosófica y hasta metafísica porque, claro, hambrienta andaba de afecto y compañía. Así siguió: "Que me lo digan a mí si no son trajes estrechos… A pesar de los tiempos que corren el cuerpo soy-mujer sigue siendo un vestido con corsé, lo mismo que el cuerpo soy-hombre es una armadura. Nos preocupamos y ocupamos de las diferencias (incluso en el cuerpo soy-gay) pero hay bocanadas de pez fuera del agua y desgarraduras más profundas: el deseo boquiabierto, la angustia de estar vivos, la soledad, la tristeza, en fin, de que vamos a morirnos, sin remedio, sin sentido. Qué razón tienen los que dicen que la vida es una herida absurda", remató a media voz en el momento en que Francisco aparecía de la nada y tomaba una silla para sentarse a su lado.

—¿"La vida es una herida absurda"? No sabía que te gustaran los tangos —repuso Francisco mientras se mesaba los pocos pelos de una barba que no terminaba de aflorar—. A mi padre le encantaban, así que yo también me sé algunos de memoria. Aunque para el caso me gusta más la versión mexicana: "No vale nada la vida, la vida no vale nada. Comienza siempre llorando y así llorando se acaba…" ¿No has tenido noticias de Paula, verdad? Pues me temo que las malas noticias siguen. Se trata de Raimundo. Hace ya tres semanas que nadie sabe

nada de él. Dejó al equipo de las guías turísticas en Playa del Carmen y se fue a fotografiar cenotes. Conociéndolo, uno sabe que es capaz de desaparecer no sólo semanas, sino meses… El problema es que otro del equipo que se quedó a vacacionar en la zona, encontró su cámara, esa Leica que traía para arriba y para abajo, en un mercado de usado de Chetumal…

—¿Y cómo están seguros de que era su cámara? —preguntó Antonia tratando de asirse a lo que fuera.

Francisco apretó los labios antes de responder.

—Traía un rollo a medio tomar: puras fotos de sombras y siluetas fantasmales…

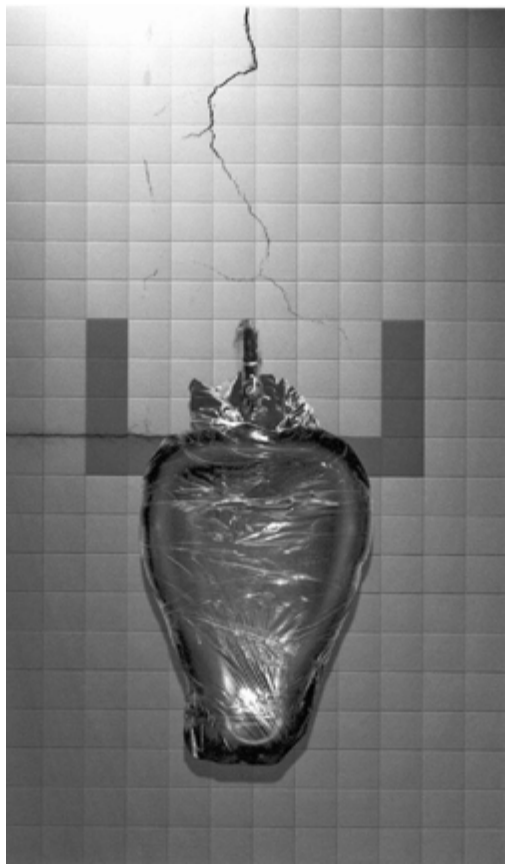
4

Otra vez de nuevo en el laberinto. No supo cómo, tras deambular sin sentido ni orientación, olvidada ya la idea de asirse a las paredes, pues más que escapar la impulsaba un deseo recóndito e inexplicable de seguir adelante, llegó a las oficinas del Registro Civil que alguna vez visitara con Malva. Llevaba la cámara al hombro así que tampoco podía ser una casualidad que sus pasos la hubieran guiado hasta ahí. Debía ver al Mingitauro. Fotografiarlo. Mientras esperaba una oportunidad para colarse al baño de mujeres —por qué demonio había tanta gente haciendo trámites ese día—, acarició la posibilidad de desnudarlo, de romper sus ataduras y conocer sus secretos tapiados. La verdad es que llevaba tiempo imaginando el proceso, una incisión con el filo de una navaja —o cuando menos la punta de una pluma, necesitaba conseguir una pluma— sobre la superficie plástica que lo envolvía, y luego, todos los sentidos puestos al borde, precipitarse a la desgarradura, la violencia gozosa de abrir y poner al descubierto. Y hacerlo paso por paso, registrar cada instante con el ojo de la cámara, captar el grado de luz y de penumbra que emitía el objeto y atrapar su huella refulgente en la piel sensible del rollo fotográfico… Adueñarse del objeto, devorarlo, hacerlo propio.

Un muchacho con uniforme de intendencia, que empujaba un bote de basura con ruedas, se aproximó al área de baños. Antonia se apresuró a darle alcance antes de que doblara sobre el pasillo. Sin pensarlo dos veces, le pidió ayuda. Se trataba de un reportaje sobre la limpieza de las mujeres en los baños públicos, arguyó. El joven, la mirada pícara y a la vez desconfiada, se resistía. Aunque estaban en un recodo oculto a la vista de la sala general, Antonia deslizó con discreción un billete en el bolsillo del muchacho. Éste lanzó una mirada rápida alrededor y dijo:

—Pero sólo cinco minutos… —y le cedió el paso antes de interponer el bote de basura en el acceso para que nadie más pudiera entrar.

Apenas cruzó Antonia el umbral, le pareció que el lugar que había conocido con Malva era otro. Opaco, con la luz de una lámpara fluorescente que nublaba la vista, Antonia creyó que soñaba el vacío. No se le había ocurrido pensar que alguien pudiera haber removido su Mingitauro. Se culpaba ya de no haberlo fotografiado antes, una sensación de náusea le comenzaba a flotar en la boca del estómago, cuando sus ojos descubrieron por fin el bulto tantas veces fantaseado. Corrió hacia él y tocó su rostro oculto por la bolsa de plástico.



Había conseguido la pluma y podía liberarlo para escuchar su voz y sus respuestas. Pero la bolsa, ciñéndose a las curvaturas y bordes del objeto, no conseguía silenciar la seducción oscura de su deseo sin nombre. Al contrario: enmascarándolo evidenciaba más su belleza inquietante.

Reparó en una grieta en la pared de mosaicos que no había visto antes y que descendía sobre el Mingitauro como un relámpago apuntando el misterio. No se atrevió a rasgar el enigma, ni alteró su

veladura insomne. Sólo ajustó la lente con la mayor apertura del diafragma y tomó una única foto sin flash y sin aliento.

5

Al poco tuvieron noticias de Raimundo. Sí, le habían robado la cámara pero no le había importado mucho. En un pueblo cercano a Chichén Itzá había conocido a María, una maestra de escuela que llevaba a sus muchachos del curso de verano a visitar la zona arqueológica maya. Apenas verla, una luminosidad radiante en su mirada, la manera amigable con que se dirigía al grupo de adolescentes, la dignidad sencilla al caminar como si supiera con certeza su lugar en el mundo, y el fotógrafo supo que tendría que seguirla y conocerla. Por supuesto, estaba también la atracción por los cenotes que lo obligó a conseguir una cámara de inmersión subacuática para registrar la penumbra luminosa de esa suerte de pozos marinos en los que la luz que procedía del exterior, a veces a través de la pequeña garganta de una cueva, caía en cascada para incidir en el agua subterránea convirtiéndola en un limbo donde los cuerpos y objetos sumergidos adquirían una transparencia inmaterial. Una suerte de Penumbria luminosa.

Y todo esto se lo había dicho a Antonia por teléfono, anunciándole que regresaría pronto pero sólo para ordenar algunos asuntos y volver a Yucatán. Aunque, claro, lo más fácil sería que María aceptara viajar con él a la ciudad…

—O sea que te enamoraste —preguntó Antonia emocionada de escuchar las nuevas del amigo.

Tras una pausa, en medio de una risotada, Raimundo contestó:

—Eso quieren que creas… Pero sí, todo parece indicar que sí, que me han pescado… ¿Y tú, cómo vas con Paula?

—Bien, tan bien, que ella está ahora en las islas Eolias, que lleva allá casi tres semanas y que no he tenido noticias suyas.

—Entonces ¿rompieron? Pero sí se llevaban tan bien…

—Bueno, eso queríamos que creyeras —bromeó Antonia—. Pero ya te contaré. Entonces ¿para cuándo regresas?

6

—Qué te puedo decir, Antón… Me parece un hallazgo maravilloso tu Mingitauro —Raimundo sostenía en las manos la impresión

fotográfica que le había llevado Antonia y su rostro parecía no salir del asombro—. Es realmente maravilloso, sobre todo por el hecho de que lo hayan envuelto para que no fuera tan evidente, pero que esté así, cubierto en el baño de mujeres, lo hace más provocativo. Pareciera como si el envoltorio fuera en realidad para impedir que alguna mujer —por curiosidad, ignorancia o perversión— lo utilice. Es una joya la que fotografiaste. Además, estoy seguro de que la persona que tuvo la iniciativa de envolverlo fue un hombre. Quizá en el fondo para ocultar su propio sexo en el baño de mujeres. Sería interesante saber qué hubiera hecho una mujer.

Antonia se mantenía en silencio, pero una sonrisa le caracoleaba en los labios mientras observaba la fotografía del Mingitauro y escuchaba las palabras exaltadas de su amigo.

—Es curioso… Poco antes de volver nos reunimos en un bar con unos amigos extranjeros de María que viven allá: Sophie y Rodrigo. Ella es francesa y él chileno. Me cayeron de maravilla, tenían un sentido del humor fino, supongo que por eso se llevan tan bien con María… Bueno, después de cenar y platicar, ya estábamos algo tomados, cuando Sophie quiso ir al baño. Sólo que en el de mujeres había gente esperando, así que sin miramiento alguno se metió al de los hombres. Los dos tipos que estaban adentro salieron pitando y uno de ellos hasta se quejó con el gerente. Sophie regresó muerta de la risa y nos contó todo. Le divertía ver las reacciones de los latinoamericanos porque en las discotecas de París, cuando no hay baños mixtos, las mujeres en vez de esperar acostumbran meterse al baño de los hombres y nadie se inmuta ni dice nada. Supongo que hirió el orgullo de Rodrigo, que a final de cuentas es chileno, porque de inmediato arremetió que los parisinos fingen no inmutarse, pero que en realidad es una invasión de la privacía, que de hecho hay muchos hombres a los que no les gusta mear junto a otros hombres, mucho menos frente a una mujer. Y que para que las cosas estuvieran parejas habría que ver si a Sophie le gustaría que un hombre desconocido la viera orinar… Para no hacerte el cuento largo, nos enfrascamos en una discusión de si debían o no desaparecer los baños sexuados. Yo, por supuesto, hablé de preservar los derechos de vida de ese raro y bello animal en peligro de extinción: el mingitorio. María me hizo segunda: opinó que no sólo debería haber más y mejores urinarios públicos, sino que debería haberlos en las casas (como ella conoce las urgencias de su hijo de trece años que corre, levanta con fuerza la tapa haciéndola rebotar y se salpica y moja todo…). Como puedes ver, Antón, hay tela de sobra de donde cortar si te decides a armar un libro con el tema, o se te ocurre montar una exposición con las fotos que has tomado… Aunque ya me imagino la reacción de mucha gente: más de uno se va a escandalizar. Qué maravilla, ¿no?

Antonia asintió. Retomó la imagen del Mingitauro y la guardó en la carpeta donde estaban las otras imágenes de urinarios que había ido coleccionando.

—El asunto de los mingitorios, de los sexos, de la identidad… si no te escandaliza, te pone al menos en guardia. Es un asunto oscuro, se mueven muchas cosas en la sombra, ¿sabes? Y de pronto la gente opta por guarecerse, por alejarse…

—¿Alguna relación con una melusina llamada Paula?

Antonia no respondió. En otro momento, los ojos se le hubieran llenado de lágrimas: ¿había aprendido como buen chico a reprimir sus emociones, o más bien, había terminado por aceptar el silencio de Paula como otra forma del misterio, ése de la relación y la química de los seres, que carga las cosas de un sentido en sí mismas, y ante el cual no vale la pena desgastarse en razonamientos y explicaciones?

—¿No te parece, Antón, que cuando amamos nos convertimos en sombras, fantasmas de un deseo que creemos propio pero que en realidad nos es ajeno? Creo que ya te lo dije: los hombres somos la fantasía del deseo de las mujeres. Por principio de cuentas, es siempre una mujer la que escribe sus mensajes de amor o desaliento en nuestros cuerpos. Somos libros en los que escriben manos femeninas. Ahora María escribe en mí y a pesar de saber que la escritura siempre lleva al silencio, no podría dejar de ponerme en sus manos. Por eso me regreso a Yucatán la semana que viene. Deberías acompañarme. Siquiera unos días. Piénsatelo. María se pondría contenta de conocerte. Le he hablado de ti y por supuesto del otro par.

7

¿Por qué pensaba Raimundo que los hombres son la fantasía del deseo de las mujeres? ¿De dónde había sacado la idea de que también eran libros en los que escriben manos femeninas? Carlos, después de conversar con Antonia, se rebelaba.

—Lo que pasa —señaló el piloto en un restaurante donde acababan de almorzar esa mañana de sábado— es que Raimundo le da demasiada importancia al mentado misterio de lo femenino, como si en las mujeres radicara el secreto de la creación y el origen del mundo… De seguro, es de esos hombres que hasta envidian su capacidad de embarazarse y dar a luz.

—Sí… el otro día me lo dijo —confesó Antonia.

—Pues no me extraña, como tampoco me extrañaría saber que le hubiera gustado despertar un día y tener vagina en vez de pene. Conste que no estoy diciendo que sea puto. Me explico: ¿te he contado

de Alexis, mi Alexis, no es cierto? Bueno, pues mi Alexis te confesaría que él también lo ha deseado y no porque sea un homosexual reprimido sino por las simples ganas de saber lo que sienten las mujeres. Supongo que tendría sus ventajas menstruar para entenderlas mejor. Aunque ya escucho replicar a Matatías: "Habría que ser un poco puto para aceptar la sola idea de que te la metan en vez de penetrar."

—Estoy de acuerdo —dijo Francisco sentándose a la mesa donde estaban—. Se me hizo tardísimo. Veo que ya desayunaron. ¿Puede saberse a quién se estaban comiendo vivo?

—Hablábamos de tu amigo el fotógrafo — contestó Carlos mientras sacaba un cigarro y se disponía a fumarlo. Invitó a los otros que se rehusaron y pidió café al mesero.

—Pues tratándose de Raimundo —añadió el recién llegado— me abstengo de opinar. Ya me ha pasado que me termina convenciendo hasta de lo que no. A propósito, ¿viene hoy?

—No… —respondió Carlos—, anda muy ocupado con su nuevo proyecto fotográfico y amoroso. Como se regresa a Yucatán…

—Sí —confirmó Antonia—. Va en pos de la sombra de su deseo.

Una mujer morena y guapa, de vestido entalladísimo, entró al café en compañía de un hombre mayor. Sin ponerse de acuerdo, atraídos por el imán de ese cuerpo rotundo, los tres amigos la siguieron en una larga mirada sin aliento.

—¿Vieron eso? —preguntó por fin Carlos cuando la pareja se perdió en el fondo del establecimiento—. ¿La sombra del deseo, decías, Antón? Pues creo que acabamos de ver su radiante encarnación.

Antonia asintió con un suspiro profundo que llamó la atención de Francisco. En ese momento, Carlos se levantó para ir al baño y Francisco enfrentó a Antonia.

—Nunca me hubiera imaginado compartiendo contigo estos episodios. ¿Has tenido noticias de Paula?

Antonia negó con la cabeza. Francisco le palmeó ligeramente el hombro antes de añadir.

—Ánimo… que para eso es el corazón: para gastarlo mientras se puede.

8

Una llamada de larga distancia, la voz le llegaba en oleadas golpeando sus arrecifes. El corazón, Paula le había hablado de su corazón. ¿Mencionó quimeras, o sólo se lo imaginaba entre el tropel de palabras y emociones que se alzaban gigantescas y rompían en el

estallido de deseos que son heridas florecientes que no cierran y luego aletean como espuma de mar? Antonia, en medio de su aturdimiento, había rescatado una madera pulida del naufragio: "¿Por qué no me alcanzas en Lipari?" Y sin pensarlo, dijo que sí. Sí, un gran sí, abriéndose de brazos al milagro.

9

"Más que en los cuerpos, es en el corazón donde reside el secreto y la diferencia. El verdadero sexo y la auténtica identidad se abren camino desde ahí dentro. Lo demás, son sólo ropajes, vestiduras, disfraces. Cuesta mucho trabajo ir desnudos, el corazón expuesto…" Antonia se sorprendía al escuchar las palabras de Raimundo que lo confirmaban en la idea de que el fotógrafo sabía de su secreto. Lo había ido a buscar para contarle de la llamada de Paula.

—¿Hace mucho que lo sabes? —preguntó Antonia con una sensación de que el vértigo apenas empezaba.

—No desde el principio. Pero luego lo intuí por tu fascinación por los mingitorios. Sólo una mujer puede mirarlos como tú lo haces, vislumbrar el hambre del deseo, nuestro sexo total, ese que nos deja anhelantes, anonadados, nuestro verdadero misterio, para el que lo esencial no está en la respuesta, sino en su mirada interrogante: "Sólo la pregunta recuerda", escribe el poeta Edmund Jabés. ¿Lo conoces?

—No, no lo conozco. Pero tiene razón: sólo la pregunta responde —se atrevió a reformular Antonia recordando el rostro velado del Mingitauro.

10

Antes de partir a Yucatán, Raimundo le entregó a Antonia un regalo. Su taxi estaba por llegar, así que habló precipitadamente.

—No me gustan las despedidas. Pero como tú también te vas, y quién sabe cuándo nos veremos, tenía que entregarte esto. Un favor, no lo veas hasta que me haya ido. No es muy buena la definición, ya la verás, pero como no había tiempo, el pobre de Paul, un amigo diseñador que me ayudó a materializar la idea, tuvo que hacer milagros.

Antonia recibió la carpeta que le ofrecía el fotógrafo con una sonrisa.

—Pues muchísimas gracias. ¿De verdad no quieres que te ayude con

la maleta o el equipo fotográfico?

Pero Raimundo ya caminaba hacia el elevador, acostumbrado a arriar con todo su cargamento.

—Sólo una cosa… —dijo deteniendo las puertas automáticas con una pierna—. Te cuidas, ¿eh? Y si por lo que sea no regresas pronto, nos vemos en el próximo carnaval de Venecia, ¿estamos?

—O nos vemos a la orilla de un cenote, ¿quién puede saberlo?

Las puertas del elevador se cerraron. Antonia se asomó al ventanal para ver a un Raimundo apresurado que, tras colocar las maletas en el interior del taxi, se dio tiempo para mirar hacia arriba y agitar la mano levemente.

Se quedó mirando la calle y atisbó a lo lejos un par de árboles de magnolias en flor. ¿Encontraría magnolias en Italia? Debía apresurarse. Esa mañana tenía que sacar un nuevo pasaporte —por supuesto, asumir las complejidades que ese acto podía derivar, le producía vértigo—, comprar el boleto de avión, cambiar divisas. Iba a abandonar el departamento cuando descubrió la carpeta que le había dado Raimundo en la mesa de la sala. Se acercó con ella al ventanal en busca de una mejor luz y la abrió. Se trataba de una imagen hermosa: del papel emergía una muchacha de pubis infantil, absolutamente desnuda y…

pródiga como una fuente, que Antonia recordaba haber visto antes. Sólo que en el regalo de Raimundo había una variante singular: en vez del cántaro que la muchacha solía cargar sobre su hombro y que vertía con un gesto de absoluta entrega, aparecía un objeto que a

Antonia le resultaba familiar: el prístino mingitorio de Duchamp derramándose también con irrefrenable inocencia. Era tal la belleza de la imagen que no reparó sino hasta mucho después en un mensaje escrito al pie con la caligrafía veloz de Raimundo Ventura:

> "Para Antonia que pudo mirar de otro modo la misma fuente."

11

Acostumbraba llevar el cabello amarrado en una coleta pero ese día decidió soltárselo. Y la ropa, como la primera vez que salió a la calle después de su transformación —cómo olvidarlo—, de lo más informal: unos pantalones de mezclilla, una camisa blanca, un saco ligero, los mocasines que usaba a diario. Antes de salir de su departamento, se miró en el espejo. Sin duda era Antonia, pero los demás que no la conocían —y que debían dar prueba de su identidad civil—, ¿lo reconocerían?

Ahora que esperaba su turno en la oficina de Relaciones Exteriores para entregar sus papeles, no paraba de imaginar lo que podía sucederle. Por principio de cuentas, retrasar indefinidamente su viaje, ser sometido a interrogatorios, tal vez un juicio, o hasta la cárcel… No, debía apartar esas ideas y no precipitarse en la incertidumbre. A final de cuentas, más allá de los simulacros, las máscaras o los espejismos del género, seguía siendo quien era. ¿Entenderían estos burócratas que la identidad empieza por debajo de la piel? De cualquier forma, estaba decidido a enfrentar lo que viniera pero si no había necesidad de sacar la pica —sonrió al recordar que hacía tiempo que ni pensaba en la armadura—, muchísimo mejor.

Le llegó su turno. Caminó firme hacia el mostrador. El hombre que le recibió los papeles, la observó unos instantes antes de verificar los datos *y* revisar el pasaporte anterior. Antonia se había mantenido en el borde de esa identidad limítrofe que según los ojos que miraran podían inclinar la balanza. Pero ahora, ¿sería suficiente? Por toda respuesta, el hombre le tomó las huellas dactilares *y* le indicó cortésmente que pasara más tarde por el nuevo pasaporte. Así, sin más, sin objetar ni pedir ninguna explicación.

12

En vez del dibujo de un abanico y una pipa —o sus variantes: desde

las elaboradas siluetas de una damisela con miriñaque y un caballero con sombrero de copa hasta las figuras de diseño minimalista que resolvían la diferencia a través del ancho de la cadera—, Antonia se topó con un par de letreros inusitados:

Capuccino / Espresso

¿A cuál dirigirse? Se asomó a los dos baños. En ninguno de ellos había mingitorio alguno (¿era por eso que Raimundo hablaba de una especie en vías de extinción?). Miró de nuevo las puertas. Y dudó. De modo que Paula tenía razón con aquello de que "sexo" y "seccionar" tenían un origen común, pues sólo para eso parecían servir las oposiciones, para simplificar, para evitar confusiones e incertidumbres. Pero aquí, un café cercano a la oficina de Relaciones Exteriores donde se había metido después del susto del pasaporte, los baños sugerían juguetonamente una gradación apenas, un matiz en la cantidad de café, muy a tono con el lugar. Por supuesto había gente —como la señora de edad madura que ahora le pedía permiso para pasar — que se irritaba porque la hacían dudar y… decidir.

La señora terminó por entrar al baño con el cartel de "Capuccino" y Antonia se encogió de hombros antes de traspasar el umbral de "Espresso". Mientras se desabrochaba el pantalón y con habilidad se desenfundaba el pene en un santiamén, cuidando burlona que la quinta ley de Newton no le hiciera derramar demasiadas gotas fuera de lugar, Antonia pensó que esas dos puertas que habían representado el destino de la humanidad occidental por lo menos desde que había cuartos de baño, ahora no sólo se confundían —como en el caso actual — sino que en ocasiones —ahí estaban los baños mixtos—, se convertían en una sola puerta… Pero por más que se quisieran obviar las diferencias —porque, claro, ¿quién es solamente hombre en el cuerpo de un hombre o únicamente mujer en el cuerpo de una mujer? —, había también diferencias fehacientes. Bien mirado el asunto, no muchas por cierto, pero sin lugar a dudas una en la que muy pocos reparaban: el acto de orinar.

Al salir del baño, y apenas se sentó en la mesa, el camarero que lo había atendido se acercó a preguntarle si deseaba algo más.

—¿Un capuchino, un expreso…? —insistió el hombre.

—Mejor un cortado… para variar —sonrió Antonia.

13

Él o ella —porque cabía la duda sobre su género, aunque poco importara para aquellos que podían percibir su belleza indiferente— arribó al aeropuerto de Lipari, la mayor de las islas Eolias, un

mediodía de junio. Había sido una travesía de más de dieciocho horas por las escalas y se sentía extenuada. Desde la ventanilla había contemplado el archipiélago y la inmensidad azul y de pronto el miedo estuvo ahí, pertinaz, asfixiante. Había viajado hasta este rincón del planeta para encontrar a una mujer y ahora sentía miedo. ¿Había hecho lo correcto? La duda creció mientras desembarcaron y ahora que caminaba con los demás pasajeros rumbo a la salida. Se desvió para ir al baño. Los rostros de los mingitorios eran semejantes a muchos otros que conocía y eso la tranquilizó un poco. En todos lados la vida se plegaba como el mar a sus orillas. Antonia también se había plegado, aunque los designios fueran otros. Designios ocultos, una mano en la sombra que delinea el camino. ¿Y si después de probar, Paula terminaba por rechazarla? Salió de nuevo al andador pero no tenía fuerzas para continuar. Qué falta le hacían sus amigos, incluso Carlos que de seguro le diría: "Viajar tan lejos para, en el momento justo, ponerse a dudar. Vaya que eres puto…" Entonces recordó a Francisco cuando se despidieron en el aeropuerto. "No dejes de escribirme", le había dicho mientras se daban un abrazo. Cuando se apartaron, Antonia tenía la mirada brillante y Francisco la reconvino: "Nada de lágrimas. Como diría Raimundo, confía en tu sombra y no mires atrás." Y como quien da un salto en el vacío o se arroja al mar abierto, decidió lanzarse y no mirar atrás.

14

Había viajado hasta las Eolias para buscar a una mujer, pero muy pronto descubrió que en realidad había ido a encontrarse consigo. No se trataba de la isla de Creta, no muy lejana por cierto, en cuyo laberinto había vivido el legendario Minotauro, pero sí de otro escenario mítico: el lugar agreste donde Eolo soplaba entre las islas con fuerza inusitada para avivar el fuego de Vulcano, el herrero de los dioses, en cuyo honor una de las islas tomaba su nombre. De su fragua volcánica, en otro tiempo habían surgido el yelmo de Atenea, la espada de Aquiles, los rayos de Zeus. Pero ahora estaba extinto. Sólo en Stromboli, la isla más boreal del conjunto, el fuego divino continuaba derramándose en una colada serpenteante y luminosa que fecundaba el mar de día y de noche. La contempló a bordo de una goleta con Paula, que se había hecho tiempo para acompañar a Antonia en este recorrido a pesar de que esa misma tarde tendría que dar una plática en el Centro de Estudios Eolianos con los avances de la investigación. Las manos entrelazadas mientras admiraban el cono casi perfecto del volcán, su playa de arena oscura y las casitas blancas

que saltaban en su ladera oriental. Era un día soleado y el mar refulgía con una intensidad vehemente. Eolo y Vulcano, apaciguados por el momento, les permitieron arribar sin problema a la despoblada isla del faro, que emergía como una roca gigantesca, abrupta y salvaje en medio del mar. «Strombolicchio», dijo el hombre que conducía mientras se acercaba a una pequeña y menos escarpada saliente natural para luego invitarlos a saltar.

Acababan de subir ya los doscientos peldaños de una escalinata construida por los pobladores cercanos, cuando Antonia tuvo la impresión de que la isla se movía en un suave galope sobre el mar. No sintió vértigo, sino un mareo gozoso que la hizo pensar en la felicidad. Cuando el corazón estaba en su sitio era fácil percibirla en el mundo exterior, lo mismo en ese faro que se erguía victorioso mientras penetraba la inmensidad del cielo, en Paula que reía y lo besaba y comía unas uvas que se había guardado literalmente en el regazo, en el mar que ceñía amoroso las tierras y los horizontes. Todo esto tendría que compartirlo con Francisco. Escribirle cuando estuviera de regreso en Lipari. También contarle del *orinatoio* que había conocido un par de días atrás, en compañía de unos amigos sicilianos de Paula. Estaba en una taberna rústica cercana a la playa, de cuyas aguas tal vez procedía aquella caracola inmensa, de blancura refulgente, que el dueño del lugar había dispuesto como un urinario *sui géneris*. De todo eso, más la promesa de un mingitorio de un bar de Palermo que era una cascada derramándose sobre un muro de mármol negro, le contaría después. Y, claro, también podría mandarle fotos.[*]

Mientras tanto, iniciaron el descenso tentados por la sugerencia de nadar un rato, mientras el conductor tomaba una siesta. Así de pausado era el ritmo de la vida en las Eolias.

No traían trajes de baño, por lo que tan pronto vieron que el hombre se metía en el camarote, se desvistieron como si estuvieran haciendo una travesura. Al principio jugaron y nadaron juntos, pero al poco se separaron. Paula prefería no alejarse demasiado del islote. Antonia decidió arriesgarse a bucear un poco, atraída por la intensidad subyugante de las aguas. Debía de ser resultado del lecho volcánico, la calidad de las sales, la profundidad del foso marino —o tal vez Eolo susurrando secretos en el oído de Vulcano—, porque definitivamente ahí el azul profundo del mar era un llamado abisal, una promesa fulgurante, un tesoro líquido.

Sin equipo de buceo no podía sumergirse mucho, pero se propuso bajar lo más posible. Lo intentó varias veces según el aire que podía retener en los pulmones. De pronto, no podían ser más de unos pocos metros, Antonia se vio rodeada por una vibrante inmensidad azul. Ni cielo por encima de su cabeza, ni fondo marino por debajo de sus pies: flotaba en medio del azul. Eran aguas totales. Se sintió parte de ellas.

Cada cosa estaba en su sitio. Tal vez valiera la pena no salir. Abandonarse a la tentadora certeza de este instante.

15

Pero su corazón se resistía. Cada latido era una pregunta, un deseo de seguir: vehemente, irrefrenable. A pesar de los laberintos, las dudas, la incertidumbre. Cuando Antonia salió de aquellas aguas de transparencia infinita y braceó de nuevo hacia la isla, se supo minotauro superviviente. Tan pronto tocó la orilla y pudo reponerse, se miró las manos y la piel translúcidas como si hubiera emergido de una pileta de químicos reveladores. Un cuerpo náufrago, una sombra iluminada al fin.

[*] El lector no tiene por qué padecer la desmemoria de Antonia. El personaje se llama Bradamante y algunas de sus singulares aventuras pueden leerse en la versión de Italo Calvino del *Orlando furioso narrado en prosa del poema de Ludovico Ariosto.*

[*] Raimundo se refiere al fotógrafo de origen húngaro Gyula Halasz Brassäi (1899-1984) y en particular al recuerdo de la imagen titulada *La toilette dans un hôtel de passe. Rue Quincampoix.* París, ca.1932.

[*] ¿Pero quién que lo piense un poco puede ponerlo en duda? Duchamp en los apuntes a su *Caja verde,* según descubriría más tarde Antonia, había escrito en 1914: “No se tiene más que: por hembra al urinario y de eso vivimos.” Conviene arriesgarse y decirlo de una vez: El mingitorio, de uso exclusivamente masculino, tiene género y es femenino.

A Raimundo, quien pensaba que habían hecho un hallazgo luminoso aquella mañana en La Lagunilla, se le ocurrió que bien valdría la pena llevar a cabo una arqueología de los urinarios, saber desde cuándo existían, cuáles habían sido sus primeros diseños, qué materiales se empleaban en su fabricación y, sobre todo, imaginar hasta qué punto el creador de los modelos más comunes tenía en mente una impronta femenina —tal vez el grabado mismo de Vesalio— al dar forma a ese receptáculo, matriz, concha donde los hombres descargan y se derraman en un impensado acto amoroso.

[*] En lo que pudiera explicarse como un mensaje colectivo de Penumbria, esta petición apareció publicada, palabras más, palabras menos, por las mismas fechas, en un periódico de Buenos Aires que celebraba la exposición de un fotógrafo que gustaba de revelar —es decir, *volver a velar*— el poder *y* belleza de sus propias sombras: Ricardo Vinós.

[*] No hay que olvidar que las formas y ritos de virilidad son cuestiones culturales: los árabes orinan en cuclillas porque, al parecer, buscan imitar al profeta Mahoma. Así pues, el narcisismo de orinar de pie se refiere a Occidente. "¿Y los chinos… y los africanos?", me pregunta curiosa Antonia. "Que lo rastreen los antropólogos", le respondo y la atajo previsoramente: "…yo escribo una novela, no un estudio sociológico."

[*] La idea no resultó tan descabellada según constataría más tarde Antonia cuando Miriam Grunstein, una de las pocas amigas que rescató de su vida pasada, al enterarse del proyecto fotográfico que se traía entre manos, le hizo llegar una imagen jocosa que circulaba por internet sin mayores referencias.[**] Los personajes, autor y editores de esta historia agradeceremos cualquier información que nos permita dar el crédito correspondiente.

[**] Poco antes de que esta novela saliera publicada, Antonia me llamó para contarme de una noticia que acababa de leer en el periódico. «Tienen labios rojos y dientes en la zona superior», era el título de la nota proporcionada por la agencia EFE, en la que se informaba que la aerolínea Virgin, ante las críticas de una agrupación feminista, había desistido de instalar urinarios con forma de boca de mujer en el aeropuerto J.F. Kennedy. Según la nota, los polémicos mingitorios, llamados «Besos», pertenecen al catálogo de la firma

holandesa Bathroom Mania! y son creación original de la diseñadora Meike van Schijndel.

[*] Estas memorias fueron acompañadas de reportes médicos *y* notas de prensa de la época con el título *Herculine Barbin, dite Alexine B,* París, Gallimard, 1978. El título de la traducción inglesa es más descriptivo: *Herculine Barbin. Being the Recently Discovered Memoirs of a Nineteenth Century French Hermaphrodite,* pról. de Michel Foucault, trad. de Richard McDougal, Nueva York, Pantheon Books, 1980. Después de un juicio civil realizado en 1860, Alexina fue conocida con el nombre de Abel Barbin hasta su muerte por suicidio en 1868.

[*] En realidad, no se trataba de un muro de mármol sino de un espejo que en la penumbra envolvente del lugar simulaba una oscuridad parpadeante. Apenas acercarse un poco y por esa oscuridad escurrían sinuosos fluidos de agua en una cascada tenue pero que no dejaba de manar. Ahí, en esa superficie de guiños plateados, Antonia atisbó su propia imagen como una fuente, capaz de verterse, derramarse, prodigarse en esa zona limítrofe que ahora era una metáfora de su propia entrega goteante, de su misma potestad reconocida y desarmada.

Agradecimientos

Este libro se amparó a la sombra luminosa de Virginia Woolf, Marcel Duchamp y Man Ray. José Emilio Pacheco le otorgó licencia para trabajar sobre todo en la libertad del escritor para ejercer el punto de vista, y por esa razón le está dedicado.

En los terrenos de una poética del deseo y de las sombras, fue especialmente valiosa la mirada ilícita de Carlos Davis, Ricardo Vinós y Arturo Casares. Los artistas Marco Lamoyi y Paul Alarcón orientaron y animaron las metáforas iconográficas. André Breton, Erica Araiza y W. G. Sebald son en buena medida responsables de su inclusión entre las líneas del texto. Marcela González Durán me confió los versos del poeta Jabés, que después servirían de epígrafe a estas páginas.

En el ámbito de los baños públicos fue imprescindible la complicidad de muchos amigos sin los cuales la transgresión sólo se hubiera quedado en fantasía: Ángel Molina, Mauricio Carrera, Juan José Giovannini, Luis Camacho, Beatriz Clavel, Ignacio Toscano, Pedro Pablo Martínez, David Lida, Víctor Panameño, Patricia Rubio, Jenny Pulido, Fernando Cobo, Alberto Regalado, Alexis y Paul, y otros desconocidos que me abrieron las puertas de un mundo raramente visitado por el sexo femenino.

Sueños y palabras de Julio Cortázar, Javier Contreras, Lucía García-Noriega, Max Gonsen, Gustavo Jiménez, Miriam Grunstein, Hélène Cixous, Eduardo Corona, Sandra Lorenzano, Sergio González Rodríguez, Roberto Pliego, José Ricardo Chaves, Antonieta Torres Arias, Ricardo Baduell, Alejandro Valles, Augusto Garcíarrubio y Robert Bly, entre otros que sin querer olvido, me permitieron hundirme y salir a flote —espero— en mis indagaciones.

Joaquín Díez Canedo Flores y Eduardo Antonio Parra leyeron el manuscrito y me alentaron a su publicación, la que no hubiera sido posible sin la confianza siempre cómplice de Marisol Schulz. De cualquier forma, en descargo de lo dicho, las buenas conciencias —pero en particular los buenos olfatos— siempre buscarán un solo culpable. Que así sea.

Créditos de las imágenes

Portada: Ana Clavel, *La censura también es fuente,* a partir de *La Source* (1856) de J. A. D. Ingres y *Fontaine* (1917) de M. Duchamp. Con la colaboración de Paul Alarcón.

Páginas 23, 31, 47, 48, 77, 98, 128, 147: Ana Clavel.

Página 29: Alfred Stieglitz, *Fontaine* (1917) de Marcel Duchamp.

Página 32: Gustavo Jiménez.

Página 38: Brassäi, *La toilette dans un hôtel de passe. Rue Quincampoix* (ca.1932).

Páginas 47, 48: Arturo Casares.

Página 48: Marco Lamoyi.

Páginas 46 y 143: Andrea Vesalio, "Corte transversal de matriz", Libro V, *De Humani Corporis Fabrica* (1543). Cortesía del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

Página 84: Ana Clavel, *El mingitorio es la sombra de una mujer*, a partir de *Untitled* (1926) de Man Ray. Con la colaboración de Paul Alarcón.

Página 100: *Catalogue "G" illustrating The Plumbing and Sanitary Department* (1888). Cortesía de National Museum of Design.

Página 132: Meike van Schijndel, *Kisses.* Cortesía de Bathroom Mania!

Página 139: Paul Alarcón.

Página 153: Ana Clavel, *El origen rasurado*, a partir de *El origen del mundo* (1865) de Courbet. Con la colaboración de Paul Alarcón.

Página 161: Ana Clavel y Paul Alarcón, *El Mingitauro.*

Página 171: Ana Clavel, *Tres veces fuente*, a partir de *La Source* (1856) de J. A. D. Ingres y *Fontaine (1917) de M. Duchamp. Con la colaboración de Paul Alarcón.*

ALFAGUARA

CUERPO NÁUFRAGO
D. R. © Ana Clavel, 2011

D. R. © De esta edición:
Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.
Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias
México, 03240, D.F. Teléfono 5420 7530
www.alfaguara.com/mx

ISBN: 978-607-11-1295-8

D.R. © Imagen de cubierta: Ana Clavel, *La censura también es fuerte*

Conversión eBook: ***I**nformation **C**onsulting **G**roup de México, S. A. de C. V.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Aguilar es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosaguilar.com

Argentina
www.librosaguilar.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.librosaguilar.com/bo
Calacoto, calle 13, nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.librosaguilar.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.librosaguilar.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.librosaguilar.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.librosaguilar.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.librosaguilar.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.librosaguilar.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.librosaguilar.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.librosaguilar.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.librosaguilar.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.librosaguilar.com/mx
Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle

03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.librosaguilar.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.librosaguilar.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.librosaguilar.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.librosaguilar.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.librosaguilar.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.librosaguilar.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.librosaguilar.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51